NATASHA BROWN

Los universalistas

Traducción de Laura Salas



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
No es oro todo lo que reluce
Edmonton
Weybridge
Cartmel
El espectáculo
Agradecimientos
Notas
Créditos

En realidad, soy el único personaje de ficción de este libro hasta que yo mismo me dé alcance.[1]

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE

Publicado en la revista *Alazon*, 17 de junio de 2021

Un lingote de oro pesa más de lo que parece. Cuatrocientas onzas troy, alrededor de doce kilos y medio de oro de la mejor ley en forma de barra: un cruce entre un ladrillo delgado y una pirámide. Su consistencia maravilló a Jake, a sus treinta años, una fría tarde de septiembre del año pasado mientras sostenía uno de esos lingotes; la firmeza de los lados y los bordes le generó una sensación incómoda, y sin embargo natural, en las manos. Tras él, en el edificio principal de una granja del condado de West Yorkshire, el latido de la música y las luces de colores se dejaban sentir contra el cielo nocturno. Alrededor de cien jóvenes estaban de fiesta, desafiando las restricciones del Gobierno británico con respecto al confinamiento. Jake no volvió la vista hacia el ruido que salía de la granja donde había pasado la mayor parte de su agitado 2020. Ni siquiera estaba mirando de veras el oro.

El lingote que tenía en su poder era un Good Delivery de Londres –es decir, literalmente, el estándar que se usa para su fabricación–, valorado en más de medio millón de dólares. Un concepto obsceno; a Jake le costaba creer que tuviera algo de tanta valía en las manos. No digamos ya empuñarlo. Una y otra vez. Y otra. Hasta que su objetivo por fin dejó de moverse. Pero había ocurrido, ¿no? Sí, había

ocurrido. No podía alejar la mirada de la prueba. El cuerpo inmóvil que yacía a sus pies.

En algún momento de esa noche, o quizás mientras la luz del día ascendía por el horizonte, Jake consiguió apartar la vista y ponerse a pensar.

Decidió huir.

En las semanas que siguieron a la desaparición de Jake, los periódicos locales de Queensbury y Bradford informaron de los acontecimientos de aquella noche: una rave ilegal que se había saldado con tres hospitalizaciones, importantes daños materiales y una investigación policial en curso. No obstante, la historia cayó pronto en el olvido, pues la atención nacional seguía concentrada en la pandemia del covid-19 y en la estrategia del Gobierno con vistas a los difíciles meses invernales. Pese a todo, merece la pena detallar los hechos que condujeron hasta esa noche extraña e inquietante; en ellos subyace una parábola moderna que deja entrever el desgaste del tejido de la sociedad británica y su deterioro implacable a manos del capitalismo tardío. El lingote de oro desaparecido es el núcleo de conexión entre un banquero amoral, una columnista iconoclasta y un movimiento anarquista radical.

«Por supuesto que quiero recuperarlo. Es mi oro.»

Richard Spencer no ha olvidado los acontecimientos de esa noche. De hecho, como propietario legal de la granja, apenas piensa en otra cosa. «Quiero recuperar mi vida», dice en tono lastimero.

La primera vez que veo a Spencer está sentado ante mí, con los codos apoyados en el tablero de aluminio mate de la mesa al aire libre donde vamos a comer. El local lo ha elegido él: resulta irónico, pero se trata de una cafetería de estilo norteamericano en el Covent Garden de Londres. La carta incluye un panecillo tipo bagel con aguacate y queso crema que cuesta 11,50 libras esterlinas. Spencer lleva una camisa azul oscuro de la marca Ted Baker, sin planchar pero almidonada y remangada hasta la mitad del antebrazo, que

confiere un efecto incorpóreo y teatral a sus expresivas manos y a sus muñecas. Es parlanchín, está empeñado en contar la cantidad de formas en que su vida se ha convertido en una «auténtica mierda».

Un comentario de una indulgencia excesiva, rayano en el egoísmo, quizás. Después de todo, desde que la pandemia arrasó el mundo en 2020, mucha gente ha sufrido muchísimo, y ha perdido la vida o a sus seres queridos. Spencer está vivito y coleando. Sus seres queridos están a salvo –aunque puede que su amor no sea correspondido en este momento–. Pero Spencer ha perdido algo de importancia: su estatus. En 2019, tenía en su poder todos los frutos del capitalismo tardío. Poseía varias casas, tierras, inversiones y coches; tenía personal de servicio y una esposa guapa, amén de una amante mucho más joven. Como influyente corredor de bolsa en uno de los principales bancos de inversiones, disfrutaba de un poder, una influencia y una fortuna inmensos. Lo tenía todo. Ahora, despojado de ello, se ha convertido en el hombre que tengo delante: un gigante vencido, apartado de su castillo en las nubes.

El Jack de Spencer, el que le robó el oro y cortó el tallo de la habichuela mágica, es el Jake de la granja, que escapó con su lingote, o eso sospecha él. «Pues claro que se lo llevó, no te digo», afirma Spencer, seguro de su propia versión de los hechos, a pesar de no haber conocido nunca a Jake.

De hecho, Spencer apenas sabe nada del hombre al que culpa de su ruina. Spencer invitó a Jake a la granja para «hacerle un favor a Lenny», una mujer a la que conocía de su bloque de pisos. «Su amigo necesitaba un lugar donde pasar unos días de cuarentena», dice sin más. Tampoco es que Spencer sepa mucho de Lenny. Fue una de las pocas personas que se quedaron en el edificio de Kensington durante el confinamiento, momento en que la mayoría de los habitantes se retiró a su segunda residencia. ¿Sabe su apellido? «No.» ¿Edad? «Eh..., madura.» ¿El número de su piso? «No sabría decir con seguridad.» ¿Qué sabía él en realidad de esa mujer cuando decidió darle las llaves de su granja? «Bueno...» Vacila. «En cierto sentido, la conocía bastante bien...»

Aunque a regañadientes, Spencer acaba admitiendo que es un mujeriego. Está separado de su mujer, Claire, que sigue en la

residencia familiar y cría sola a la hija de ambos, Rosie, de tres años. «Bueno, no exactamente sola», se empeña en destacar. «Tienen a la niñera cuatro días a la semana. Y tampoco es que Claire trabaje.» Claire y Spencer se separaron en 2019, a causa de la aventura que él mantuvo con una compañera quince años menor.

«Muy típico de él decir eso.» Cuando paso por allí unos días después, Claire abre la gran puerta de entrada de su casa de Cobham con una mano. Lleva a una niña pequeña, tímida pero curiosa, colgada del brazo izquierdo. Nos sentamos a la mesa de la cocina con una jarra llena de café de filtro en medio. La pequeña Rosie, vestida con unos leotardos de rayas, un casco de albañil y un tutú con purpurina, se tumba en una alfombra acolchada que hay en la esquina, murmurando mientras hace chocar camiones de plástico. «Soy diseñadora», dice Claire. Desde que nació Rosie, en 2018, Claire ha empezado a trabajar como freelance a tiempo parcial para unos cuantos clientes. Antes de eso, lo hacía en una agencia de desarrollo de imagen de marca para tiendas, tras estudiar Historia del Arte en Oxford, donde conoció a Spencer. Se casaron poco después de la graduación y pasaron unos cuantos años en Londres antes de mudarse a ese pueblo selecto, muy del gusto de futbolistas y banqueros, para fundar una familia.

Claire se muestra conforme con la separación. «La gente cambia, ¿no?» La casa de Cobham nunca llegó a ser el hogar de Spencer. «Él acostumbraba a quedarse en la ciudad. Trabajaba tantas horas que tenía sentido.» En los últimos años, Spencer había empezado a pasar también los fines de semana en la casa de Kensington. «No soy tonta», dice Claire sobre las aventuras. «Sé cómo va.» Aun así, Claire solo decidió dejarlo de forma oficial cuando descubrió que Spencer estaba metido hasta las cejas en una relación con una compañera más joven. «Hay límites», afirma. Spencer los había cruzado.

En 2015, el padre de Spencer murió tras una larga enfermedad.

«Ahí fue cuando se obsesionó con lo de la granja», según Claire. Cada fin de semana, Spencer acudía a subastas o visitaba pueblos lejanos para ver terrenos y propiedades. Un intento tardío (quizás desencadenado por el duelo) de emular a su padre, «un hombre de verdad» que había levantado desde cero una exitosa empresa de construcción. «Su padre nunca llegó a entender a Rich», dice Claire. «Pero él lo idolatraba.» Al final Spencer acabó comprando Alderton, una antigua granja en lo alto de una colina en Queensbury, un pueblo tranquilo del condado de West Yorkshire. A Claire la finca no le pareció gran cosa. «Era una ruina. Un montón de basura en la montaña de un pueblo horrible. Nadie con dos dedos de frente se metería allí.»

El desprecio que Claire manifiesta por la granja me toca la fibra. Yo crecí en Queensbury, a un paso de ella. De pequeña cruzaba casi todos los días por delante; parte de mi adolescencia consistió en «echar un cable» alguna que otra tarde de verano a la familia Alderton. Los lácteos frescos eran un clásico de nuestras cenas. Ningún producto de supermercado puede igualar el sabor cálido y espumoso de la leche de vaca recién ordeñada y sin pasteurizar, servida con cucharón del cubo. A pesar de ser un lugar económicamente desfavorecido que no ocultaba su pertenencia a la clase obrera, el pueblo fue un telón de fondo fantástico para mi niñez. Es un lugar valioso. Pero, de alguna forma, los pueblos y la industria de nuestro país se han convertido en los juguetitos de la élite londinense. La granja de los Alderton atravesó tiempos difíciles en los albores de la crisis financiera de 2008, cuando se agotaron las prestaciones gubernamentales que habían mantenido a flote sus modestos ingresos. Vendieron el ganado y cerraron las naves anexas. Pero vivir en la casa principal, sin los ingresos de una granja en activo, resultó inviable. «Lo perdimos todo», me dice la señora Alderton por teléfono. La voz le tiembla con un tenue dolor. «Llevaba generaciones en nuestra familia.» Los Alderton buscaron nuevos propietarios que siguieran llevando la granja con espíritu comunitario, pero no hallaron demasiado interés. «Acabamos vendiendo a una agencia inmobiliaria. No teníamos elección.» No obstante, no se invirtió ni reformó nada, a pesar de que la granja

cambió de manos unas cuantas veces más. Nadie se ocupó de las tierras abandonadas hasta 2016, momento en que Richard Spencer se hizo con la finca en una subasta.

«Se ha montado una película preparacionista rarísima en la cabeza. Cree que allí conseguirá sobrevivir al fin del mundo o algo.» Claire se muestra escéptica. «Yo nunca lo he visto ni regar el jardín.» Spencer se dedicó a renovar el edificio central de la granja y diseñó un refugio para cuando se produjese el colapso inevitable de la sociedad, seguramente espoleado por su papel en la crisis de 2008, y por la fragilidad social que revelaron las sacudidas económicas posteriores. Sin embargo, cuando al fin llegó la catástrofe global, de manos del nuevo coronavirus, Spencer se aferró a las comodidades cotidianas de Londres: comida a domicilio, asistenta y compras en Mr. Porter entregadas el mismo día. Se quedó en el apartamento de Kensington, y la granja reformada siguió vacía.

Hasta que llegó Jake.

De momento no hay sospechosos en la investigación policial. La noche de la rave, la Policía local impuso más de treinta sanciones por incumplir el confinamiento. Como propietario del recinto, a Spencer también se le endosó una multa de unas diez mil libras. La mayoría de los asistentes huyó antes de que llegase la policía, y las declaraciones de los escasos detenidos no dieron ningún fruto: casi todos vivían a las afueras de Queensbury y sabían poca cosa de la granja. Se encontró inconsciente a un posible testigo, a quien se trasladó al hospital de la zona con un traumatismo en la cabeza. También se atendió a otros dos asistentes por heridas leves. Las primeras informaciones hablaban de «pruebas de la presencia de okupas en la finca», junto con una aparente «operación de cultivo de marihuana a pequeña escala» que los agentes cortaron de raíz al requisarlo todo. También interrogaron a Spencer, aunque la policía se negó a proporcionar detalles de su declaración, alegando que la

investigación estaba en curso. Sin embargo, en este momento no se está buscando el lingote de oro desaparecido, ni a Jake tampoco. El portavoz de la policía rechazó la idea de plano: «En principio, esto es un delito de estupefacientes, una infracción grave de las normas del confinamiento y una presunta agresión. No vamos a mover montañas buscando la aguja en el pajar».

Al margen de revoltijos de metáforas, la investigación parece haber perdido fuelle. Hasta que el desconocido hospitalizado recobre por completo el conocimiento, lo más probable es que no lleguemos a saber casi nada de lo que aconteció en esa granja, que hasta el día de hoy sigue cercada con cordón policial, un ostensible recordatorio para los residentes del pueblo.

«Odio que la cosa haya acabado así», se lamenta la señora Alderton. «Drogas, violencia y quién sabe qué más. Era nuestro hogar.» Los Alderton creen que Richard Spencer participó en las actividades delictivas. «Ahí se mueve mucho dinero», eso dice el señor Alderton, y su mujer me transmite el comentario con entusiasmo. Los meses que Spencer dedicó a renovar el edificio principal de la granja, entonces vacío, ya habían alimentado las especulaciones de los residentes de la zona. «Allí pasa algo raro», conjeturó la señora Alderton. «Ese tipo de hombre no se gasta el dinero así porque sí.»

«Estoy haciendo un caldo», dice Rodger Walters, historiador y profesor universitario, a modo de explicación para el caos que lo rodea en la cocina. Hay una carcasa de pollo despatarrada sobre una bandeja de horno de cristal, junto a un grueso libro de cocina inclinado y un impresionante despliegue de tubérculos, algunos a medio cortar, otros con barro incrustado. Me conduce a través de la galería hacia el jardín, donde, a pesar del frío penetrante, está sentada su compañera, la columnista Miriam Leonard, con un vaso de whisky.

No sería injusto decir que Leonard, conocida como Lenny, existe a

pesar de casi todo. «Leonard, una voz única y disidente en estos tiempos asombrosos de polarización mediática y ortodoxia moral, es una de las escasas almas lo bastante valientes como para decir lo indecible», afirmaba el prólogo a su libro de 2018 *No más woke*, una selección ligeramente revisada de sus columnas periodísticas, que abarcaban una carrera de veintitantos años. Al parecer, los editores se habían fijado en que lo que Lenny decía en realidad era muy decible, y sospechaban que también podría resultar bastante lucrativo publicarlo en forma de libro. Lenny recibió un cuantioso anticipo en 2016 por un contrato por dos libros, y empezó a recopilar sus heterogéneos artículos en un solo volumen armónico, su *magnum opus*, formulado con un estilo apasionado y polémico que explicaba en detalle la inminente amenaza de «la cultura woke y el sentimiento antiblanco».

«El problema», explica Lenny, «es que el libro no se vendió». Por lo visto, la gente a la cual no le daba vergüenza colocar *No más woke* en su biblioteca en realidad no tenía tal cosa, al menos en su gran mayoría. Las primeras señales habían sido positivas: el libro cosechó críticas entusiastas de los grandes nombres del periodismo. *The Times* lo caracterizó como «un soplo de aire fresco» e incluso *The Guardian*, definitivamente de izquierdas, le dispensó un elogio prudente, a pesar de mencionar de pasada «lo desafortunado del título». «En realidad, el título fue un gran hallazgo», afirma Lenny con una sonrisa. Tiene algo de razón. El título suscitaba malestar y quejas, pero era imposible criticarlo sin parecer, en fin, woke. Incluso ahora, tres años después de su publicación, #NoMásWoke sigue siendo una etiqueta popular en las redes sociales.

El editor de Lenny, Rob Neeson –«un tipo de treinta y cinco años con unas gafas ridículas»–, le aconsejó abordar el segundo libro desde una nueva perspectiva. «Algo "menos Shriver, más Cohen", eso fue lo que me dijo. Como si yo no supiese escribir mi puñetera columna.» Lenny tiene derecho a mostrarse indignada. Es la decimoséptima columnista más influyente del Reino Unido, según la empresa de estudios de mercado YouGov. Tras abrirse camino a machetazos en los años noventa para salir de las revistas femeninas y las secciones de moda, Lenny ha conseguido un puesto

consolidado en las páginas de opinión de los periódicos británicos de derecha. A pesar de su cacareada postura contraria a las redes sociales, en los últimos años Lenny ha seguido Twitter con minuciosidad, siempre lista para plasmar con vehemencia su opinión sobre el último revuelo digital en un artículo. Reduce sus frases a caramelitos endulzadísimos y calibra el tono para enganchar al lector. Y los editores de los periódicos lo saben: un artículo de Lenny garantiza clics y se comparte en las redes.

No obstante, el libro era un intento de llegar a algo más. Lenny estaba desencantada de su trabajo en los periódicos. «Al final», dice, «me dejaba una sensación rastrera. Me había convertido en un perro de presa.» Lenny cree que las crónicas deben servir para algo más que para expresar erudición. «No estamos en esto para cambiar la opinión de nadie. Tengo que comprender las sospechas de mis lectores..., sus miedos más ocultos. Mi trabajo es informar de esas preocupaciones ofreciendo los hechos relevantes.» Alega que su zahiriente estilo periodístico ayuda a los lectores a contextualizar e interpretar los acontecimientos. «Yo amplío la imagen para que se vea el bosque que forman todos esos árboles», dice, extendiendo los brazos a modo de demostración.

Volvamos a esos árboles. ¿Quién es Jake?, le pregunto a Lenny. Y ¿cómo acabó en la granja de Spencer? Fue bastante sencillo encontrar a Rodger por el censo electoral. Tras marcar el número de su extensión en la universidad, me respondió alegremente que sí que conocía a una «Lenny». Pero, a pesar de llevar un par de horas conversando con ella en medio del frío, no me he acercado lo más mínimo a ninguna respuesta sobre Jake, el de la granja. En lugar de atender a mi pregunta, Lenny me invita a pasar adentro, a cenar. Es una interpretación generosa de las normas sobre el confinamiento nivel 3 de Londres, pero acepto, con la esperanza de que el calor, el vino y la comida fomenten las confidencias.

En noviembre de 2011, Indiya montó una tienda de campaña

Quechua «2 Segundos» en la plaza Paternoster de Londres. En la mochila llevaba rotuladores, toallitas húmedas y un filtro de agua portátil, sus preparativos para unirse a la protesta de Occupy Wall Street. Con apenas diecinueve años, había acudido junto con sus compañeras de piso desde la escuela de arte Central Saint Martins para unirse al simbólico noventa y nueve por ciento de la población, en un levantamiento sin precedentes. «Me abrió los ojos al poder del pueblo», comenta Indiya acerca de la experiencia. La encuentro en el Bradford Royal Infirmary, el hospital más cercano a la granja de los Alderton, sentada junto al desconocido ahora semiinconsciente y semiidentificado. «Se llama Pegasus», explica Indiya, y extiende el brazo hacia el hombre inmóvil para colocarle las mantas, antes de alisarle el pelo rebelde. «Es un visionario.»

Pegasus, que apenas responde a los estímulos, mira al frente con unos ojos como platos. «Está mínimamente consciente», dice Indiya. «Es buena señal, está mejor.» Pegasus pasó cuarenta horas sumido en una preocupante inconsciencia después de que la policía lo llevase al hospital sin identificar. Indiya, que alega no saber cómo resultó herido, menciona, sin embargo, el «caos» que se formó con la llegada de la policía a la granja. «Todo el mundo salió corriendo y la música estaba tan alta que era imposible saber qué ocurría.» Después se pasó días buscando a Pegasus, hasta que por fin lo localizó allí, en el hospital.

Indiya es alta, mide un metro ochenta y dos para ser exactos, y lleva el pelo castaño ceniza en largas rastas recogidas en una coleta floja. Al hablar, la mascarilla de algodón orgánico se le mueve arriba y abajo. Con su cazadora encerada demasiado grande, sus pesadas botas, las mallas y una camiseta corta que de vez en cuando deja ver su pálida barriga, es el arquetipo de la jipi revolucionaria. «El movimiento Occupy me cambió la vida», dice. Estuvo acampando en la protesta de forma intermitente durante tres semanas, hasta que sus padres intervinieron: «Solo les interesaba que me graduase, no la desigualdad a gran escala en el mundo, por ejemplo». Para alivio de sus padres, Indiya sí que se graduó en 2014, aunque siguió manteniendo un estrecho contacto con el colorido personal que había conocido durante la ocupación, especialmente con Pegasus.

«Tiene un fuerte magnetismo», dice sobre su compañero herido. «No sé cómo lo hace, pero une a la gente.»

A pesar de que Indiya trabaja de vez en cuando en el diseño de videojuegos, ha rechazado en gran parte la competitividad de la jungla laboral, y, en lugar de ello, ha elegido experimentar con diversos planteamientos de vida comunitaria. Algunos mantenían una relativa formalidad, con arrendamientos o acuerdos cooperativistas; otros no. «Yo soy marxista hasta la médula», proclama con solemnidad. En los años transcurridos desde Occupy se ha comprometido con otras causas sociopolíticas y, en este momento, actúa en una célula de Extinction Rebellion, un grupo medioambiental de activistas sin líderes que ha orquestado acciones políticas y protestas por todo el Reino Unido. «El activismo es crucial», explica Indiya. «Es ahora o nunca.»

Con esa idea, el pasado julio Pegasus condujo a un pequeño grupo de activistas a la granja de los Alderton. El objetivo era crear juntos una nueva «comunidad autosuficiente». Tras bautizarse como «los universalistas», el grupo consideró que la toma de la granja constituía más un acto político que una ocupación. «Es una propiedad que está sin usar», dice Indiya. «Hay un montón de edificios así en el Reino Unido. Un montón de sitios vacíos. Es un despilfarro criminal, habiendo tanta gente que necesita una casa.» Los universalistas consideraban que la granja era una oportunidad; la ocasión para poner en práctica su visión concreta de la vida comunal.

Hoy en día, ese sueño ha tocado oficialmente a su fin. Tras el horario de visita, Indiya pedalea dieciséis kilómetros para regresar a la granja. Un grueso candado y una cadena aseguran las puertas del edificio principal, situado en lo alto de una colina de lomas suaves: una casa de piedra de dos pisos cuyo encanto realzan las ventanas cuadradas con vidrieras. En la entrada se apilan unas abultadas bolsas de basura y unas cuantas maletas, junto con algunos muebles desparejados. Hay una estantería Billy, un par de sillones raídos y algo que deben de ser componentes de un equipo de música considerable. Varios cabos sueltos de cordón policial ondean al

viento mientras tres jóvenes cargan los voluminosos bultos en una camioneta aparcada fuera.

Indiya está decepcionada. «Estábamos construyendo algo aquí», dice en tono nostálgico. Aunque en la granja solo vivían «poco más de diez personas» a tiempo completo, Pegasus creía que los universalistas estaban listos para expandirse. El edificio principal estaba casi lleno, según dice Indiya, pero el grupo tenía planes de convertir una de las construcciones adjuntas en un práctico alojamiento. «Lo de esa noche no era una rave: era una noche de puertas abiertas. Abríamos las puertas a nuevos miembros potenciales, para hacer crecer el movimiento.» Según parece, el covid no era razón suficiente para posponer el desarrollo. «El virus se ha extendido justamente a causa de un capitalismo desenfrenado. A causa de la globalización y la destrucción de los ecosistemas naturales, provocadas por la búsqueda de beneficios.» Hace un gesto alrededor, abarcando el triste desenlace: «Nosotros estábamos construyendo la solución a todo eso. ¡Por supuesto que no podíamos esperar!».

«Todo el mundo echa una mano. Todo el mundo opina.» Indiya enumera las reglas de la floreciente microsociedad. «Todo el mundo recibe el mismo trato. Todo se decide por votación»; a pesar de ello, Pegasus, líder *de facto* del grupo, detentaba el poder de arbitrar en los conflictos. Eso, insiste Indiya, constituía una mejora importante con respecto a sus experiencias anteriores en comunas. «A veces no es posible alcanzar un consenso total», dice, «y necesitas simplemente una forma de tomar una decisión y seguir adelante.» Con el tiempo, la comunidad maduraría y la necesidad de concesiones ideológicas iría disminuyendo, cree Indiya, aunque reconoce que la mayoría de sus restantes experimentos de vida comunal terminaron antes de alcanzar ese punto de madurez, bien porque perdían gas, bien porque daban al traste de forma espectacular.

«Pero aquí era distinto», asegura Tim, de veintinueve años, que llevaba dos viviendo en una comuna okupa de Londres antes de unirse a los universalistas. «Una granja ofrece posibilidades con las que no cuenta un edificio en la ciudad. Aquí podríamos haber

llegado a ser autosuficientes, a vivir de la tierra, en comunión con la naturaleza, en lugar de contra ella.» Tim, que se niega a dar su apellido (alegando que se opone a ese «concepto patriarcal»), lleva unas gafas de carey y remeda los susurros grandilocuentes de un estudiante de posgrado. «Los humanos son animales nómadas en pequeñas comunidades», explica, con el argumento de que se necesitan modelos más simples de vida para contrarrestar el cambio climático y otros asuntos apremiantes. «No estamos hechos para vivir en zonas de alta densidad de población, ni para comer tomates todo el año», agrega.

A pesar de que los universalistas no poseían jerarquía formal ni responsabilidades fijas, empezaron a surgir líderes. Tim, que contaba con experiencia previa en el huerto de sus padres, se encargó de las labores de labranza. Plantaron las semillas bien entrada ya la estación, pero, aun así, el grupo consiguió cultivar unas cuantas verduras. «Kale, acelgas, coles..., hasta recogimos zanahorias y nabos en la cosecha», recuerda Tim. A pesar de estar a cargo de los cultivos, afirma no tener nada que ver con las plantas de cannabis. «Por supuesto que, en teoría, no estoy en contra», insiste, pero explica que los esfuerzos del grupo se centraban en establecer un abastecimiento alimentario sostenible. «Nos tomamos en serio lo de la autosuficiencia. Por eso hacemos esto. No es ningún juego.»

De hecho, los universalistas evitaban muchos de los lujos y comodidades que Spencer había instalado en la granja, y empleaban sobre todo la estufa de leña y los paneles solares. «Los humanos necesitan reconectar con la tierra», explica Pete Wright, de treinta y ocho años, un mecánico de bicicletas de Durham. Con la barba recortada, una pulcra camisa de cuadros y unos vaqueros de color azul oscuro, Wright es la nota discordante de esta multitud. Su aspecto es definitivamente convencional, a excepción de un descuidado moño alto. Más hípster que anarquista. Pero, hace unos cuantos años, cuando Pegasus entró por casualidad en la tienda de bicis de Wright, los dos se pasaron «horas hablando». Para Wright, lo que decía Pegasus tenía mucho sentido. «Me convenció de veras. Más que la política, o las protestas, o cualquiera de esos rollos.

Entendía a la perfección lo que yo pensaba, sin más», dice Wright. «Hablaba de cómo podíamos vivir de forma distinta», fuera de las fuerzas del capitalismo y del consumismo. O «una vida libre de gilipolleces», como lo llama Wright. Poco después de conocer a Pegasus, Wright dejó el empleo en la tienda de bicicletas y se mudó a la misma comuna okupa londinense que Tim.

–¡Un cambio bastante bestia! –comenta entre risas.

–Te liberaste, hermano –dice Rob Martin, el universalista restante, en tono de aprobación.

Tras describir el encuentro de Wright con Pegasus como un «despertar», Martin tiene ganas de seguir compartiendo su sermón anticapitalista. «Ser esclavos del salario. Eso es lo que fomenta el sistema. La contracción del crédito lo dejó todo a la vista. Occupy fue solo el principio. El proyecto sigue adelante.» Martin tenía quince años e iba a la escuela cuando empezaron las protestas de 2011. Sin arredrarse ante su deslucido fin, lanza un alegato entusiasta sobre el legado de Occupy: «Bernie Sanders, Jeremy Corbyn y, evidentemente, Black Lives Matter. Todos estos movimientos proceden de lo que empezamos entonces». Martin no ha tenido ninguna experiencia de primera mano con el activismo de Black Lives Matter, y explica que él tiene la sensación de que «el medio ambiente es el asunto más apremiante para la humanidad en este mismo momento». Aun así, simpatiza con muchas de las metas declaradas de dicho movimiento, a pesar de albergar alguna preocupación con respecto a la retórica divisoria del grupo. «Sus objetivos son beneficiosos para todos nosotros, para todos los humanos», dice. «Pero centrarse en la raza distrae a la gente del mensaje. Lo que necesitamos ahora es unidad.»

–Por eso nos llamamos universalistas –prosigue Martin–. Queremos cambio, queremos progreso, pero para todo el mundo.

–Estamos abiertos a cualquier persona –secunda Indiya.

Dicho esto, el grupo universalista llama la atención por su homogeneidad: jóvenes blancos de clase media. «Este estilo de vida requiere un acto de fe», explica ella. Una vida en una comunidad intencional exige alejarse un paso de la «miopía activista» de la que pueden adolecer algunos grupos marginalizados («¡comprensible!»,

resalta). «Pero recibiríamos a cualquiera con los brazos abiertos», insiste. «Esto es solo el principio. Llegaremos a ese punto.»

Tras cargar la última bolsa, Indiya dirige al grupo a un amplio granero y abre la puerta. Dentro, el techo de madera tiene una altura de unos cuatro o cinco metros. Por las rendijas que hay entre los listones se cuelan unos rayos de luz polvorienta. Junto a la pared se alinean restos de compartimentos, comederos y maquinaria de ordeño, ajenos a cualquier modernización. Durante las «reuniones comunitarias» que se celebraban cada semana en el granero, los universalistas debatían todos los aspectos de su comunidad incipiente, desde la declaración de intenciones del grupo hasta las disputas por la colada. Ahora, los cuatro que quedan se han reunido por última vez para discutir un problema urgente: Jake.

Cuando el grupo se encontró en ese lugar por última vez, la tarde antes de la rave, decidió por votación expulsar a Jake de la comunidad. Pegasus informó a Jake de la decisión y le dijo que se marchase a la mañana siguiente. Reina cierta confusión respecto a lo que ocurrió exactamente después, dado que la reunión acabó derivando en una exuberante fiesta. La opinión de la mayoría de los universalistas es que Jake, que se tomó mal la noticia de su expulsión, atacó a Pegasus en un arrebato de embriaguez.

–Desearía de veras que se enfrentase a algún tipo de justicia restaurativa –comienza Tim–. Pero como no hay forma alguna de conseguir algo así, a lo mejor deberíamos dejarlo en manos de las autoridades.

Aunque al principio el grupo se negó a cooperar con la investigación policial, ahora Tim propone compartir la información que tienen sobre el paradero de Jake con la policía, una idea que es recibida con silenciosa aprobación. Durante la discusión que sigue, a Jake se le reprocha una multitud de cosas: escaquearse de sus tareas, cultivar el cannabis que ocasionó problemas legales al grupo y, lo más grave, agredir a Pegasus.

–Pero Jake encontró este lugar para nosotros –repone Indiya, eligiendo con cuidado sus palabras–. Él nos invitó a venir. Aunque no se convirtiese en un miembro constructivo de la comunidad, eso tiene su importancia. Está claro.

–¡Casi mata a Pegasus! –exclama Tim, encendido–. Todos votamos, todos estuvimos de acuerdo. Jake sabía que estaba fuera. Lo que es justo es justo. Pero él eligió la violencia... Y nos estropeó esto a todos.

–Es imperdonable –secunda Wright, que toma la palabra por primera vez.

Martin, con los ojos clavados en el suelo de tierra cubierto de paja, asiente mientras da golpecitos con el pie. El grupo se pone de acuerdo para votar. A pesar de ser solo cuatro personas, es un proceso laborioso que conlleva varias rondas de gestos con las manos y leves ajustes a la propuesta sometida. Al final llegan a un consenso: los universalistas compartirán con la policía sus inquietudes con respecto a la agresión de Jake, sin informar, no obstante, de su paradero.

Tras la reunión, Indiya pasea por el perímetro de la granja mientras los otros regresan a la camioneta. Con su atuendo casi de combatiente, no está del todo fuera de lugar en medio del barro. Ahora todo está empaquetado, listo para el largo camino de regreso a Londres. La granja de Spencer quedará de nuevo vacía. Indiya se detiene en la parte trasera del edificio para mirar colina abajo, hacia las casas.

–Jake no contesta a mis mensajes –acaba diciendo–. Estoy preocupada por él.

Tras otro instante de vacilación, Indiya me enseña una dirección en su teléfono. Es un código postal E17, en pleno East End de Londres.

–Es de hace años –me dice mientras lo copio–, a lo mejor ya no sirve de nada. Pero bueno... –Le da un puntapié a una mata de hierba y luego se limita a decir–: No sé qué otra cosa hacer.

Indiya, desilusionada por la decisión mayoritaria de cooperar con la policía, sigue albergando esperanzas de poder llegar a una solución restaurativa.

–Sé que eso es lo que querría Pegasus –dice–. Lo hago por el bien común.

A lo largo del pasillo que lleva a la planta baja del dúplex de Ana Smith, hay un pequeño muro hecho de cajas de cartón, todas pulcramente etiquetadas: «Ropa», «Electrónica», «Miscelánea» y demás. «Las cosas de Jake», dice Ana señalándolas. Empaquetó sus pertenencias tras pasar semanas sin noticias suyas, pero se muestra reacia a deshacerse de ellas. «No me sentiría bien tirándolas sin más.» Mira las cajas, lo que ha quedado de Jake y de sus años juntos, mientras tira de un hilo suelto de su rebeca. Añade con rapidez: «No es que espere que vuelva. Sé que se ha ido».

La casa de Ana está en Leytonstone, al este de Londres. Se halla en medio de una fila de modestas casas victorianas adosadas que solo llaman la atención por su desabrida uniformidad. Los jardincitos delanteros son grises, pues están asfaltados o empedrados en su mayoría, y además los afean un par de contenedores verdes y negros, pero Ana le ha dado vidilla al suyo con unos cuantos arbustos y una cesta colgante con flores. Es un refugio improbable para un revolucionario universalista. «La recuerdo», dice Ana de la «amiga jipi» de Jake. Hace unos cuantos años, Indiya visitaba con regularidad a Jake mientras Ana estaba trabajando. «Se pasaban el día fumando y jugando a Mario Kart.» Al final se acabaron las visitas, aunque Ana afirma no saber por qué. «Seguramente discutieran por cualquier cosa», dice. Al parecer, era muy propio de Jake ponerse a malas con sus escasos amigos.

Le pregunto qué podría hacer Jake con una fortuna robada. «Nada», responde Ana con una penetrante lucidez posruptura. «Nunca ha sido el dinero lo que ha frenado a Jake. Él mismo es su peor enemigo. Seguramente se esté volviendo loco solo de mirarlo, imaginándose todas las chorradas que podría hacer, pero al final no hará una mierda con él.» Jake dejó a Ana en junio de 2020, cuando la novedad que constituía la presencia continua de su compañera en el piso de tres habitaciones empezó a resultarle asfixiante. «Estaba acostumbrado a tener la casa para él todo el día, haciendo dios sabe qué.» Jake llevaba sin trabajar desde 2018, año en que tuvo un breve empleo en una agencia inmobiliaria cercana. Durante la primera cuarentena, se dedicó sobre todo a vapear y a jugar en el móvil. «Básicamente vivía aquí gratis. Yo pago la hipoteca y las

facturas. Hago la compra. Cocino.» Ana niega con la cabeza, y añade a la lista: «Hago la limpieza. Ya sé que soy idiota».

A pesar de no saber nada de la granja ni de dónde ha pasado Jake el último año, Ana no está preocupada. Jake tiene un salvavidas. «Cuando está realmente bloqueado, llama a su madre», dice. Ana no puede dar muchos detalles sobre la familia de Jake, pues en ningún momento de sus tres años de relación ha conocido a sus parientes. La familia era un tema delicado para Jake. «Es hijo único, como yo», recuerda Ana. «Nunca menciona a su padre», prosigue, aunque de vez en cuando recibía dinero de su madre. «Dinero para hierba», aclara Ana en tono despectivo. «Solo se lo gastaba en eso.»

Al principio, Ana había creído que la partida de Jake era temporal, una separación de unos días para relajar tensiones. «Solo se llevó su mochila», aclara. Pero después transcurrieron semanas y, luego, meses sin contacto alguno, y Ana se vio obligada a aceptar que Jake no pensaba volver. «Es una cobardía», juzga. Ana se sintió abandonada en una coyuntura terrible, cuando todavía no se sabía mucho del virus. Su familia, afincada en Cornualles, parecía a un mundo de distancia. «Me sentí muy sola», reflexiona. En los meses transcurridos desde entonces, no obstante, el resentimiento ha dado paso a una calma vacilante. Tras retirar las cosas de Jake y dejarse espacio a sí misma, Ana se ha hecho de nuevo la dueña de su casa. Ha preparado bizcocho de plátano y pan de masa madre y ha demostrado lo que vale en el proceso. Lo único que queda ya de Jake está ahora en esas cajas archivadoras que hay en el pasillo.

«Supongo que esto es lo que has venido a ver», dice Ana, quitándole la tapa a la caja de «Ropa 2» y sacando con cuidado su contenido. Es lo que podría esperarse del vestuario de Jake: camisetas y sudaderas desgastadas, unos vaqueros viejos. Todo doblado de forma impecable, al estilo Marie Kondo, aunque Ana admite que ninguno de esos artículos le produce alegría. «A lo mejor sí que debería tirarlo todo», dice pensativa. Tras hurgar en el resto de las cajas, acaba volviéndose a la que lleva la etiqueta de «Miscelánea». Dentro hay un *spinner*, unos cuantos cartuchos de vapeo y un fajo de sobres blancos cuidadosamente sujetos con una

goma. «Son sobre todo recibos de teléfono», dice Ana, pasándomelos. «Por supuesto, le sigue llegando aquí el correo.»

En el sobre de arriba, dividido por la goma color rosa claro, hay un nombre y una dirección impresos en un tipo de letra austero a espacio simple. Me detengo para volver a leerlo. Luego reviso todo el montón.

–¿Qué pasa? –pregunta Ana, confusa.

Es innegable, todas las cartas llevan el mismo nombre en blanco y negro.

Es Jake, o, mejor dicho, señor J. W. Leonard.

Jake Leonard. Miriam Leonard. Es poco probable que sea pura coincidencia. La diferencia de diecinueve años permite pensar que sean hermanos –aunque, según Ana, Jake es hijo único–, o madre e hijo. El nombre es un hecho concreto en el jaleo de favores y libertades que rodea la granja de los Alderton. Pero es solo un nombre. Por sí mismo, no aclara demasiado la incógnita más acuciante: ¿dónde está Jake Leonard?

Sus opciones son limitadas. Según todos los testimonios, Jake anda siempre sin blanca y subsiste a base de la buena voluntad ajena. Expulsado por los universalistas, acusado de una agresión grave y separado de su novia-benefactora, su situación tiene todas las trazas de ser difícil. Aun teniendo el lingote, como asegura Spencer, la práctica alquímica de convertir el oro en dinero en efectivo es pantanosa.

«Tendríamos que verificar su autenticidad, claro, sin duda», explica Iain Stewart, de la empresa de compraventa de oro Cash 4Ur Gold. Los prestamistas usan la «prueba del ácido», un proceso que consiste en echar unas gotas de solución ácida en una incisión de la pieza para comprobar que el oro es auténtico. Para lingotes grandes como el de Spencer, pueden ser necesarias pruebas adicionales, que Jake tendría que pagar de su bolsillo. Finalmente, por tanto, Jake recibiría una cantidad en metálico considerablemente menor al valor

real del lingote. «No igualaríamos el valor del mercado», aclara Stewart. «El oro de alto quilataje ofrece poca liquidez. A nosotros también nos costaría venderlo.» De hecho, incluso la idea de conservar el lingote de oro implica un riesgo poco atractivo. «Si es demasiado valioso, tenerlo almacenado en el local nos traería más de un dolor de cabeza con la aseguradora.»

Y, lo que es peor, el oro muy puro es, en realidad, bastante blando; la superficie de un lingote se rasguña y se abolla con facilidad. Si el de Spencer se usó de veras como arma blanca, lo más posible es que ahora esté deformado. La posibilidad de esos defectos le arranca una risotada incrédula a Stewart. «Sí, pasaríamos del asunto. Ni hablar.» Lo mejor que podría hacer Jake sería venderlo a un tratante especializado en oro, según comenta Stewart. Pero, sin la documentación adecuada (después de todo, se supone que es mercancía robada), eso también resultaría difícil. Aunque Jake tenga el lingote, en la práctica no le sirve de mucho.

Entonces, ¿cuál es el objetivo de poseer un artículo tan engorroso y que conlleva tantos riesgos? Por el precio de ese lingote, una persona podría comprarse una casa (aun en el mercado inmobiliario londinense, con su escandalosa inflación), llevar durante años una vida entregada al lujo o realizar una donación filantrópica importante. En comparación, comprarse un pisapapeles dorado es darle un uso absurdo a medio millón de dólares. Los partidarios de acaparar oro alegan que los metales preciosos pueden representar un seguro ante la incertidumbre económica. La creciente desconfianza hacia los bancos y el sistema financiero en general empuja a mucha gente corriente a considerar dichas alternativas. Las criptomonedas del tipo Bitcoin (dinero electrónico que a veces recibe el nombre de «oro digital») son un instrumento financiero antisistema cuya popularidad va en aumento. Pero entre los escépticos más acaudalados y de más edad, el oro sigue siendo la opción preferida.

«¿Por qué se compra alguien algo?», replica Spencer, incrédulo, cuando le preguntan por la adquisición. «Lo quería. Ganaba suficiente dinero como para comprármelo, así que lo hice.» Él posee sobre todo monedas y lingotes más pequeños (de diez, veinte y

cincuenta gramos), a los que cariñosamente llama sus «galletas». Explica que estas le permitirían realizar trueques y negociar en el caso de un colapso económico total. Guarda unos cuantos lingotes en su apartamento de Londres, pero la mayoría de ellos se halla en una caja fuerte bien equipada en el sótano de su antigua casa de Cobham. Al ser banquero, Spencer se encuentra en una posición única para mejorar o reformar el sector. No obstante, en lugar de emprender acciones para aumentar la confianza de la gente en el sistema económico y asegurar su longevidad, ha elegido atesorar recursos con el fin de garantizar la pervivencia de su riqueza ocurra lo que ocurra. «Es simple prudencia», comenta. «Yo me dedico a la gestión de riesgos.»

Su exmujer ve el lingote desde un punto de vista distinto, más como un trofeo. «Está muy orgulloso de él», me dice Claire. Spencer se compró el lingote en 2017, como regalo por su cuadragésimo cumpleaños. «Supuso meses de discusiones.»

La mayoría de las entidades certificadas no venden de forma directa al público. E, incluso cuando un individuo con un patrimonio neto elevado adquiere oro, los vendedores recomiendan que las barras se guarden en almacenes controlados y no en casa. Pero Spencer había insistido: «Él quería que se lo entregasen aquí». Al final, un vendedor accedió.

«En realidad se me había olvidado», dice Spencer, refiriéndose al lingote de oro que había dejado en la granja. Lo había colocado en la repisa de la chimenea del salón, en el edificio principal, sin preocuparse por que pudiesen robárselo, al parecer. Solo cuando la policía de Bradford le enseñó a Spencer fotos del desastre que dejó tras de sí la rave de los universalistas se dio cuenta de que su lingote había desaparecido. Echando la vista atrás, Spencer reconoce que debería haber vigilado un poco más un objeto tan valioso, o al menos haber dado algún paso para asegurarlo. Aun así, se mantiene en sus trece: el responsable, en último término, es Jake. «En realidad», insiste Spencer, «yo soy la víctima de todo este asunto. Que no se te olvide.»

Casi todas las noches, Rodger y Lenny cenan tarde; se sientan a la mesa de roble macizo de su cocina alrededor de las ocho. Esta noche no es una excepción. Rodger coloca una fuente de pastel de carne recién salido del horno sobre el salvamanteles que se halla en el centro de la mesa mientras Lenny descorcha una botella polvorienta de Malbec. La galería acristalada envuelve la escena con el oscuro cielo nocturno, en el que parpadean las luces de los lejanos bloques de pisos. La pareja se sonríe, cómoda en su compañía compartida. No obstante, al igual que para muchas otras parejas, el confinamiento trajo tensiones a su relación.

«Lenny se vuelve maligna cuando bebe», explica Rodger. La tirantez entre ambos llegó a su punto álgido a finales de abril de 2020. Rodger dejó de sentirse seguro durante una pelea y se encerró en el baño del primer piso, donde permaneció hasta la mañana siguiente. «Lenny se pasó todo el rato pegada a la puerta, chillando.» Ahora Rodger se ríe. Pero, al día siguiente, sus hijos adultos (de una relación previa) insistieron: Lenny debía marcharse. Por suerte, Rodger tenía acceso a un pisito («un estudio, más bien, se trata de una sala de mantenimiento reformada», aclara) en un bloque del oeste de Londres. En un principio, Rodger había comprado la modesta vivienda para que la usase su hija, y ella había vivido allí mientras trabajaba en su tesis en el Imperial College London, que quedaba cerca. En los últimos años había alquilado la habitación por un módico precio, «normalmente a estudiantes extranjeros mayores que quieren evitar las residencias universitarias». Dado que la pandemia había impuesto la enseñanza a distancia, el piso estaba vacío en ese momento, cosa que permitió a la pareja mantener una distancia crucial para darse un respiro.

«Entonces fue cuando conocí a Richard», explica Lenny. Creyendo que eran los únicos residentes del edificio, la extraña pareja estableció una relación íntima. «Estaba aburrida. Fue sexo, nada más», afirma. Su franqueza acerca de la aventura resulta asombrosa, a pesar de que Rodger afirma no sentirse traicionado. «Estábamos dándonos un tiempo», apunta. No lo dice en el mismo tono que Ross, el personaje de *Friends*. Rodger se encoge de hombros y sonríe: «Ahora las cosas van bien», asegura.

–Eso es –secunda Lenny entre risas–. Mejor que nunca.

Rodger se pone de pie para recoger la mesa mientras Lenny se repantiga en la silla. Tras casi una década juntos, han alcanzado una cómoda domesticidad. Aquí dentro, Lenny no da la impresión de hacerse la dura ni de vigilar sus palabras. Está menos en guardia que cuando hablamos por primera vez. Así que, después de que Rodger nos deje para terminar de corregir unos exámenes, decido abordar el asunto de Jake de nuevo.

Si Jake es de veras el hijo de Lenny, la verdad es que ella tiene buenos motivos para ocultarlo. Su imagen pública es de todo menos maternal. En columnas recientes para el *Spectator*, Lenny se ha lamentado en repetidas ocasiones de la plaga de madres solteras y de «progenitores inútiles» que asola Gran Bretaña. En 2013 defendió que se les ofreciese a todas las mujeres que se hallasen en el Reino Unido un pago en metálico de 799 libras para someterse a una «esterilización voluntaria», una propuesta que suscitó indignación y burla en igual medida. No obstante, el propio Jake es un joven malogrado, surgido de la típica familia «rota» que Lenny suele criticar. ¿Es acaso su secreto hipócrita?

«No es ningún secreto.» Lenny hace girar el vino en su copa mientras habla. De hecho, señala, mencionaba a menudo a su hijo en sus primeros textos, en artículos sobre tendencias para las secciones femeninas de las revistas. «¿Que fui madre cuando era demasiado joven? Sí. No soy la primera. Crecí en un entorno de clase obrera y tuve un hijo de joven. ¿Y qué? Trabajé duro. Me gané la vida. Y mantuve a mi hijo. No empecemos con puritanismos de clase media.» Sus críticas, prosigue Lenny, iban dirigidas a esa clase de madres que se negaban a mantener a sus numerosos hijos y en cambio dependían de los subsidios: las «conejas profesionales», como las llamó en un artículo de opinión del 2014 para el *Times*. «Soy lo contrario de hipócrita», dice, rellenándose la copa. «Sé perfectamente de lo que hablo.»

Lo de dar una imagen sin hijos ahora es solo una cuestión de marca, comenta Lenny. «Mis lectores son sobre todo varones de cuarenta años en adelante. No les interesa oír lo que diga la madre de alguien cuando leen el periódico del fin de semana.» Además,

Lenny tiene temas más importantes que tratar en sus artículos. «Mis lectores quieren guasa, no críos. Quieren ideas importantes y análisis perspicaces. Y eso es justo lo que yo les doy. A espuertas.»

La cosa tiene su fórmula, según Lenny: coges una noticia de la semana y trazas una comparación que impresione. «Lo mejor es usar elementos poco conocidos de la historia europea, pero una novela rusa o una teoría filosófica pueden encajar igual de bien.» Otro método es incluir datos: «La exactitud no importa demasiado, solo hay que encontrar un estudio y rociar el argumento con algunos porcentajes. O, mejor todavía, reclutar al autor del estudio para un par de citas del "experto"». La idea es meter a los lectores en el rollo, explica. «Que se crean que son unos intelectuales, unos hombres de esos que leen de veras el periódico. Que tengan algo con lo que darles la chapa a sus amigos en el pub.» Una sonrisa maligna asoma a los ojos de Lenny. «Aunque solo estén mirando párrafos copiados de Twitter.» Lenny habla en tono ligero, pero en los últimos años, el coste de suscripción de los periódicos ha dejado fuera a una parte principal de su público.

Desde el punto de vista de Lenny, su cruda retórica acerca de la responsabilidad personal no está reñida con los fracasos de su propio hijo. «Los chavales de hoy en día apenas tienen oportunidades», dice. «Jake es una víctima desafortunada de esa tendencia general.» Se saca del bolsillo un iPhone, de una agresividad cómica en su abultada funda de silicona, y me enseña una foto del «presunto equipo líder» de Spencer. Es un grupo de cinco hombres y seis mujeres con una apreciable variedad en la gama de colores de piel. «Esta es la gente a la que ha puesto arriba», comenta. Todos lucen enormes sonrisas y camisetas de carreras benéficas, y enarbolan hamburguesas medio desparramadas o botellas de agua. Parece una parodia de la diversidad corporativa. «Las minorías raciales están sobrerrepresentadas en este grupo, en comparación con la población del Reino Unido», apunta Lenny. Se muestra escéptica con respecto a las motivaciones del banco. «¿De verdad crees que esta es la gente más cualificada de Gran Bretaña para su puesto?»

«En esta época todo, pero todo, tiene que ver con la raza. El

capitalismo woke está pisoteando a la clase obrera.» En opinión de Lenny, no resulta sorprendente que la gente joven como Jake esté descorazonada. «Si eres negra, lesbiana y discapacitada, o cualquier otra cosa, el trabajo es tuyo. Independientemente de tu formación.» A pesar de que Jake también carece de la formación que se exige para la mayoría de los puestos de trabajo, Lenny insiste en que eso se debe a que el mensaje que les llega a los jóvenes como él está más claro que el agua. «¿Para qué molestarse? Por supuesto que los chavales de la clase obrera abandonan, si lo único que importa es la diversidad con D mayúscula. Tienen todas las cartas en contra.»

Los esfuerzos por fomentar la inclusión basándose en el color de la piel adolecen de una estrechez de miras a la hora de interpretar la diversidad que bien podría considerarse responsable de la actual cultura censora de la mentalidad de masas. Es un problema que subyace en todo el trabajo de Lenny, y quizás incluso en su vida. Sus ojos, de color azul grisáceo, adquieren un aspecto lúgubre cuando plantea una pregunta crucial: «¿Qué ha pasado con la diversidad de pensamiento?». Las palabras quedan suspendidas en el aire. Lenny ladea su copa mientras observa los nuevos equilibrios que adopta el líquido granate.

Una aureola de pelo ralo rodea la cabeza herida de Pegasus. Está recostado como un santo sobre una cama hecha de dos colchones sobrepuestos y cubiertos de cojines. Largos retales de seda grapados por los bordes al techo separan su rincón de la gran sala diáfana en la que reside, una antigua planta de oficinas. Ahora, en lugar de escritorios, impresoras y sillas, el espacio está atestado de sacos de dormir y camas improvisadas. Alrededor de treinta personas han ocupado este centro social en desuso de Willesden, al noroeste de Londres. Entre ellos, estudiantes, ecoactivistas, músicos, australianos y anarquistas entrecanos. Los fluorescentes del techo iluminan la figura lánguida de Pegasus. Sus labios dejan entrever

una expresiva sonrisa. Indiya está sentada a su lado, en el suelo, con un codo apoyado en los cojines de la cama.

«Trabajábamos con la tierra, con la música, con las cosechas», dice Pegasus. «Y estábamos tratando de llevar algunos cerdos, cerditos y pollos.» Aun después del violento fin de la granja y de las semanas que ha pasado en el hospital, Pegasus sigue añorando la visión universalista. «Iba a ser maravilloso», dice.

La semana pasada Pegasus recibió el alta hospitalaria ya libre y sin cargos, después de que la policía determinase que las plantas de cannabis de la granja no alcanzaban el umbral del 0,3 por ciento de THC que las calificaría legalmente como marihuana. No está claro si los universalistas tenían intención de cultivar cáñamo, cosa que es legal, o si los salvó su incompetencia. En cualquier caso, no se presentarán cargos. «Eso ya es agua pasada», dice Indiya con un bostezo.

Pegasus se refugió en esta oficina ocupada para su convalecencia. En todas las paredes hay pósteres y carteles dibujados a mano. Un cierto olor a moho impregna el espacio, en plan estudio de yoga caldeado, con notas de cerveza rancia y cannabis de fondo: el perfume agrio de la revolución. Mientras yo lo observo todo, Indiya se levanta de un salto y abandona la sala con paso ágil para ayudar a preparar la cena. Los okupas celebran una comida comunitaria al día, usando los frutos de sus frecuentes inmersiones (en ocasiones de forma literal) en los contenedores. Se han establecido turnos. Muchos de los residentes son friganos autoproclamados, y se han comprometido a comer solo productos recuperados de origen no animal. No obstante, por la moqueta hay diseminados, delatores, unos cuantos envases de poliestireno que han contenido comida para llevar, latas de cerveza vacías y demás desperdicios.

Pegasus me observa de hito en hito sin perder la sonrisa. «¿Qué quieres saber?», pregunta, ansioso por hablar. Su herida, sufrida en nombre del anticapitalismo, le ha proporcionado cierta fama en el círculo okupa de Londres. Pegasus está resplandeciente. «Me han chocado los puños un montón de veces. Lo que hicimos allí despierta un respeto tremendo.» Se muestra comunicativo, casi jovial, sobre los detalles de su agresión. «Jake me dio un buen golpe», añade con

una amplia sonrisa, tocándose con la mano una zona afeitada y vendada en el lateral de la cabeza.

Según Pegasus, es cierto que Jake reaccionó mal a la noticia de su expulsión. Pero lo hablaron y llegaron a una tregua algo tirante. Una vez calmado, Jake se mostró de acuerdo en recoger sus cosas y marcharse esa noche, como le habían pedido. Sin rencores. Incluso le sugirió a Pegasus que diesen una vuelta por la finca, a modo de despedida. A pesar de las voces y del estruendo de la música, fuera, bajo el húmedo cielo nocturno, se respiraba paz. Pegasus no pudo resistirse a mirar las estrellas, ¡estrellas de verdad! No esa oscuridad fangosa que flota sobre Londres. En ese preciso momento pensó que todo, el experimento de los universalistas en su conjunto, podría funcionar. Al fin y al cabo, ¿acaso no acababan de resolver un conflicto candente de forma amistosa? «Tuve esa sensación», dice Pegasus. «Que todo iba a salir bien.»

Y, a continuación, cayó desplomado en el suelo.

Jake, de repente encima de Pegasus, esgrimía en la mano un ladrillo dorado. Su cara lucía una expresión enloquecida, tenía el rostro deformado por una rabia lóbrega y exagerada. Dijo algo, pero Pegasus no entendió sus palabras. No habló más. Jake asestó un golpe con el ladrillo directamente en el cráneo de Pegasus.

«Parecía un puto Toblerone. Pero atizaba como un bate de críquet.» Pegasus no recuerda nada tras ese primer golpe brutal. Ni su desmayo bajo las estrellas, ni su traslado al hospital. ¿Qué pasó con el lingote de oro? Pegasus dice que no tiene ni idea. Recuerda con vaguedad los detalles de esa noche. Ha tardado semanas en recordar incluso esa secuencia básica de acontecimientos. «Hay que reconocerle a Jake que es la mejor metáfora posible. Un ejemplo perfecto de cómo el sistema capitalista nos jode a todos. Todo lo puro queda destruido.»

Por increíble que parezca, Pegasus no le guarda rencor a Jake. Por el contrario, apunta a la culpabilidad de la sociedad actual: «Los humanos somos maleables», aclara. «Somos productos de nuestro entorno. Jake es solo un síntoma; la causa es el sistema.» Afirma que la rabia y la avaricia no son parte inherente de la naturaleza de Jake, sino más bien «el resultado lógico de la imposición del

capitalismo tardío en un ser humano». Pegasus dice que experimentó otras formas de comunidad en sus viajes al extranjero antes de cumplir los treinta, de mochilero, subiéndose a trenes de carga, durmiendo en sofás ajenos y pasando por varias comunidades autosuficientes. Sin embargo, la inspiración para el movimiento universalista le llegó mucho más cerca de casa, durante una meditación silenciosa de diez días en el condado de Hereford a la que asistió en 2018. «Me pasé horas meditando, a la espera de que se disolviese mi yo físico, y entonces lo vi», me cuenta. «Como una visión. Gente de todas partes, superando todas las barreras interiores que los separaban para encontrar la comunidad. La comunidad real.»

Basándose en la ideología marxista, la ciencia conductista inspirada en B. F. Skinner y los ideales de la «permacultura», Pegasus creó un batiburrillo doctrinal sobre el que sustentar su visión. Ha subido más de veinte extensos discursos tanto a SoundCloud como a YouTube para exponer los fundamentos de su filosofía. La decisión de salir del «sistema» es, insiste, una forma de discurso político. «Estamos manifestando nuestras objeciones a un sistema social y económico que acaba siendo fascista», dice en una grabación de 2019. «Toda esa gente que se va cada día al trabajo ni siquiera entiende lo fútil que es todo... Sus vidas son fútiles por completo.»

«A la mayoría de la gente no le hace gracia oírlo», me explica Pegasus ahora, en un tono más circunspecto. «Pero esa es la verdad. No conozco otra forma de decirlo.»

Más allá del simbolismo, el lingote de oro en sí reviste poco interés para Pegasus. «No robamos», afirma. «¿Para qué íbamos a hacerlo? La propiedad es una ilusión. El dinero es un mito.» Por esta razón, Pegasus se siente descorazonado ante el panorama de vida intencional del Reino Unido, en el que, por lo general, los recién llegados deben aflojar sumas de cinco o seis cifras para unirse a una comunidad establecida. Hasta esas cooperativas jipiosas ofenden su concepto radical de propiedad. «No tiene sentido», dice Pegasus. «Si estás usando la tierra, si estás cultivando el suelo, entonces te pertenece. Ya está. La acción es propiedad. No es transferible. Ni

exclusiva. No puedes cambiar la acción por dinero. Si lo haces, es solo capitalismo.» Las estructuras de pago que ofrecen algunas comunidades para permitir la adhesión de ciertos miembros sin pagar la cantidad total de antemano encienden aún más a Pegasus. «Felicidades, acabáis de reinventar la hipoteca», espeta. «La vida comunal debería ser accesible a todo el mundo», insiste. Y añade, no por primera vez: «De eso trata la universalidad».

Algo como el movimiento universalista llevaba mucho tiempo gestándose. Pegasus se limitó a esperar el catalizador correcto. Siempre ha creído tener lo que hace falta para crear de cero una comunidad. Su don de gentes le viene ya de la niñez. Creció en Chelmsford, un próspero barrio de los alrededores de Londres, donde era el ojito derecho de los profesores en la secundaria, según dice. Recuerda que una vez, un tutor de su clase, presa del entusiasmo, les dijo a sus padres que Pegasus tenía «verdaderas posibilidades de llegar a primer ministro». A pesar de no ser el alumno más brillante, las dotes de Pegasus como orador y líder prometían. Durante las actividades extracurriculares, como el programa de Young Enterprise y el Premio del Duque de Edimburgo, destacaba gracias a su capacidad para formar equipos. No obstante, de adulto nunca consiguió dar una salida práctica a sus aptitudes precoces.

«Estuve perdido mucho tiempo», dice Pegasus, en un giro reflexivo. «Intentando buscarle sentido a esta locura de vida.» Y prosigue: «Yo no pretendo tener todas las respuestas [acusación que nadie ha lanzado], pero lo que sí puedo hacer, lo que he venido a este mundo a hacer, es guiar a otros por el camino de las preguntas».

Entonces le interrogo acerca del papel que desempeña en todo eso la ocupación, cosa que incomoda a Pegasus, porque en general le indigna la representación que suele hacerse de las comunidades como la suya. «La palabra *ocupación* es ofensiva», replica. «Es incorrecta y falsa. De hecho, es mera propaganda usada por los medios para ahuyentar a la gente de estilos de vida que puedan liberarlos.» ¿Liberarlos de qué? Escupe la palabra: «¡Del capitalismo!».

En ese momento se oye un tin. Pegasus se detiene para mirar el teléfono. «¡El papeo está listo!», exclama sonriente, olvidando el mal humor de hace un momento. Con prudencia y lentitud, maniobra para bajar las piernas de la cama y luego se apoya para ponerse de pie. Aún le queda un largo camino para recuperarse. Nos unimos al ajetreo de cuerpos que avanzan por el pasillo y luego subimos. En esa planta había una pequeña cocina común para los empleados y una habitación contigua que se han transformado de forma temporal en un comedor. Junto al hervidor de agua y al microondas hay dos hornillos de camping, unas enormes ollas de acero inoxidable, sartenes, tablas de cortar y hasta cuchillos de chef. Hay platos mugrientos apilados en el fregadero, pero no cabe duda de que el olor de la comida es apetitoso. La multitud hambrienta se dirige a una olla de estofado burbujeante, y cada persona se sirve una ración en recipientes improvisados. Pegasus observa desde atrás, apoyado en el umbral.

«A mí solía emocionarme mucho todo esto. La gente trabajando a una, alimentando a la comunidad, el buen rollo. Pero en realidad es una puta pérdida de tiempo, ¿no?», dice enredando con un cigarrillo liado. «No va a cambiar nada.» Se ríe. «Supongo que soy el típico activista desgastado.»

Típico o no, en cierto sentido da la impresión de que los universalistas contrarrestan el exceso de Spencer. Ambas posturas constituyen, sin duda, respuestas extremas al sistema capitalista: la aceptación de Spencer contra el rechazo quijotesco de los universalistas. Pero al menos Pegasus parece sincero en su deseo de enfrentarse a los problemas de la sociedad, pese a adoptar tácticas discutibles. Allí, a la entrada del comedor, con el cigarrillo sin encender en la mano, el mal humor hace de nuevo mella en él. ¿Por qué fracasó de forma tan espectacular el experimento universalista? Ha dedicado gran parte de su tiempo de convalecencia a reflexionar sobre la cuestión.

«El mundo no estaba listo», acaba diciendo. La experiencia lo ha dejado quemado: Pegasus no tiene planes de intentar hacer realidad su visión de nuevo. «He hecho todo lo que he podido. Alguien tendrá que recoger el testigo. Espero que así sea.»

Jake Leonard lleva una barba que le cubre la mayor parte de las mejillas, el mentón y el cuello. Es lo primero que advierto cuando abre la puerta. Luego, su ropa: una bata floja, atada sobre una camiseta interior con manchas y unos calzoncillos tipo bóxer. Lleva el pelo grasiento y desgreñado recogido en una cola de caballo corta. Tiene las cortinas echadas y una bombilla de bajo consumo baña la habitación en una tenue luz amarilla. Hay una cama, un armario y un escritorio, más un único sillón Poäng delante de la tele. En la esquina, una puerta abierta deja ver un pequeño aseo, y en la pared contigua hay una cocina diminuta (microondas, mininevera, hornillo eléctrico). No podría estar más alejado de la lujosa modernidad del apartamento de Spencer, tres pisos más arriba. Un Jake resignado accede a hablar, con los hombros encorvados y vencidos en medio de este cuadro lastimoso.

–De todas formas, estoy acabado.

Desde la agresión, Jake ha estado escondido, desaparecido aquí, en el piso de Rodger en Kensington. No estaba seguro de que la casa estuviese vacía; sabía que Lenny, su madre, había estado viviendo allí en algún momento (después de todo, por eso lo mandó a la granja). Pero no tenía otra opción: había que arriesgarse. «No se me ocurría otro sitio al que ir», dice.

En medio de la confusión producida por la llegada de la policía a la granja de los Alderton, Jake se las apañó para colarse en una de las camionetas que regresaban a Londres. Tras él entraron a empujones otros asistentes a la fiesta, con el fin de evitar un arresto o una multa. Cuando la puerta se cerró, la camioneta arrancó entre quejidos. Había conseguido salir. «No me conocía nadie», aclara Jake. «Y tampoco es que la gente fuese por ahí preguntando.» Recorrieron el trayecto, incómodo y lleno de baches, apiñados como sardinas en lata dentro de la camioneta oscura y sin ventanas. Jake apretaba entre los brazos su mochila, cargada con la mercancía robada, mientras intentaba pensar cuál sería su próximo paso.

La cabeza le ardía a preguntas. ¿Había cometido un asesinato? ¿Había visto alguien lo que había hecho? ¿Cómo funcionaba el tema de las jurisdicciones? ¿Podía arrestarlo la policía del condado de York si conseguía llegar a la seguridad de Londres? Cada vez que la

camioneta se detenía, se le revolvía el estómago. Era algo más que la borrachera. Lo acosaban imágenes de una emboscada; se imaginaba a los agentes de policía abriendo de súbito las puertas y sacándolo a rastras. Se pasaba las manos por las mejillas, intentando dominarse. Pero en vano: estaba aterrorizado. Cada vez que oía una notificación del teléfono, se imaginaba que lo habían descubierto. Horas más tarde, cuando la camioneta hizo, por fin, una pausa en Watford para estirar las piernas, Jake decidió no aventurarse más allá con esa gente. Se escabulló de la camioneta con paso vacilante y se alejó a toda prisa.

Tras deshacerse de su teléfono y de la tarjeta SIM tirándolos en contenedores separados (por miedo a que lo localizaran mediante GPS), Jake saltó los tornos de la estación de tren de Watford y cruzó Londres en dirección al piso de Rodger. Desde entonces está allí, bebiendo, agobiándose y reconcomiéndose por peleas antiguas de la granja. «¡Era un megalómano!», exclama Jake, aún rabioso por las acciones de Pegasus. «Cortó la electricidad, estaba planeando desconectar el agua. Estaba intentando fundar una secta. Fue en defensa propia.»

Entonces, ¿por qué invitó Jake a Pegasus a la granja en un principio? «No lo hice», dice este, dejando caer los brazos, exasperado. «Yo solo invité a Indiya. Íbamos a intentar trabajar la tierra. A cultivar lo que fumábamos y eso.» Para desaliento de Jake, Indiya llegó con un grupo de desconocidos siguiéndole los talones. «Se adueñaron por completo del lugar». Jake se encontró de nuevo atrapado por el confinamiento, asfixiado por la gente que lo rodeaba. Entonces empezaron los choques de personalidad y la lluvia de acusaciones.

Refugiado en la casita de Rodger y sin teléfono durante meses, Jake se vio, en efecto, aislado del mundo. Veía los informativos, a la espera de que mencionasen algún asesinato en el condado de York, pero nada. Sin embargo, eso no significaba que estuviese a salvo, lo sabía. A lo mejor simplemente no era una historia lo bastante importante como para aparecer en el informativo nacional. No se atrevía a buscarlo por internet; con la cantidad de películas policiacas que había visto, sabía que esas imprudencias siempre

acababan en arrestos. Sus únicas salidas eran al quiosco de prensa (con mascarilla y sudadera con capucha) en busca de provisiones esenciales. Cuando lo encontré, Jake había empezado a preguntarse cuánto tiempo más podría vivir de esa forma. Al enterarse de que Pegasus está vivito y coleando (más o menos), Jake se desploma hacia atrás en el sillón y traga saliva con dificultad. «Soy libre», grita asombrado, moviendo la cabeza. «¡Salvado, por fin!»

En realidad, no. Aunque Pegasus se ha negado a declarar sobre la agresión, aún podrían llevarse a cabo acciones judiciales. Y, le recuerdo, también queda la cuestión del arma robada: el lingote de Spencer. Jake se pone en pie como un resorte; su alivio lo empuja a complacer cualquier petición. Trastabilla por la sala, abre el armario y aparta de en medio varias prendas de ropa arrugada. Se hace a un lado para mostrarlo, envuelto en ropa sucia. Un lingote de oro, real como la vida misma. Está sucio y arañado, y es más pequeño de lo que se podría esperar. Pero no cabe duda de que impresiona, aunque solo sea como la encarnación física de la riqueza extrema. Y lleva aquí todo este tiempo. Literalmente justo debajo de Spencer, que se ha pasado meses dando vueltas, solo unos pisos por encima, sin saberlo.

Pero, curiosamente, la revelación resulta vana. Mientras Jake sigue con su perorata, ofreciendo una improbable e intrincada justificación para su «robo involuntario», el lingote parece perder su lustre y su excepcionalidad. En un entorno tan modesto se vuelve vagamente ridículo. A lo mejor el oro era solo un *macguffin*, un objeto insignificante codiciado por Spencer que no puede ofrecer respuesta ni solución alguna.

Jake mira el lingote, el objeto más valioso que ha poseído en su vida. Luego niega con la cabeza y suelta un resoplido.

–Esta puta cosa me ha arruinado la vida.

Lenny escribe en un MacBook Pro de finales del 2014 en su espaciosa oficina casera. Es una cálida tarde de mayo; han pasado

dos meses desde que Jake Leonard se entregó en la Policía Metropolitana. El Servicio de Fiscalía de la Corona, responsable de los procesos penales del Reino Unido, no ha tomado todavía una decisión acerca del caso de Jake. Lenny está sentada a un viejo escritorio de madera, con el cuerpo doblado en una G cursiva, tecleando. Está escribiendo la columna de esta semana para *The Observer*, la edición dominical de *The Guardian*, que, por raro que parezca, es su nuevo hogar periodístico (junto a Cohen, para alegría de su editor). Su concentración inquebrantable recuerda al «fluir» de Mihály Csíkszentmihályi o al «céntrate» de Cal Newport. Unas gafas bifocales rectangulares se aferran cómicamente a su nariz, resbalando por el puente. En este momento de calma, el atractivo que puede ejercer Lenny sobre un hombre como Spencer resulta evidente: su competencia y su confianza suscitan admiración. Termina unos quince minutos más tarde. La impresora empieza a ronronear, volviendo a la vida entre sacudidas mientras Lenny cierra el portátil. «Últimamente apenas me corrijo», dice, mirando la hoja recién impresa. «Escribo lo que se me ocurre, sin más.»

A pesar de su tono arrogante, los puntos de vista de Lenny suelen estar matizados y bien pensados; no se posiciona perezosamente a favor de un solo bando. Abordemos el tema de la diversidad en el negocio editorial: ¿sospecha Lenny que sus libros se pierden entre el reciente aluvión de obras centradas en la identidad y la raza? «En realidad, a mí me encantan esos libros», comenta. Su sonrisa es genuina. «Si la gente quiere escribir historias divertidas sobre su propio infortunio, y si esas historias venden, ¿por qué iba a quejarme? Defender esos libros, de hecho, es el mejor alegato en defensa de mi visión del mundo.» Lejos de quejarse del lavado de cara o de las cuotas, anima a los escritores de minorías. «Más libros de esos, por favor.»

Aun así, Lenny mantiene su estilo característico, lleno de aforismos, sin perder el tiempo con citas y justificaciones. Hace declaraciones incómodas pero razonables con voz serena de barítono. «Los hombres blancos son el grupo más discriminado en este país», dice. Tras explicar que un niño blanco de clase obrera goza de menos privilegios que un próspero hombre negro licenciado

por la Universidad de Oxford, acaba con una nota populista: «La discriminación positiva alimentada por el capitalismo ha llegado demasiado lejos». Lenny pregunta si un banquero negro se cambiaría por un niño blanco pobre, y se responde a sí misma con énfasis: «¡Por supuesto que no!».

Un buen argumento, quizás. Pero su retórica en años pasados era mucho más extremista. ¿Mantiene lo que afirmaba en antiguas columnas y en el libro? «En aquel entonces estaba observando un síntoma, las minorías sobreprivilegiadas, más que la causa subyacente, el clasismo. El clasismo es el verdadero mal de nuestra sociedad, y está mucho más extendido que el racismo. A la gente le cuesta admitirlo, pero es verdad. Hay que ponerle solución. ¿Por qué se les enseña a los niños blancos pobres que son unos privilegiados? Es cruel y, lo que es peor, nos corta las alas como país.»

Su aventura con Spencer cristalizó esa suave crítica anticapitalista. «Ese tío es completamente amoral. No le importa este país. No le importa que los empleos británicos sean para la gente británica. Lo único que le importa son los beneficios. Si contratar a alguien de una minoría le proporciona más beneficios, lo hará con mucho gusto.» Aunque la postura de Lenny no es exactamente la misma que la de los editoriales de *The Observer*, su punto de vista ha despertado simpatías en el periódico. «Por fin estoy donde tengo que estar», dice de su nueva columna. Desde luego, eso parece. Lenny ha encontrado terreno fértil y aceptación en un público que la sigue cada vez más: las británicas exasperadas de mediana edad. De esas que compran aceite de oliva de Waitrose, el supermercado «bueno», pero a las que tampoco les llega para hacer la compra semanal en Ocado.

«A los lectores de *The Observer* les gustan los negros cuando se mueren de hambre en África, eso sí. Les interesa la "cultura" negra: perfiles de raperos, películas sobre drogadictos, libros llenos de mujeres promiscuas y madres solteras que luchan por salir adelante.» Pero, sobre todo, asegura Lenny, sus lectores esperan que esa gente exista en una burbuja social separada. «¿Tú querrías que tu hijo saliese perdiendo ante un caso de discriminación positiva? No. Pues ellos tampoco. Y ya está. La balanza se ha

descompensado.» En cierto sentido, Lenny solo está intentando nivelar el terreno de juego. «Mi retórica anterior no ayudaba, lo admito. Pero mis intenciones siempre han sido buenas.» Entre nosotras se alza una pila de papeles antiguos impresos. Lenny la levanta y coloca las hojas cuidadosamente a golpecitos. «Yo escribo sermones», dice. Y lo dice de veras.

«Estoy orgulloso de ella», confiesa Rodger. En su opinión, no todo el mundo es capaz de evolucionar en su visión del mundo como lo ha hecho Lenny. «Hace falta, o bien mucha empatía, o bien un trastorno de personalidad, supongo. No creo que haya más formas de hacerlo.»

A lo largo de su obra, Lenny regresa a menudo a un interrogante fundamental: ¿para quién es nuestro país? ¿Para las élites londinenses, ricas y neoliberales, o para los currantes británicos de a pie? Su forma de preguntar puede dejar un sabor amargo, pero la cuestión es fundamental para un país que da la impresión de haberse quedado estancado en un largo periodo de cambio. «El Brexit (que tampoco es que me entusiasme, por cierto) nos ha enseñado que este país no funciona para su gente. Ha sido una advertencia», aclara Lenny con una suavidad poco característica. «Debemos prestar oídos a esa advertencia y arreglar las cosas. Es la única forma de asegurarnos de que Gran Bretaña sobreviva para servir a nuestros hijos, y a los suyos.»

En el vestidor de Richard Spencer hay un rodillo quitapelusas, un cepillo de ropa y un galán de noche con una lujosa decoración de terciopelo. Al presionar levemente se abre un cajón que deja ver filas de relojes y centelleantes gemelos. Spencer elige un discreto par de discos de plata pulida. Lleva ya puesto un Apple Watch color pizarra. «Los pequeños detalles son los que distinguen al rey», me dice con un guiño, parafraseando al artista canadiense Drake. En esa habitación disfruta de los atavíos de la nueva realeza. Las mujeres de antaño tenían sus galas, sus trajes fastuosos y su joyería, y

Spencer tiene su armadura de trajes hechos a medida y accesorios caros. Decide prescindir de la corbata.

–Estoy listo para recuperar mi vida –dice, animado.

Hoy volverá a su mesa de operaciones por primera vez desde su marcha forzosa, a la espera de que concluya la investigación policial. Absolutamente limpio de delito alguno, el regreso a su antigua vida ahora no es más que un detalle. «Por supuesto que no he aprendido nada», afirma Spencer, desafiante. «Aparte de "a la mierda los jipis"», añade entre risas mientras sale de su casa. «¡Y de que no hay que comprarse casas en el norte!» La policía aún no le ha devuelto su lingote de oro, pero Spencer confía en que no tardará en recuperarlo. Todo su mundo ha vuelto a su cauce.

A pesar del desastre acaecido en la granja de los Alderton y su comunidad local, Spencer no tendrá que hacer frente a consecuencia alguna. A diferencia de Lenny, Pegasus e incluso Jake, Spencer no ha aprendido nada de la debacle infringida el año anterior. No es de extrañar que la industria de los servicios financieros causase un colapso económico casi global en 2008. A la fría luz de 2021, la conducta de Richard Spencer plantea la siguiente pregunta: ¿por qué tolera nuestra sociedad a hombres tan lamentables y avaros?

Edmonton

Tras darle mil vueltas a si debía lavarlo primero o no, enjuagó el pollo con torpeza y luego frotó su piel fría y granosa con semillas de hinojo machacadas y sal marina. A continuación lo rellenó, manteniendo la cavidad abierta con la mano izquierda mientras metía orégano fresco con la derecha. A la izquierda del pollo aguardaban seis tomates orgánicos del tamaño de una ciruela, aún prendidos a la rama, en una bandeja de papel cubierta de plástico transparente. Tras abrir el paquete y arrancar los tomates del pedúnculo, rebanó y colocó las rodajas acuosas alrededor del pollo, mirando hacia arriba. Se limpió los dedos en un paño de cocina a cuadros y consultó la receta en el teléfono.[1] Separó dos dientes de ajo de la cabeza que guardaba en el estante de las especias, los cortó por la mitad (a lo largo, con la piel) y añadió los cuatro trozos al pollo y los tomates. Sacó la mantequilla del frigorífico, quitó el envoltorio de aluminio y la colocó sobre la tabla de cortar. Cortó con cuidado la mantequilla con un cuchillo romo hasta tocar la superficie dura por debajo. Repitió el gesto para cortar la parte más pequeña en blandos pedacitos que después distribuyó alrededor del pollo antes de hacer una pausa para limpiarse de nuevo las manos con el trapo. Vació el paquete de orégano haciendo una montañita, troceó un poco las hojas, y las espolvoreó encima de la bandeja, como si fuese confeti. Le hizo fotos al pollo con el teléfono desde distintos ángulos, primero a la altura del pecho, y luego estirando los brazos para enfocarlo desde arriba. Por fin, abrió el horno precalentado y metió la bandeja a media altura.

Cuando llegaron sus invitados, una hora más tarde, el pollo al orégano estaba asándose lentamente; Hannah se había cambiado dos veces de ropa y se había corregido el maquillaje una vez; la cocina desprendía un dulce y delicioso olor a tostado.

–Hannah, ¿estás segura de que no hay peligro?

Martin se desabrochó el casco mientras preguntaba aquello, consternado. Estaba mirando el sospechoso surtido de candados y cadenas que recorrían el borde izquierdo de la puerta de entrada.

–Quiero decir, ¿al cien por cien, absolutamente segura?

–Venga, hombre. –Guin le dio unas palmaditas juguetonas a modo de reproche–. ¡Estás obsesionado con ese trasto!

La mujer recorrió el corto pasillo, una ráfaga de pelo fino y tela suave cruzó la cocina y salió al patio. Era una pequeña zona empedrada con algo de césped que daba para poco más que una mesa de pícnic y cuatro sillas. Hannah había puesto un mantel blanco sobre el que había cuencos de frutos secos y aceitunas y una botella de vino biológico del Marks & Spencer.

–Pero ¡qué monada! –exclamó Guin obsequiosa.

John, sentado ya a la mesa, cogió la botella y estudió la etiqueta con el ceño fruncido mientras Guin tomaba asiento a su lado.

–Ahora hay una aplicación para eso, ¿sabes? –dijo Martin–. Ya no hace falta ir por ahí, en plan, descifrando las runas.

Se sentó frente a la pareja y tiró del pantalón para sacarse la pernera del calcetín.

John contempló con desdén la botella unos segundos más antes de pasársela a Martin. Hannah se permitió un momento de alegre aturdimiento; estaba contenta, y francamente aliviada, de que la velada saliese según lo planeado. Los lazos de amistad que unían a los adultos eran endebles; la década anterior había demostrado con creces esa verdad. Las diferencias de circunstancias y municipios casi le habían hecho perder el contacto con esa gente: sus amigos, rutilantes y llenos de chispa. El éxito del artículo había sido un salvavidas, un motivo para restablecer la comunicación. Para dar un toque y saludar, con la esperanza de que su acercamiento sería bien recibido. Martin descorchó teatralmente el vino y sirvió. Las copas chocaron con la de Hannah; un alegre tintineo que decía «bienvenida de nuevo».

Su artículo, y la inminente adaptación televisiva, fueron el primer tema de conversación. Tras las felicitaciones de rigor, Martin pidió detalles acerca de lo que pensaban cambiar los productores.

–Bueno, va a ser mucho más diverso... Para empezar, van a añadir una historia de amor entre la anarquista jipi y la periodista.

Guin levantó una ceja.

–Es decir, entre tú y... ¿cómo era? ¿China?

–Indiya.

–¿Eso pasó de verdad?

–Recordad que los personajes solo se inspiran levemente en personas reales. Pero, de todas formas, no, por supuesto que no. Yo no me implicaría de esa forma, soy periodista.

–Una profesional consumada.

Ignorando la sonrisita de Martin, Hannah prosiguió.

–Y quieren que Jake sea negro.

–Ya estamos –dijo John.

–¿Qué?

Él se limitó a negar con la cabeza.

–¿Y qué pasa con Lenny? –preguntó Martin con retintín–. ¿Ella también será una «hermana afro»?

Guin soltó un resoplido.

–A decir verdad, Lenny no aparecerá. Ellos, bueno, nosotros probablemente cambiemos a la madre de Jake para que sea la empleada doméstica de Spencer, en lugar de una simple vecina. Una especie de personaje compuesto.

–Vaya, pero eso es un cambio importante, ¿no? –preguntó Guin frunciendo el ceño.

–De todos modos, no tengo muy claro cómo quedaría Lenny en la pantalla –respondió Hannah con cautela.

Aunque ya iba tomando forma, la adaptación le seguía pareciendo algo tentativo y delicado.

–En realidad, apenas resultaba comprensible por escrito, no te lo tomes a mal. Evidentemente, no es culpa de tu escritura, Han. Sé que te cae bien, pero... Lenny es un bicho raro, ¿no? Resulta un poco difícil encontrar una ideología coherente en lo que dice –rió Martin–. A no ser que la incoherencia sea su ideología.

Habían seleccionado a Martin para entrevistar a Lenny unos meses más tarde, en un acto promocional de su nuevo libro. Tras una breve búsqueda en Google, no quedó muy impresionado: otra señorona

populista llamando la atención a gritos. Nada nuevo en el cansino mundillo de los medios informativos de Gran Bretaña. En otras circunstancias habría declinado la propuesta, alegando problemas de agenda, pero le interesaba ese festival en particular. Podía taparse la nariz y entrevistar a una tonta, ¿no? Hannah enredaba con el tallo de su copa. Ese pequeño resurgimiento de su carrera había sido algo inesperado. Para ser sinceros, había borrado del mapa a Hannah años atrás. Era evidente que no tenía madera para la profesión. Entonces, ¿cómo había logrado darle la vuelta al asunto? Frunció el ceño mientras Hannah, ajena, olfateaba el vino a su lado.

–Entonces por qué... No, Guinnie. Merece la pena preguntar. ¿Por qué meter con calzador la política identitaria? ¿Por qué hacer negro a ese personaje? Jake es una persona real. Te das cuenta, ¿no? Una persona blanca, a no ser que eso ya no se pueda decir.

–Para que llegue a más gente, supongo –apuntó Martin.

–Exacto –secundó Hannah, empeñada en que la conversación volviese a un curso pacífico y triunfal–. La historia llega a un público más amplio de esta forma. El artículo original era, creo que aún podemos decirlo, John, muy blanco.

Hannah soltó una risita animada, pero John arrugó el ceño.

–Joder, es que está ambientado en Inglaterra.

–De acuerdo, pero una serie de televisión tiene que ser internacional. Si quieres espectadores, necesitas un toque a lo *Fast & Furious*. Nos guste o no, la gente busca algo de variedad en la pantalla, sobre todo en ese tipo de cosas. De verdad. La productora analiza todo eso. Supongo que a partir de los datos de streaming. No sé. Pero no son cosas que dejen al azar. Además, como narradora, la verdad es que tengo que decir que funciona. Subsana de algún modo ciertas incoherencias de Jake como personaje. No sé, es difícil de explicar, pero Jake resulta más creíble, y sus luchas y su trayectoria más representativas, cuando sabes que es negro.

Hannah intentó recordar más de lo que le había contado su agente sobre los cambios.

–Es una especie de *Hoguera de las vanidades* contemporánea –añadió para terminar–, que despliega las complejidades de la avaricia capitalista, la raza y la clase en la era de las redes sociales.

John se cruzó de brazos, pero no dijo nada.

–Bueno, felicidades. La verdad es que suena apasionante. –Guin extendió la mano por encima de la mesa para estrechar la de Hannah–. En fin. ¿Y estás con alguna otra gran investigación? ¿Qué vas a hacer ahora?

Hannah llevaba unos cuantos años, quizás incluso más tiempo, sin poder dar una respuesta convincente a esa pregunta. Solo el verano que medió entre el resultado de los exámenes de acceso y el comienzo de la universidad le había procurado una respuesta fácil y aceptable. ¿Qué estaba haciendo ahora? Había pasado casi un año desde la publicación de «No es oro». Un año que le había cambiado la vida. Al parecer, el mundo había vuelto a algo parecido a la normalidad. Y quizás también su propia vida estuviese retomando su curso.

Dos años atrás estaba hecha polvo. Fran, su compañera de piso, decidió volver a casa con su familia cuando su empresa le aplicó un expediente de regulación de empleo. Hannah, que era freelance, no podía esperar ninguna regulación. No podía esperar nada. Todas las ayudas económicas que se anunciaban parecían específicamente diseñadas para evitar sus circunstancias, por alguna críptica razón.

A regañadientes, su casero había aceptado descontarle el treinta por ciento del alquiler, cosa que dejaba a Hannah con la responsabilidad de las 1.337 libras esterlinas mensuales restantes, en las que por fortuna iban incluidos los impuestos municipales y las facturas. La banda ancha costaba cuarenta libras al mes, el contrato del teléfono, doce libras más, y luego pagaba diez al mes a Spotify. Un presupuesto apretado de unas veinticinco libras esterlinas a la semana daba para comer, se decía, y le dio al botón de Enter. Un texto en sans serif negro dentro de un recuadro blanco anunció el resultado: sesenta y cinco libras. Necesitaba ganar sesenta y cinco libras esterlinas por día laborable. Ese era su coste de vida personal. Reformular el total mensual como objetivo diario le daba un aspecto más controlable, menos susceptible de provocar la hiperventilación; realmente, sesenta y cinco libras no era tanto, ¿no? Si conseguía agenciarse como mínimo un encargo por semana, sobreviviría.

Pero el trabajo iba de capa caída. En el campo de la crítica, con los

teatros cerrados y el flujo de novedades de libros reducido a un goteo, se asignaban contadísimos trabajos, y para todos había una feroz competencia. ¿Y el periodismo? Baste decir que los editores no recibían con los brazos abiertos sus propuestas de artículos sobre el Black Lives Matter y el odio antiasiático. Otro campo en el que ser de clase obrera la desfavorecía, se lamentaba. No poseía la identidad correcta para las políticas identitarias (otra idea que había intentado proponer y que había sido rechazada de plano). Daba igual que fuesen sesenta y cinco libras o un millón. No había forma de alcanzarlas. Se le revolvía el estómago a medida que el descubierto de su cuenta bancaria iba creciendo. Cada cobro domiciliado era un golpe en el pecho. Ahora la atormentaban las comidas a domicilio, la ropa comprada en ASOS y los *latte* del Starbucks pedidos a la ligera durante años. Sus ingresos siempre habían sido esporádicos e impredecibles, de acuerdo, pero podría haber ahorrado más. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Y qué ocurriría cuando, de forma inevitable, se le agotase el crédito? Por supuesto, había oído hablar de las exenciones al alquiler y la suspensión de los desahucios, pero ¿funcionaría aquello? ¿Para alguien como ella? Había intentado escribir un artículo al respecto, pero se echaba a temblar y a llorar al poner aquellos pensamientos en palabras.

«Ven a casa», le decía su madre en aquel tono paternalista y suplicante. Todas las llamadas acababan igual: el consuelo familiar daba rápidamente paso a la frustración cuando sus padres le suplicaban que se marchase de Londres y se mudase de nuevo a Bradford. Que volviese a su deprimente habitacioncita infantil. A su vida pequeña y deprimente. El regreso equivalía a un fracaso total. Su madre se empeñaba en sacar a colación un puesto vacante de recepcionista en la consulta del médico local como si fuese el billete dorado de Willy Wonka. Hannah resopló para ahuyentar esas frustraciones tan trilladas. Cerró el portátil. Un paseo por el entorno adecuado le sentaría bien. Su rincón de la ciudad no podía ofrecer paisajes bonitos, pero una vuelta por la calle principal le aclararía las ideas.

La mayoría de los sitios estaban cerrados: JD Sports, H&M y todas las tiendas benéficas. La cadena Boots seguía abierta, junto con

unas cuantas cafeterías. Siguió caminando, dolorosamente consciente de que no podía permitirse gastar ni un par de libras en un café y un dulce. Entre los escaparates cerrados y a oscuras destacaba un cartel: Nutraliving. El nombre figuraba en letras color lima sobre un fondo verde hoja, pero lo que atrajo la atención de Hannah fue la nota pegada en el cristal. Ponía simplemente: «Se busca personal (razón aquí)». Sin darse realmente cuenta de lo que estaba haciendo, Hannah se colocó la mascarilla de oreja a oreja y entró. Una mujer mayor vestida con pantalones de pinzas de color beis y un delantal verde, cuyo aspecto sensato la tranquilizó, levantó la vista detrás del mostrador con una sonrisa que le dibujó arrugas alrededor de los ojos. Un pequeño gesto de cortesía que aceptaba la conversación sin invitar a ella.

–He visto el cartel en el escaparate –dijo Hannah señalando la puerta con un breve gesto de la cabeza.

De repente, la mecánica del diálogo le provocó inseguridad. Nunca antes había buscado trabajo en persona. Ni siquiera llevaba un currículum encima. Y aunque lo hubiese llevado, nada de lo que pusiera en él la capacitaría ni lo más remotamente para ese puesto. Pero la encargada de la tienda, Martha, llevó la batuta, y concertaron una entrevista para ese mismo día, más tarde, tras el cierre. Por la mañana, Hannah aceptó el empleo con un mensaje de texto, y se encontró trabajando su primer turno al lunes siguiente. El sueldo era de 10,70 libras por hora. Trabajaba cinco días a la semana, en jornadas de nueve horas, y ganaba la cantidad que necesitaba para vivir.

La extraña comodidad de un ingreso de asalariado: ¡cada semana! ¡En su cuenta! Trabajar en la tienda resultaba mucho menos agotador, y menos agobiante, que como periodista freelance. No más lucha frenética por la supervivencia. La paz mental enturbió la periferia de su conciencia como una bruma. Por las noches, no era ni siquiera capaz de mirar un libro ni ver la tele, así que, en vez de eso, ponía la aplicación de música en modo aleatorio y dejaba que el algoritmo la guiase, tumbada en el sofá con la vista puesta en el techo de gotelé. Como nunca había hecho crítica de música, Hannah

aún podía disfrutar realmente de ella, sin evaluarla, deconstruirla ni resumirla.

Surgió una rutina fácil: pasta con queso o tostada, naranjada y una manzana u otra pieza de fruta para cenar. Luego ponía la música. No se parecía a nada que hubiera escuchado antes: altos electrónicos y bajos corales, música ambiental de orquesta –hermosa, artificial– y unas letras que conmovían con su simplicidad. Nada de mensajes entre líneas. Refractarias a cualquier análisis. El crepúsculo en una pantalla de teléfono, más vívido, con mayor resolución que la vida. Quizás el temido algoritmo no fuese tan malo, si podía producir una música así. ¿Por qué había estado ella tan en contra? ¿Por qué había estado tan enfadada? En esos momentos, podía apreciar las vidas corrientes de sus padres. Se había burlado (quizás de forma inconsciente) de la simplicidad de sus vidas de trabajadores, preguntándose cómo podían conformarse con tan poca cosa. Pero durante aquellas noches glaciales, Hannah, tumbada en el sofá, acabó comprendiendo el valor de vivir así.

Las mañanas: otra tostada o cereales, y después, el camino hasta la tienda, a buen paso. Su horizonte era de una gozosa superficialidad, su línea de visión no iba mucho más allá de la siguiente hora de su vida más o menos. Era un trabajo que podía hacer; tareas sin dobleces, con un límite temporal razonable y resultados predecibles. No había sección de comentarios mordaces bajo los estantes de comida sana. No había encargos de última hora que entraban el viernes por la noche para el lunes por la mañana y que no alcanzaban ni el salario mínimo (cuando, presa del masoquismo, te dedicabas a echar cuentas). Y lo mejor: no había intromisiones en mayúsculas y corchetes exigiendo correcciones urgentes en un trabajo ya entregado pero aún por cobrar.

Dependienta. ¿Eso era lo que Hannah quería ser? No, para nada. No le parecía justo tener que renunciar a su capital cultural, adquirido con tanto esfuerzo, en aras de la seguridad económica. Ser periodista y vivir en la miseria o renunciar a tu voz y llegar a fin de mes. ¿No era injusto ese ultimátum? No debería tener que elegir entre una cosa u otra; la sociedad estaba perdida, pensó con amargura. Dependía demasiado de contingencias relacionadas con el

nacimiento, del privilegio y no del mérito, de lo que tus padres pudieran darte, y no de lo que tú mismo sabías hacer; no, no era justo en absoluto. Le daba vueltas al asunto mientras escaneaba anacardos (en leche, en mantequilla o enteros), remedios homeopáticos, pan y pasta sin gluten, sustitutos de huevo, cubos de tofu ahumado, desodorantes naturales y tarros de plástico con complementos vitamínicos para vegetarianos. Colocaba todos los artículos en bolsas de papel dobladas. Aceptaba los pagos sin contacto, enviaba los recibos por email, dejaba las bolsas dobladas sobre el mostrador y veía cómo los clientes se llevaban sus compras. Transcurrieron semanas y meses de dicha. Poco a poco, saldó su descubierto.

En todo ese tiempo, ni rastro de Guin y John, tampoco de Martin. Ni un mensaje «solo para ver cómo estás», ni una invitación a una partida de Trivial por Zoom. Ni una palabra sobre la boda tampoco. Una ceremonia sencilla al aire libre; había inspeccionado los «carruseles» de fotos, preciosas y naturales, que Guin colgó en Instagram. Eran pocos invitados, lo sabía. Pero aun así. Aun así. A Martin sí lo habían invitado. Reconocía que su relación con la pareja era tensa por aquel entonces. En los últimos años, la diferencia de ingresos se había convertido en un obstáculo insalvable que afectaba a las relaciones amistosas de Hannah. Lo que una vez había sido una especie de «insolvencia bohemia» que sus amigos pasaban por alto daba ahora una imagen de inmadurez poco atractiva en la nueva fase adulta. Complicaba las cosas. Había declinado una invitación a Grecia, luego al festival Fringe, luego a Italia. No podía permitirse seguir el ritmo, sencillamente. En los pocos actos a los que acudía, Hannah no hacía más que refunfuñar y llevar la cuenta del horripilante total del importe, siempre a punto de soltar esa risita criticona suya. En algún momento dejaron de llegar las invitaciones. No la sorprendió. Y, sin aquel apoyo estructural, todo lo demás cayó por su propio peso.

Poco a poco, sin que nadie le dijese nada, Hannah se dio cuenta: ya estaba. Se estaba alejando de los estratos sociales establecidos, hacia la ausencia. Un retorno a la clase de gente corriente a quien le sucedían las noticias, a diferencia de quienes las creaban o, al

menos, las comentaban. Un regreso al mundo de sus padres. Eso significaría perder su voz, su importancia y, a pesar de que le daba vergüenza admitirlo, sí, también perder a sus amigos. Incluso una vez que pudiese permitirse viajar de nuevo, ¿cómo podría esperar en serio codearse con Guin y John, después de convertirse en esta nueva clase de persona? ¿Qué pensaría el círculo social de sus amigos, lleno de semiociosos elegantes, de un «trabajo» así?

Parecía que la cuestión laboral no fuese con ellos, de una forma vagamente aristocrática. Las banalidades del empleo, los salarios y las facturas eran la antítesis total de como ella se imaginaba la vida de Guin. Trabajar en una tienda no era una posibilidad en ese mundo. Hannah se imaginaba que algo así suscitaría confusión, más que puro esnobismo. La vida del artista muerto de hambre gozaba de cierto aire romántico. Pero ¿unirse a las masas obreras? En fin. Decidió, al menos por un tiempo, apartar de su mente dichas cuestiones. Se había pasado años luchando por mantener su sitio en aquel mundo cruel. Ahora por fin podía relajarse. Era una sensación desconocida y cálida, como el vago recuerdo de hacer pis en sueños.

Se fue de las redes sociales y desinstaló las aplicaciones. Apenas se molestaba en leer sus correos, ¿para qué? No le salían encargos. Y estaba muy, pero que muy cansada de mirar la vida de la gente desde lejos. De ver que el mundo giraba y evolucionaba mientras ella se desvanecía. Era más fácil no mirar. Y entonces...

De: itslenny@aol.com

Asunto: Una oportunidad de oro

La notificación saltó en la pantalla de Hannah y pulsó sobre ella. ¡Por supuesto que pulsó! Resultaba imposible resistirse a la costumbre, al chute de dopamina para el que estaba programada. Dos días más tarde, dejaba Nutraliving. Iba en el tren de regreso a Bradford. No, no era la temida retirada: tenía una misión. La decisión fue fácil; decisión tan solo en la medida en que podía serlo aferrarse a un bote salvavidas con tus últimas fuerzas tras flotar a la

desesperada en el agua fría. Y ¿acaso no había dado resultado? Ahora su vida... se había transformado por completo. Sus amigos, aquella gente brillante y dorada, la recibían de nuevo con los brazos abiertos.

¿Qué permitía que alguna gente tuviese éxito mientras que otra fracasaba, como la propia Hannah había estado a punto de hacer? Sabía que no era cuestión de trabajar duro; era imposible hacer más esfuerzos de los que ella había hecho en los últimos años. La suerte era una respuesta posible, pero parecía demasiado cruel, demasiado azarosa. Hannah tenía cada vez más la sensación de que otra palabra, más verdadera, le abrasaba la garganta: la clase. El privilegio invisible cuya existencia pretendía ignorar todo el mundo, pero... allí estaba. Hannah sabía que estaba allí. Lo reconocía, distinguía las manchas roñosas que había dejado sobre su vida.

Incluso ahora, no dejaba de notarlo. Una simple pregunta y se le caía el alma a los pies. Intentó devolverle la sonrisa a Guin.

–¿Yo? Bueno, lo de siempre, en realidad. Tengo un par de artículos en la manga, pero nada especial.

Martin se rio.

–Haciéndote la interesante, ¿eh?

Le llenó la copa a Hannah y luego, cuando Guin colocó una delicada mano por encima de la suya, a John. Vació el resto de la botella en su copa.

Mientras bebía el vino a sorbos, Martin tensó e hizo crujir el cuello y admiró las vistas: las partes traseras y laterales de las filas de casas que los rodeaban.

–Edmonton –acabó diciendo, exagerando todas las sílabas.

La cara sosa de Martin tenía unos ojos vivaces, y una barbita de dos o tres días le ensombrecía la barbilla y la mandíbula. Era alto y ancho y le gustaba ocupar espacio: extender las piernas y los brazos y repanchigarse en el asiento.

–¿Por qué aquí? Es un rincón extraño del bosque para echar raíces.

–Elegí lo que podía permitirme.

Guin torció la boca, como por la vulgaridad de la confesión.

Hannah se puso rígida.

–A lo mejor un día voy a reunirme con vosotros en Clapham.

–Es Balham, en realidad –dijo Guin–. Estamos justo en el borde.

–Ah, querida –dijo Martin con una sonrisita afectada–, tú redondea siempre hacia arriba: es Clapham. De todas formas, ¿no es curioso que todas esas zonas de Londres desarrollen sus pequeñas minirreputaciones? ¿Quién decide dónde termina Clapham y empieza Balham? No sé cómo la gente puede seguir el ritmo.

–Los índices de criminalidad –adujo John–. Eso los diferencia. Merece la pena tenerlos en cuenta.

–Pero los delincuentes saben montar en autobús. Los índices de tu barrio no te van a salvar del abono de transporte.

Hannah se rio.

–¿Abono de transporte? ¿Cuándo fue la última vez que usaste el transporte público, Guin?

–Ay, no sé, no te rías de mí. La tarjeta Oyster, o como se llame ahora. Yo ya solo uso el teléfono. Pero está claro que, si puedo, prefiero caminar a coger el autobús.

–¡No, si todavía te veremos en bici!

–¿En Londres? ¡De ningún modo! –respondió Guin, negando con la cabeza en dirección a Martin.

–No es tan terrible como cuenta la leyenda. Mi mayor preocupación es que me la quiten. Es increíble cómo actúan ahora los ladrones de bicis. Están organizados, tienen bandas...

–No la habrás dejado fuera, ¿verdad? –aventuró John con una sonrisa maliciosa dirigida a Martin–. Vamos, yo desde luego no dejaría una bici así por aquí.

–No me han dejado meterla en casa, pero no me hace ninguna gracia.

Le hizo una mueca a Hannah. Aún había una leve electricidad entre ellos, la corriente de la antigua intimidad. Hannah apartó la mirada.

–Como veas, métela si quieres –respondió–. La verdad es que esto no es tan peligroso como decís. A mí me gusta. Es una zona vibrante, diversa y...

–Esos son un montón de eufemismos para «peligroso»... No, no. Déjame decírselo. Por el camino, nos han increpado unos chavales

que andaban merodeando por ahí. –John frunció los labios para estirar la «í»–. Guin se ha quedado un poco inquieta. Yo también, para ser sinceros. ¿Quién sabe de qué son capaces? Y, además, decidme: ¿por qué toleramos ese tipo de comportamiento antisocial en nuestras ciudades? Guin y yo escuchamos un pódcast excelente de Derek Watson sobre este tema la semana pasada, aunque últimamente es casi un crimen ideológico mencionar siquiera a Derek Watson.

–De hecho, nosotros le hicimos un perfil el mes pasado. ¿No lo visteis? –intervino Hannah.

Se avergonzó en su fuero interno. ¿Por qué siempre decía «hicimos», «mi periódico» o «nuestros lectores»? ¿De qué forma concebía que algo de todo eso era suyo? Solo formaba parte de los colaboradores externos habituales del periódico, nada más.

El artículo sobre la novísima «cara más nueva» del neo-nuevo ateísmo había llevado el título de «El quinto jinete». La sección de cultura le asignó una página doble a Watson, podcastero, comentarista y ahora, también, escritor. Una vez presentado su evangelio de budista secular, y tras quitarle importancia a la islamofobia recurrente de su trabajo, se dedicaba la mayoría del espacio a la última pasión de Watson: la investigación genética. «Si los liberales quieren seguirle el paso a la ciencia con el tema de las vacunas, habrá que hacerlo también en cuestiones de raza. Watson nos enseña el camino», concluía el artículo, abrazando la causa sin disimulo. Por supuesto, el reportaje no presentaba «ciencia» real por ningún lado; el entrevistador había suspendido biología en la secundaria, Hannah lo sabía de buena tinta. Al recordar aquello, sintió en las mejillas el pinchazo familiar de la injusticia. ¿Por qué no le habían encargado a ella la entrevista? ¿Por qué seguía ella haciendo perfiles de «activistas» en lugar de intelectuales? En las fotografías que acompañaban el reportaje (el *Tribune* había tirado la casa por la ventana con un retrato posado), el podcastero ofrecía un aspecto sofisticado, levemente académico, y miraba a la cámara tras sus gafas cuadradas, ataviado con un polo y unos pantalones de pinza de la marca Loro Piana.

–Pff –John dejó escapar un leve resoplido–. Seguro que teníais el

tonito despectivo de los medios de izquierdas. Estáis demasiado metidos en vuestra burbuja como para darle una cobertura justa a las ideas de Derek, que es lo único que yo pido: un poco de tiempo en el foro público. Pero hasta eso os da demasiado miedo. Sabéis que esas ideas se llevarían de calle a vuestros lectores si les dieseis la oportunidad de leerlas.

Hannah ladeó la cabeza sin saber qué decir y frunció levemente el ceño.

–Nuestra cultura está en decadencia –prosiguió John con aire concluyente–. Salta a la vista. Si queremos contrarrestar este declive, necesitamos unos medios de comunicación sólidos, listos para abordar las conversaciones difíciles.

–¿Habéis oído hablar de..., esto..., Universo 25? –Martin hizo una pausa y miró a Hannah y a John.

John se encogió de hombros.

–No puedo decir que me suene.

–¿Es la «utopía de las ratas» de la que me estabas hablando? –Guin sonrió a Martin, al otro lado de la mesa.

–Sí, eso es. Solo que no eran ratas, sino ratones. Fue el sueño de un científico conductista de los sesenta, John Calhoun. En esencia, Calhoun creó una sociedad perfecta para los ratones, les dio cobijo, calor, comida y agua *ad libitum*. Construyó una estructura especialmente diseñada para ello: unos tres metros por tres, con paredes de metal hasta esta altura –dijo levantando el brazo para ilustrar sus palabras–. Supongo que esa era la única pega. Que los ratones no podían salir.

–Entonces, ¿era una utopía o una cárcel? –preguntó Guin entre risas.

–No es una mala pregunta –asintió Martin–. Calhoun lo llamó «freno a la emigración». Quería que su utopía fuese un universo cerrado que descendiese de solo ocho ratones, todos genéticamente perfectos.

–A ver, sigue. –A Guin le interesaba–. ¿Cómo se torció la cosa?

Al rostro de Martin asomó una sonrisa amenazadora.

–No había muerte. Es decir, Calhoun eliminó de su universo experimental las causas medioambientales de la muerte. Al principio

todo fue bien. La población floreció y creció de forma exponencial hasta un año después. Porque entonces, como los ratones viejos ni se iban ni se morían, los jóvenes no conseguían encontrar su sitio en el sistema social. Como es natural, los machos menos dominantes se retiraban. La mayor parte del tiempo estaban inactivos, aunque tendían a sufrir arrebatos ocasionales de violencia. –Se encogió de hombros–. La mayoría de las hembras también se escondió, así que la tasa total de natalidad cayó. Las pocas madres que quedaban se volvieron agresivas y territoriales. Abandonaban a sus crías, y en ocasiones incluso las atacaban.

Guin hizo un leve gesto de pesar.

–Sí... Calhoun tampoco vio con buenos ojos ese comportamiento. Llamó a dicho fenómeno el «drenaje conductual», y su teoría era que eliminar las causas de la muerte física conducía al colapso total de la sociedad, una especie de muerte espiritual. Poco después, toda la población falleció.

»Es evidente que hay muchos paralelismos con nuestro, ejem, momento sociopolítico... –prosiguió Martin, con su estilo lento y vacilante–. Lo más extraño, diría yo, es cómo lo escribió Calhoun. El artículo se publicó en una revista científica, como podéis imaginar. Pero tiró mucho de la imaginería religiosa: metió cantidad de citas de la Biblia. Y se inventó nombres fantásticos para los distintos comportamientos y grupos de ratones. Supongo que hizo bien... Porque, desde luego, sí que consiguió cautivar la imaginación del público.

Con eso, al parecer, Martin daba por terminada la historia; se recostó de nuevo en la silla y cruzó los tobillos.

–¿Y bien? –El tono de John era incrédulo–. ¿Qué quieres decir con todo eso?

–Ah. –Martin echó la cabeza hacia atrás y sonrió al cielo–. Que quizás un aumento en la religiosidad en épocas como esta sea algo útil, una especie de plan B humano que nos ayude a recuperarnos... Bueno, al menos mejor que los ratones. Se podría sacar esa conclusión.

En sus últimos escritos, Martin había incorporado con cierto éxito algunos elementos de la «tradición judeocristiana». Había detectado

su presencia en la cultura en general y quería estar en una posición ventajosa, por si acaso la postura burguesa con respecto a la religión cambiaba. Escribir sobre cultura era un arte delicado; hacía falta sensibilidad con respecto al ánimo social. Él era en parte adivino, en parte analista, en parte poeta; y siempre estaba más que dispuesto a adoptar cualquier enfoque moral que lo ayudase a ejercer con beneficio dichas funciones.

–No creo que esa sea la conclusión correcta –repuso John–. En momentos así deberíamos aspirar a la objetividad, a la racionalidad, no a comunicarnos con el Monstruo de Espagueti Volador.

–Ah, pero... –Martin arrugó el ceño–. ¿Podemos afirmar que el ateísmo es una postura necesariamente más sabia? Cabe decir que la práctica atea es cada vez más... dogmática. ¿Qué pasa si el ateísmo no es más que la nueva religión de masas?

–Una afirmación lógica si consideras que la ciencia es un dogma. –John habló con tensa compostura–. En cuyo caso, probablemente seas un fanático religioso.

El mal humor de John dio un empujoncito al buen ánimo de Martin, que viró hacia unas carcajadas incontrolables. Levantó las manos como diciendo «Basta, no más» mientras su estruendosa risa se calmaba. Aún jadeante, le planteó a John una pregunta conciliatoria: ¿cómo le iba al mundo de la ciencia últimamente?

Guin fingió una mueca exasperada mientras olfateaba el laguito de vino que albergaba su ancha copa.

–¡No le des pie, por favor!

Pero John estaba encantado de soltarles una charla sobre su trabajo.

–No sé si lo sabéis –dijo en un preámbulo que, según advirtió Hannah, iba dirigido solo a ella–, pero hace poco he cambiado de profesión.

Siguió explicando que había abandonado la administración pública por una empresa emergente de análisis tecnológico de datos en el sector sanitario. John le preguntó a Hannah si recordaba que su trabajo de fin de máster había versado sobre las repercusiones sociales de un método puntero de investigación genética llamado

GWAS. Lo pronunció «yiwas», y luego especificó las siglas: Estudio de Asociación de Genoma Completo.

–Resulta que ahora –prosiguió sin esperar una respuesta–, después de todos estos años, GenetIQ se dedica a aplicar este campo de investigación. ¿No es alucinante? Yo no me lo podía creer, pero supe que tenía que meterme en el asunto. –Tan pronto como la empresa recibió ayudas a la investigación, John realizó un discreto acercamiento–. Y, bueno, se podría decir que una cosa llevó a la otra. –Le dirigió a Hannah una sonrisita engreída–. Es una locura lo que se puede hacer con los datos en esta época. De momento hemos empezado con empresas de selección de personal, pero el objetivo a largo plazo es introducirlo en áreas más amplias de la sociedad, como la vivienda pública, la vigilancia, la educación y, por supuesto, el Servicio Nacional de Salud.

–Pero ¿qué es exactamente? –interrumpió Hannah.

–Básicamente –dijo John, aprovechando la oportunidad para dar su explicación–, es lo que llamamos «alineación del mundo físico». Estoy seguro de que sabes que hay un montón de investigadores realizando un trabajo excelente con la alineación de la Inteligencia Artificial, para garantizar que la inevitable Inteligencia Artificial General no entre en conflicto con nuestros intereses como humanos. Pero nosotros también tenemos que aplicarnos el cuento. Tenemos que entender para qué está mejor dotado cada uno, y guiar a los humanos adecuados hacia los roles adecuados.

»Ahí es donde entra GenetIQ. Usamos muestras de ADN para predecir la probabilidad de varios resultados vitales. Positivos y negativos. Y algunos son *muy* positivos. Hay personas a las que deberíamos literalmente sobornar para que se hicieran donantes de esperma de lo bueno que es su ADN.

John intentó que su tono sonase espontáneo, ligero. Guin sonrió sin mirarlo a los ojos. Estaba decepcionada, John lo sabía. Hasta el momento en que dejó la administración pública, Guin había albergado la esperanza de que por fin hiciera una maniobra para convertir su insulsa trayectoria inicial en un puesto significativo de la maquinaria política. Pero la cosa no era tan fácil. En el ámbito gubernamental, John no conseguía destacar sobre la masa. Tras

quedar excluido de los caminos que conducían a los nombramientos más jugosos, había entrado en el Departamento de Apoyo Financiero a la Investigación, donde se pasaba el día redactando informes sobre insignificantes solicitudes de ayudas; después, otro peón del sistema los leía para decidir si los contribuyentes apoquinaban o no. Su carrera avanzaba a un paso dolorosamente lento. Trabajar más no aportaba ningún beneficio visible. Los indicadores del éxito –el encanto natural de chico de instituto privado, el tono relajado y lleno de seguridad al hablar de geopolítica– no resultaban convincentes en él. Se vio relegado a la multitud: a las clases mediabaja y obrera, más una pizca de minorías, que constituían el grueso de la mano de obra no cualificada.

Pero ¿cómo explicárselo a Guin? Ella era de las otras, de las de conversaciones en privado y puestos por recomendación personal que no se anunciaban en ninguna parte. Su método no le servía de nada a alguien como John. No quedaba otra: había tenido que seguir su instinto. Llevaba demasiados años frustrado y, sí, también castrado. Y Guin tampoco estaba libre de culpa: para disgusto de John, se había negado a llevar su apellido con el pretexto del feminismo, aunque él sospechaba que su Le Mesurier de soltera le convenía más que su Gibbs, demasiado corriente. Otra buena razón, se dijo, para seguir su propio camino. Él, que no tenía un apellido familiar en el que apoyarse, apostaría por la genética.

–Pero cómo... –La voz de Hannah tenía un deje quejoso–. ¿Cómo puede decirte la genética si una persona es capaz de ejercer un trabajo? El ADN no dice nada sobre la educación ni la experiencia, ni...

–Tú y tus colegas siempre con lo de la «experiencia vivida», ¿no? –dijo John moviendo la cabeza.

–¡No me refiero a eso para nada! Lo que digo es que un candidato podría contar con años de experiencia relevante en un trabajo parecido, pero no puedes saberlo solo a partir de un pelo de la cabeza.

–Vale, de acuerdo, ahí llevas razón. Y te alegrará saber que nadie está proponiendo que se descarten los currículos. Nuestro análisis capacita a los clientes al complementar el currículum de un

candidato con datos adicionales sobre características posibles y resultados probables. Más información relevante, no menos. No es nada siniestro, no hay razón para poner el grito en el cielo.

–¿Qué tipo de características medís? –preguntó Martin.

–Bueno, el coeficiente intelectual es la más importante, como sugiere el nombre. Nuestras predicciones...

–Venga, hombre –protestó Hannah–. ¡Todo el mundo sabe que el coeficiente intelectual es clasista y racista!

–¿Racista? –John soltó una risita amarga–. ¿Cómo diablos puede ser racista una simple prueba de lógica y razonamiento? A no ser que pienses que es racista reconocer la posibilidad de que haya diversidad en la inteligencia. Al final, son solo datos. Los datos no son ni buenos ni malos, no tienen fines ocultos... Son solo una forma de medir nuestro mundo de forma objetiva.

–Pero el entorno tendrá algo que ver en el asunto –repuso Hannah en tono lastimero.

–Un argumento muy razonable –John estaba bien entrenado en la cuestión–; no te preocupes, nuestro modelo lo tiene en cuenta, usa una fórmula matemática conocida como «la ecuación de la heredabilidad».

Como las mates se le hacían cuesta arriba, las había evitado en lo posible durante la carrera de Sociología, a excepción de las asignaturas obligatorias de estadística. Ahora valoraba enormemente la incuestionable autoridad que proporcionaba dicha materia, en especial entre los analfabetos numéricos. Formula cualquier afirmación como una ecuación, había descubierto, y puedes darla por comprobada. Aun así, a John le habría gustado contar con cierta formación en ciencias puras. Había una clara jerarquía en GenetIQ: los estadísticos, biólogos y científicos de datos estaban en la cima. Él ocupaba un lugar más bajo en la cadena alimentaria. En lugar de leer solicitudes de ayudas, ahora las escribía. No suponía una diferencia material con respecto a su vida anterior, pero le entusiasmaba desempeñar un papel en el futuro, por pequeño que fuese. Sus esfuerzos contribuían a alimentar el misterioso «modelo», aquel enorme y avaricioso algoritmo que engullía todos los datos con que lo alimentaban. La biodiversidad humana lo había fascinado

desde el momento en que había topado con ese concepto, del que se hablaba a media voz en foros de internet y en las listas de correo de la universidad. Había entendido de inmediato las implicaciones de ese tipo de investigación genética. Creía en la parte científica, aunque no lo pillase todo. Sería poco razonable esperar que todos los individuos comprendiesen los matices de los avances tecnológicos de la vida moderna. La estadística y la ciencia requerían cierto grado de fe. Se había reconciliado con esa idea.

–Te gustará saber que nuestra investigación a menudo beneficia a la gente procedente de entornos socioeconómicos menos favorecidos. –Dejó escapar una sonrisa condescendiente–. A veces los datos muestran un potencial que no aparece en los resultados de los exámenes, por ejemplo.

–Ya –respondió Hannah, y tras una pausa añadió–: No sé. A mí me parece una línea de investigación arriesgada.

No era de extrañar, pensó John, que el público mostrase tan poca comprensión hacia el asunto. Cuando idiotas como Hannah eran el nexo con la gente corriente, los ignorantes guiaban a los estúpidos. Por supuesto, la indignación reaccionaria era preferible a admitir su ignorancia. Él se alegraba de haber encontrado otras fuentes de información, y mejores: libros, blogs y pódcasts que seguían la ciencia hasta sus últimas consecuencias, aunque el resultado final no fuese woke (al carajo: sobre todo si no lo era). El país estaba paralizado por el miedo a los hechos. Miró la cara insulsa y poco reflexiva de Hannah; la emisaria inadvertida de la decadencia de la sociedad occidental, masticando una aceituna como una tonta.

–Una pendiente que resbala hacia la eugenesia, ¿no? –comentó Martin, irreverente como siempre.

–No, no, eso no lo acepto. Esto es ciencia. Y lo que vosotros hacéis es reprimirla. No me importa que estés de broma. Se están silenciando estas ideas, esta investigación, esta ciencia. Tiene unas ramificaciones tremendas que afectan al rumbo que deberíamos darle a nuestra sociedad y, sin embargo, ¿dónde está eso en vuestras revistas, en vuestros periódicos? Os negáis a involucraros en ella. A ver. –John hizo una pausa y moduló su voz–. Comprendo que lo de medir las diferencias genéticas entre grupos tiene... unos

antecedentes complicados. Y sé que puede ser un tema incómodo, incluso entre amigos. Pero eliminar la investigación no es la respuesta. Si obrásemos así, seguiríamos creyendo que el Sol gira alrededor de la Tierra. Por el bien de nuestra sociedad futura, necesitamos enfrentarnos a los hechos.

–Venga, deja de fingir que es una cosa tan profunda –suspiró Guin–. Te leíste un sucedáneo de Harry Potter cuando estabas estudiando y descarrilaste. Se pueden valorar las estadísticas sin hacer de ellas toda tu identidad. –Se volvió hacia Martin y Hannah–. ¿Sabíais que tuve que convencerlo para que no se hiciese un tatuaje del teorema de Bayes?

–En la época de las políticas identitarias y de la telerrealidad tipo *Love Island*, diría que apreciar el método científico es un punto de diferenciación válido –arguyó John en tono digno.

–Creo que eres demasiado crítico con *Love Island*, en realidad. Martin y yo vimos unos cuantos episodios de la última temporada y ¿sabes qué? A mí me gustó. Creo que cristaliza algo de la Gran Bretaña moderna. Nuestro país es eso.

Hannah soltó un resoplido. Luego, como sorprendida por su propia reacción, se explicó con rapidez:

–No lo dirás en serio, ¿no? Suena tan esnob...

–Pues no lo es. En absoluto. –Los rasgos de Guin se afilaron a la luz decreciente.

–A mí no me parece bien –dijo John–. Vamos como sonámbulos hacia un futuro tipo *Idiocracia*. No creo que sea para echar campanas al vuelo, Guin. Ni siquiera de forma irónica.

–Bueno, a ver. –Martin se puso en pie–. Reconozco que he escrito sobre ese programa una o dos veces. No creo que sea tan malo. Me parece que crea una sensación de comunidad en el país. Nos devuelve a una época en la que todos sintonizábamos uno de los cinco canales que había para ver lo mismo. Antes de que la televisión por cable e internet fracturasen la dieta mediática de todo el mundo en burbujas individuales. En mi opinión, eso es bueno. Justo el tipo de unidad que necesita este país.

–Es la última puta cosa que necesita este país.

John levantó su copa en medio del brusco silencio. Apretó los

labios finos y sus ojos adoptaron una expresión fría y desafiante. Durante un momento no habló nadie. Dejó caer el mentón y se encogió de hombros. Luego devolvió la copa a la mesa sin beber, con una intensidad concienzuda y temblorosa. Se oyó, como muy a lo lejos, el rugido débil de un coche. Un zumbido profundo, oceánico, al acelerar. El cuarteto, encerrado tras las rejas de madera del jardín, permaneció sentado en silencio.

–Te entiendo –dijo por fin Hannah, rompiendo el silencio.

En realidad, muchas de las preocupaciones de John eran también las de sus editores, cosa que, en la práctica, las convertía en preocupaciones suyas también, y en las conclusiones tácitas de los artículos que ella y sus colegas planteaban y escribían. Un ecosistema entero se convulsionaba, se esforzaba para dar cabida a la visión del mundo de John. Guin le acarició el antebrazo a John, distraída. Hannah miró los suaves óvalos que trazaba su mano, las uñas diminutas pintadas de rosa brillante.

En su época de estudiantes las cosas no eran así. Los cuatro pasaban incontables veladas charlando hasta las tantas. Guin los miraba de reojo, jugueteando con sus largos mechones de pelo mientras escuchaba la nueva causa que Hannah estuviese defendiendo o condenando con energía. No era dada a las bravatas de los chicos ni a la sincera energía de Hannah, y siempre se mantenía silenciosa y distante. También John solía hacer gala de su sangre fría. Por supuesto, debatían temas candentes, pero las opiniones de John entonces eran, por irónico que parezca, muy moderadas. Las discusiones acaloradas eran un simple pasatiempo. Si acaso, Hannah se implicaba de forma más emocional, y se sentía atacada cuando se burlaban o rechazaban sus creencias. Incapaz de tratar su propia identidad como un concepto puramente teórico, acusaba en el plano personal los golpes retóricos de sus compañeros. Pero Guin, Martin y John habían existido cómodamente más allá del alcance de las palabras. Intocables hasta ahora. Hannah se preguntó a qué se debía ese cambio, y si podría escribir un artículo al respecto.

–Ya, claro. Me entiendes –repuso John con una risita burlona.

Apuntando a Guin con la barbilla, musitó entre dientes–: Ya te dije que venir aquí era una completa pérdida de...

–¡Vale! –Martin dio una palmada–. Vamos, Hannah, vayamos a rescatar mi bici. Si no es demasiado tarde.

Hannah se dejó llevar al interior a toda prisa. El aire húmedo y mantecoso de la cocina se había vuelto amargo. Martin desanduvo el camino que había recorrido previamente por el piso con brío, en unas cuantas zancadas. Tras forcejear un poco con el pestillo, salió a echar un vistazo al diminuto patio delantero.

–Ahí está mi pequeña. –Su tono juguetón enmascaraba un alivio real–. Ahí sigue.

–Qué barbaridad –dijo Hannah desde el umbral. Tuvo un escalofrío y cruzó los brazos en el pecho–. ¿Qué narices le pasa a John?

–No le hagas ni caso. –Martin hizo un gesto vivaz con la mano–. Demasiado tiempo en la dark web intelectual.

Apoyado contra el murete delantero, clavó sus ojos en Hannah y la observó mientras a ella se le llenaban el cuello y la cara de manchas rojas. Buscó algún atisbo de cambio en su silueta suave y familiar. Ver su nombre en *Alazon* lo había dejado perplejo. Estaba claro que el artículo no iba a ganar el Pulitzer. Le faltaba una orientación clara y le habrían venido bien unos últimos retoques para rebajar el tono melodramático y moralista. Pese a todo, su escritura dejaba entrever cierto sentido común; había sido lo suficientemente provocativo para entretener a Twitter durante quince días, y también había generado gran cantidad de artículos de opinión en la prensa escrita. La muchacha poco imaginativa que él había conocido, la que se aturullaba con facilidad, no era capaz de tal hazaña. Las piernas pálidas de Hannah, que asomaban por debajo de la escasa tela de su falda, tenían la piel de gallina. Eran unas piernas bastante bonitas y siempre le había gustado enseñarlas... Martin había apreciado ese rasgo en ella, en cierta época. Pero, a ver, ¿quién se ponía minifalda en los tiempos que corrían? Ese era el problema con Hannah, y lo que no acababa de encajarle en todo aquello. Culturalmente hablando, no pillaba ni una, era casi alérgica al espíritu de su tiempo. ¿Cómo se las había apañado?

–Para ser sinceros, tenía otro motivo para venir aquí esta noche. –

Hablaba despacio, con intención–. Quería verte. Tengo que preguntarte una cosa.

–Lo que quieras. –La respuesta de Hannah fue inmediata, esperada. Martin sonrió.

–Lenny –preguntó él por fin–. ¿Qué pasa con ella?

La pregunta quedó flotando entre ellos.

–Lenny –repitió finalmente Hannah–. ¿Qué tiene que ver Lenny con nosotros?

–Bueno... –Martin soltó la interjección en un largo suspiro–. Tú la conoces. Y yo voy a entrevistarla en Cartmel.

–¿Cartmel?

No era una pregunta, en realidad. Pero Martin se lanzó a responder. Se puso a explicarle lo importante que era Cartmel. Seguramente el acontecimiento cultural más influyente del Reino Unido. Guiaba el debate nacional. Con frecuencia asistían políticos y grandes empresarios. Quedar bien en Cartmel le brindaría nuevas oportunidades inimaginables (de hecho, había dedicado un tiempo considerable a imaginar en qué podrían consistir esas oportunidades). Hannah se dio cuenta de que en realidad la noche iba de eso. Información. No conseguía entender lo que decía Martin. Los hechos y la situación daban vueltas y se reordenaban, mientras sus esperanzas iban formando nudos de desilusión.

Conocía a Martin, o, al menos, sabía quién era antes. El joven escritor idealista que guardaba un ejemplar raído pero firmado de *La guerra contra el cliché* en el fondo de su mochila, luego bandolera, y luego, alforjas de bici. Eso lo recordaba. Ahora, aprovechaba cualquier excusa para meterse con su tocayo, en lo que sin duda era la expresión literaria de un complejo de Edipo. Ahora él era un Crítico Serio. Sus palabras, a las que se accedía mediante pago, tenían más peso que las de Hannah. Prestigiosas revistas literarias publicaban reseñas larguísimas, de miles de palabras, con su firma. Getty Images tenía una etiqueta con su nombre. Era crítico en plantilla de la revista *Perspective*! Se las había apañado para congraciarse con una multitud elitista a base de entender cómo explotar a la gente y cuándo desecharla. Esa noche, aunque fuese brevemente, Hannah era de nuevo explotable.

Bueno, pues peor para él. El consuelo de Hannah era agridulce. No sabía qué confidencia sobre Lenny esperaba Martin, pero Hannah no podía proporcionársela. Ni queriendo. Llevaba meses sin noticias de ella.

Ese correo, la propuesta de Lenny, había sido un salvavidas. Hannah se había arrojado de cabeza a la historia, revisando la lista de entrevistados de Lenny, grabando y tomando notas con meticulosidad. Bajo su atenta tutela, Hannah había retorcido y adornado hechos nimios para dar forma a una narración convincente; esculpido personajes llenos de vida a partir de la arcilla de la gente corriente. Juntas habían transformado la vida real en otra cosa: algo más grande, más brillante, más atractivo. No obstante, después de todo eso, y a pesar del vínculo innegable que se había creado entre ambas, Lenny le había dado esquinazo a Hannah. Justo después de programar la publicación del artículo. Llamadas, correos, wasaps..., todos sin respuesta. A Hannah le pagaron alrededor de cuatro mil libras esterlinas por el reportaje, una cantidad que le salvó la vida. Su crónica se hizo viral y le subió el caché; la llamaron para algunos pódcasts y sumó unos centenares de nuevos seguidores, que alcanzaron los cuatro dígitos. Fue emocionante mientras duró. Hasta que la historia siguió su camino sin Hannah y se entrometieron otros periodistas, que publicaban actualizaciones y nuevas perspectivas sobre el asunto sin mencionar siquiera su nombre. Ella también intentó seguir adelante y mandó decenas de nuevas propuestas. Pero el proceso era como el asunto del huevo y la gallina. Nadie quería hablar con ella sin el respaldo de un medio, y ningún medio aceptaba sus propuestas porque no había hablado con nadie. Pronto se encontró luchando de nuevo por el trabajo de siempre, como freelance: resúmenes de quinientas palabras acerca de la última basura multicultural que se hiciera pasar por narrativa femenina moderna. El contrato para la adaptación televisiva sí que dio más dinero, lo justo para la entrada de una casa. Lo justo para cambiarlo todo y nada, al parecer. Seguía sin poder penetrar en el mundo de Martin.

–Lo siento –musitó ella–. Lenny y yo... hace tiempo que no hablamos. No puedo ayudarte.

–Bueno, «ayudar» es pasarse un poco. No necesito... En fin, no me parece que vaya a ser una entrevista de una dificultad especial. Más bien lo contrario. Aun así, es para Cartmel, que sí tiene una enorme importancia. Si pudieses contarme algunos detalles sobre Lenny de antemano, pues... –Dio un paso hacia ella, con una media sonrisa pintada en la cara–. Te estaría muy agradecido.

No era una palabra difícil. Sobre todo porque Hannah siempre le había dicho que sí a Martin. Había otras palabras que podía decir, cosas que siempre había esperado decir. Pero ahora, ¿ahora que contaba de nuevo con la atención de Martin? Le fallaban las palabras. No conseguía condensar tantos años de dolor, resentimiento y cariño en frases normales. Dijese lo que dijese sonaría trillado y suscitaría burlas cortantes por parte de él. En lugar de eso, Hannah le dio lo que buscaba, lo poco que sabía. Le contó todo lo que recordaba sobre las teorías de Lenny y su visión del mundo. Lo que sabía se agotó demasiado rápido. Hizo una pausa para intentar pensar qué más decir.

–Ay, sí. –Martin asintió–. La clase es la nueva raza. La desigualdad económica es la enfermedad social más perniciosa y todo eso. En *Perspective*! también han adoptado esa línea. Sí.

Martin pareció olvidar por completo a Hannah, absorto en sus propios pensamientos. Murmuró en voz queda, con la vista clavada en sus zapatos. Por fin, levantó la vista y le estrechó el hombro.

–Gracias, Han –dijo.

Fue una respuesta de rigor, rápida pero amable. Martin se volvió de nuevo a su bici y liberó el candado de la puerta de metal. Se acabó. La utilidad de Hannah, su momento, se habían agotado. Se apartó para dejar que metiera en casa aquel cacharro absurdo, y vio que la rueda de atrás manchaba la pared mientras él maniobraba en el estrecho pasillo.

Era una fase extraña de la vida: una edad en la que la cintura se ensanchaba, el pelo raleaba y la piel perdía elasticidad. Hannah lo había visto en su propio reflejo, en las arrugas cansadas que le trazaban surcos en la cara. John también estaba cambiado. Daba una impresión más desvaída: el pelo se rizaba en mechones suaves en lugar de en una espesa mata; el contorno de su mentón

resultaba visible bajo la escasa carne de las mejillas. Guin, por supuesto, se había conservado mejor. Ella seguía resplandeciente gracias a la buena vida y a los productos caros, todas esas botellitas y frascos de los grandes almacenes. Solo Martin había salido beneficiado del transcurso del tiempo. Tenía los rasgos más afilados y el cuerpo más duro y musculoso desde que había descubierto la bici como medio de transporte y de recreo al mismo tiempo. Su ropa desaliñada ahora daba una impresión de abandono deliberado, propio de una mente concentrada en objetivos más intelectuales que la moda. Hannah se miró las manos, que le colgaban flácidas contra los muslos.

Martin la había usado.

Lenny la había usado.

La verdad se abrió paso con una terrible claridad. Todo lo que había dicho Lenny sobre la elección de Hannah –sobre el potencial, las posibilidades, la solidaridad entre miembros de la clase obrera– no significaba nada. Hannah había crecido unos cuantos municipios por encima de Queensbury; lo suficientemente cerca, y Lenny había insistido mucho en este punto, para contar la historia con autenticidad. Buscaba un tipo específico de britanismo idealizado: el del pueblo intacto, no el fangoso popurrí multicultural de Bradford. Y Hannah, como una completa idiota, había accedido. Inventándose chorradas, que si conocía a los Alderton... ¡Hasta que había ordeñado vacas! Había mentido sobre su propia vida, convirtiéndose en una caricatura estúpida, en una identidad conveniente para el artículo de Lenny. Porque era el artículo de Lenny, ¿o no? A pesar de que sobre aquellas palabras figurase el nombre de Hannah. La historia había catapultado a Lenny al estrellato. Hannah se había quedado en la cuneta.

A su alrededor, las casas del vecindario, que las sombras oscuras transformaban en caras extrañas, le clavaban miradas furibundas. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Podían ser minutos u horas. La azotó una brisa fresca, pero Hannah apenas se percató. Quizás la verdad la inmunizase contra el dolor físico. Seguro que el pollo estaba ya reseco. Debería ir a verlo. Parpadeo, respiración, media vuelta. Hannah volvió adentro.

Weybridge

–¿Por qué no me odias?

–Estoy ocupada, no todo gira a tu alrededor.

–Pero esto sí. Claire. Mírame. Por favor, Claire.

Richard contempló cómo su esposa –porque después de todo seguía siendo su esposa– dejaba de limpiar la encimera y se daba la vuelta para mirarlo.

–¿Qué te ha dado? –preguntó ella.

–No... no lo sé. Siento que te he tratado mal.

–Así es.

Herido por tanta franqueza, Richard le clavó la mirada. Él esperaba... bueno, ¿qué? Claire tenía todo el derecho a despreciarlo.

–¿Qué quieres de mí, Richard? Estamos aquí, nos las apañamos. No sé por qué vuelves a sacar los trapos sucios.

Richard hizo un mohín; tosió, apartando la cara de ella mientras trataba de reprimir sus emociones. Nunca había llorado así antes, de pie en una cocina bien iluminada. No podía soportarlo. Con los hombros temblorosos, apretó los ojos, deseando que aquello terminase. Al momento sintió que ella lo rodeaba entre sus brazos; aún sujetaba el paño, cuyo olor a jabón y a asepsia le picó en la nariz. Richard apretó la cara contra el cuello de Claire y aspiró: el olor a tierra de su piel, su pelo sin lavar y lana rociada con aerosol Laundress. El olor de la madre Claire, que ahora lo acunaba mientras él reprimía sus sollozos.

–Ya está –decía ella, o susurraba–. Ya pasó.

Richard se sentó en un taburete alto mientras Claire iba encaminando a Rosie hacia la cama. La niña, que seguía teniendo las absurdas proporciones de una criatura pequeña, sorprendía por su elocuencia. Insistía en que no estaba lista para irse a dormir. Con voz aguda y convencida, enumeraba las cosas que quería hacer

antes. Tras nombrar cinco o seis, paseó la vista por la habitación en busca de más ideas. Posó una mirada resplandeciente y dubitativa en Richard, y a continuación siguió en dirección al comedor.

–¡Doblar servilletas! –soltó en un gritito, encantada por lo novedoso de su idea.

Richard, viendo que a la hora de acostar a la niña su presencia resultaba superflua tanto para su esposa como para su hija y para sus vidas en general, hizo un gesto mudo de despedida con la mano y se marchó. Intentó cerrar la puerta de entrada con suavidad, pero estaba atascada. Se las apañó para cerrarla dando un fuerte tirón del tirador de bronce. El sordo estruendo del golpe lo avergonzó. ¿Por qué no estaba él ahí para arreglarle aquello a su familia? Por su culpa, su hija crecería en una casa con puertas atascadas e incómodas.

Podía volver a entrar y repararlo, quizás incluso pasar la noche en el cuarto de invitados... ¿Podrían entrar poco a poco en un nuevo esquema familiar? A lo mejor Claire volvía a aceptarlo, a pesar de las conocidas traiciones de él y la evidente autosuficiencia de ella. Sabía por instinto que Claire era de las que sacrificarían su propia felicidad en aras de una apariencia de normalidad para Rosie.

No, todavía no. Le habían ofrecido unos cuantos salvavidas: tras su periodo inicial de radioactividad total, algunos antiguos compañeros y amigos se habían puesto en contacto con él. A su debido tiempo, lo más probable es que aceptase alguno e intentase reconstruir las cosas. La publicación de la historia había reducido las posibilidades de su carrera, pero encontraría una cómoda prebenda. No era el futuro que había imaginado para sí, pero ¿cuándo se plegaba la vida a nuestras expectativas? Esa noche se conformaba con regodearse en la extrañeza de las circunstancias presentes, en los bordes fibrosos de su vieja vida hecha jirones. «Como un clínex mojado»... ¿De dónde salía esa frase? Hizo una mueca, retrocediendo de inmediato a aquellas horribles clases de preparación al parto y a aquella mujercilla habladora hasta el absurdo que buscaba demasiado por internet y parloteaba aún más... «¿Te imaginas lo que es que se te desgarre el perineo?», le había susurrado justo antes de meterse una galleta rellena de crema

en su boquita de piñón. Luego había pronunciado esas palabras, enseñándole la galleta a medio masticar, con la petulante certeza de que esa escalofriante imagen no abandonaría nunca más su mente. De toda la gente que asistía a su curso en Kensington, en una sala trasera sin ventanas donde normalmente se impartían clases de yoga aéreo, aquella mujer había elegido a Richard como confidente. Había notado que no era como los demás.

–No la soporto –le confesó a Claire tras la clase, sujetándole el brazo mientras ella se quitaba los zapatos y se dejaba caer, agotada, en el sofá.

–No es para tanto –suspiró Claire–. Solo está asustada y sola. Yo tampoco estoy segura de que aguantase plantarme en esa sala semana tras semana sin ti. Eres buenísimo allí dentro, me ayudas mucho. Seguramente por eso no te deja tranquilo.

El cuerpo de Claire había cambiado de una forma evidente, pero también había notado otros cambios sutiles. No encontraba palabras para describirlo; en las fotos de antes, en comparación, parecía no estar formada del todo. Claire recogió los pies para subirlos y se reclinó en el sofá.

–Bien –dijo Richard–, será mejor que le eche un vistazo al correo pendiente.

Claire cerró los ojos y asintió; después colocó la cabeza en el reposabrazos. Él le cogió la mano izquierda y le besó las yemas de los dedos.

Esos meses pasaron como a cámara rápida: encontrar la casa en Surrey, empaquetar sus vidas y mudarse. Recibir al bebé. Cuatro semanas borrosas de baja de paternidad. Al regresar a la oficina, agotado, no conseguía convencerse de que todo aquello era real. Aquella vida hogareña y pintoresca. A lo mejor no lo era; nunca conseguía ajustar la imagen que tenía de sí mismo a la de «padre». Cada vez que interactuaba con el bebé, se sentía un fraude. Sus llantos incomprensibles lo dejaban perplejo. El vínculo cada vez más profundo de comprensión entre madre e hija solo conseguía excluirlo aún más. Acabó decidiendo que era mejor pasar las noches en la ciudad que llegar tarde a casa e inmiscuirse en la intimidad

doméstica que ellas compartían. Tomó la falta de quejas de Claire por un mudo alivio.

Ahora, mientras se alejaba de la puerta, inspiró hondo. Era una noche templada; podía ir caminando a la estación. Un revuelo de ramas cargadas de hojas de un verde amarillento ondeaba dándole ánimo. Casi nunca experimentaba esa parte del día al aire libre. Había pasado la mayoría de sus noches, al igual que sus mañanas, respirando aire enfriado artificialmente en salas iluminadas artificialmente. Advertir el encanto de una noche templada, eso sí que era un progreso, se dijo. Esa calma recién encontrada, a pesar de sus arrebatos de llanto inexplicable, marcaba un paso hacia delante.

Al principio se había sentido ultrajado. Lo que él consideró un entendimiento mutuo, incluso cierta confianza, entre él y esa chica, Hannah, había resultado ser una cruel artimaña. Al principio, al menos, su mente no conseguía concebirlo por entero: seguía estando demasiado implicado, seguía tanteando apenas un aspecto del ultraje. A pesar de su falta de perspectiva, comprendía, o estaba empezando a entender, la magnitud de su cagada. Lo grotesco de la caricatura trazada por ella, lo tremendamente alejada que estaba de su verdadero ser, era apabullante; y así se quedó él, apabullado, mientras la perversa parodia se iba apoderando de los medios de comunicación británicos.

Al principio intentó desmentir las inexactitudes, creyendo ingenuamente que sus verdugos estaban interesados en los hechos. Alguien que se identificó como el «verificador de datos» de la revista le envió un correo para preguntarle su fecha de nacimiento y su apellido poco antes de que el artículo se publicase en línea. En cuanto recuperó mínimamente las fuerzas, Richard mandó un nuevo correo a ese tal verificador con una lista de todos los problemas del artículo: empezando con la afirmación de que poseía un «lingote de oro macizo» y terminando con el uso inadecuado del verbo «infringir» por parte de Hannah. No hubo respuesta. Mientras tanto, las inexactitudes –o, para llamarlas por su nombre, las mentiras– se difundieron como la pólvora, amplificándose con cada repetición.

Al final sus esfuerzos lo llevaron a una abigarrada oficina,

embutida en el último piso de un edificio en una callejuela olvidada cerca de Oxford Circus. Hannah y su agente, Marie, habían accedido a encontrarse con él para comentar lo que Marie, con mucha delicadeza, llamaba sus «inquietudes».

Era la primera vez que veía a Hannah desde la última entrevista, cuando lo abrazó y le dijo que se cuidase. Tenía buen aspecto. Después de vender los derechos para la adaptación, se había comprado una casa. Richard lo sabía porque Hannah había escrito un reportaje autobiográfico contando que ser propietaria de una casa había cambiado su gusto musical, o artístico, o algo igual de ridículo. A su juicio, el tonito de escritora no era irónico. ¿De veras Hannah se había opuesto alguna vez al capitalismo, o solo a sus propias privaciones? Tampoco es que hubiese tanta diferencia, suponía él, desde el momento en que la aflicción podía monetizarse.

En cualquier caso, ser propietaria de una casa no había cambiado la opinión que Hannah tenía sobre él. Una sonrisita desdeñosa lo saludó antes que ella. Seguramente porque el dinero de Richard no provenía de apropiarse de las vidas ajenas. O, a lo mejor, porque la gente como ella no podía hacerse con hipotecas que cambiasen sus preferencias artísticas sin alguien como él, que proporcionaba la confianza estadística de que la deuda contraída servía de algo. Conocía esa sonrisilla; era la misma que le dirigían a su padre, y a toda la gente despreciable que construía casas, ya fuese a base de ladrillos y cemento o de la bursatilización.

Posó de nuevo la mirada en Hannah. Estaba claro que algún hombre había metido la mano por debajo de la falda –o, peor aún, no la había metido–, y ahora ella lo pagaba con Richard, le arruinaba la vida. Era un pensamiento feo, de los que se le podrían ocurrir a la patética caricatura que ella había imaginado. Lo lamentó. Pero, por otro lado, tras leer una versión tan distorsionada de sí mismo, ¿cómo podía no pensarlo? ¿Cómo podía volver a existir como persona y distinguirse de ese artículo?

–Dijiste que buscabas la verdad –comenzó tras las cortesías de rigor, dejando que se le hinchase el pecho de indignación–. Pero la mitad de lo que escribiste era pura invención. Una calumnia.

–«La verdad» es ambigua –intercedió Marie antes de que Hannah

pudiese hablar–. No es absoluta. La crónica de Hannah era una composición de varios testimonios, o «verdades», que creaban una imagen compleja para que sus lectores la interpretasen. Su periodismo no es menos verdadero, ni menos honesto, por ser plural. De hecho, creo que es más honesto. Refleja más cómo es en realidad el mundo... más allá de tu burbuja privilegiada.

–¿Privilegiada? –Richard negó con la cabeza–. No todo es una batalla cultural. Algunas cosas simplemente son, y otras no. Algunas cosas eran, otras no. Al menos estaremos de acuerdo en eso.

Con la cabeza ladeada hacia la izquierda, Marie, ausente, le susurró algo a Hannah, que asintió, se puso en pie a regañadientes y salió de la habitación abriéndose camino entre las pilas de libros y papeles.

–Mira –dijo Marie, una vez que Hannah cerró la puerta–. He oído algunas de las grabaciones. No sales bien parado. No creo que «sacar las grabaciones» o cualquier otra revancha que tengas en mente te favorezca. No eres un personaje muy simpático. –Con un leve asentimiento, Marie señaló el cristal de la puerta en dirección a Hannah, que en ese momento estaba luchando con una máquina de café–. Aparte de lo de la adaptación, ella no tiene nada. Pero tú, a pesar de toda tu autocompasión, tienes todavía mucho que perder. La empresa matriz de la revista *Alazon* es una agencia de noticias importante. Si los demandas por difamación, agotarán por completo tus recursos financieros y acabarán con lo poco que quede de tu reputación. Te arrastrarán por el fango. Al final, tú y Hannah acabaréis sin nada, solo que ella siempre podrá escribir una pieza autobiográfica arrepintiéndose y volver a su antigua vida. Saldrá adelante. ¿Qué harás tú entonces, exactamente?

No se le ocurría qué decir. Sin su exoesqueleto empresarial se sentía terriblemente vulnerable, y más inclinado que nunca a evitar el conflicto. A duras penas conseguía evitar el llanto allí sentado. Se sorbió la nariz y se encogió de hombros. No había nada que hacer. Marie, envuelta en pañuelos y chales, con el pelo plateado cortado justo por encima de los hombros, parecía tener la capacidad de ser amable. Y usó esa capacidad entonces, dulcificando su voz hasta convertirla en un arrullo conciliatorio.

–Te diré lo que tienes que hacer. Espera un par de meses más y esto se desinflará. De verdad. Si lo de la serie sale adelante, y ya es mucho decir, usarán otro nombre para tu personaje. Algo menos... Bueno, ya sabes. La cosa no va contigo en el plano personal, es solo una buena historia. Rollo pan y circo. Pronto llegará una nueva diversión. Esto es lo que yo pienso, Richard. No es que me hayas preguntado, pero te lo voy a decir de todas formas. Lo que tienes que hacer ahora es volver a casa, con tu mujer y tu hija. Esperar a que pase la tormenta.

Marie dejó escapar una risita cantarina.

–Ay –dijo cuando Hannah volvió a entrar, enarcando el ceño con aire divertido ante el precario equilibrio del trío de tazas de café–. Al final parece que no vamos a necesitarlas, ¿verdad, Richard? Acabamos de terminar.

Siguió el consejo de Marie, más o menos, y se resignó ante la arremetida. La prensa lo vapuleó con jubilosa ferocidad. Y fue aún más allá: Rachel, a quien no había tenido ninguna intención de mezclar en el asunto, fue descubierta y perseguida por los paparazzi. Fotos suyas saliendo de la cadena de restaurantes asiáticos Itsu con dos cajas de sushi; entrando en un Barry's, con la bolsa del gimnasio bajo el brazo y el pelo recogido en un moño informal. Si hasta se publicó su foto de empresa, junto a una instantánea paisajística de Claire y Rosie a las puertas del hogar familiar, mirando con pena a la cámara. Que un artículo de opinión en *The Guardian* la describiese fugazmente como «una becaria con iniciativa» fue el colmo. Aquello le dio donde más le dolía, Richard era consciente. Como profesional –bien cualificada y con éxito por derecho propio–, enfrentarse a las indirectas burlonas del periódico que leía a menudo era mucho más humillante que vérselas con el titular «Tentación en la oficina» en la prensa amarilla. Era comprensible que Rachel tirase la toalla, pidiese el traslado a la oficina de Nueva York y le dijese a Richard que se olvidase hasta de su puto nombre.

Claire salió de rositas. A través de un conocido de la familia, sus padres le apañaron un artículo favorable, y se permitió que ese retrato digno y solemne quedase inmaculado e intacto. Los periódicos parecieron conformarse con tomar partido por la esposa maltratada y abrazaron su causa, aunque ella habría preferido con mucho que la dejasen tranquila. Al final, el interés se esfumó, aunque quedaron restos de atención que persistieron más de lo que ninguno de ellos se esperaba. Richard era demasiado tentador para ignorarlo, era carne de cañón para la crítica y la moralina.

«¿No quieres poner las cosas en su sitio?» «Nadie ha oído tu versión del asunto.» «Después de todo este tiempo, seguimos sin tener la menor idea de quién eres tú en realidad.» «¿Quién es Richard Spencer? Eso es lo que quiero saber. Quiero saberlo por ti, Richard. Yo estoy de tu parte.» En medio del trajín de correos diarios, wasaps y mensajes de voz, una voz persistente y comprensiva se abrió camino. Tras semanas de reflexión, Richard accedió a hablar. Saldría un reportaje en la revista masculina *HQ* que (según prometió la voz) pondría las cosas en su sitio.

El periodista que apareció era un hombre brioso y energético. Entró cojeando en el apartamento de Richard, impedido por la gran bota que llevaba en la pierna izquierda.

–¡Un percance en las pistas! –exclamó con una amplia sonrisa, antes de preguntarle a Richard dónde solía esquiar él.

Richard no esquiaba. Nunca había aprendido a esquiar, y cuando quiso darse cuenta de que se trataba de una habilidad muy importante, ya era demasiado tarde. Le daba reparo ver a hombres de su edad (por aquel entonces, los veinticuatro le parecían el colmo de la madurez) lanzándose montaña abajo por aquellas lomas blancas y traicioneras, llenos de aprensión, con la esperanza de mejorar sus perspectivas profesionales. Había acudido a regañadientes a unos cuantos viajes con los amigos de Claire, pero siempre se había limitado a beber cerveza a sorbos lúgubres en el bar *aprèsski* mientras contemplaba los vastos paisajes congelados.

¡Se suponía que las vacaciones debían ser calurosas! De pequeños, él y su hermano Nick pasaban dos semanas todos los veranos en un camping de caravanas en Devon, trepando por playas

rocosas y tragando sidra casera con sus cenas de pescado y patatas fritas. Richard podía pasarse horas mirando el mar entre la brisa salina, lanzando de vez en cuando alguna patata frita fría a las gaviotas para ver cómo se la disputaban. El único año en que su familia había reservado un paquete vacacional en Mallorca, los chicos lo habían pasado en grande, seducidos por las franjas de arena amarilla, el sol cálido e infalible y la comida ilimitada del bufé. ¿Podía esa versión infantil suya haberse imaginado alguna vez la desconcertante solidez azul de un cielo sin nubes en Courchevel? ¿La vasta desnudez de vacío carísimo que se extendía en todas direcciones? Era otro universo.

–¿De veras? ¡Tú te lo pierdes! –replicó el periodista, todo alegría.

Richard Spencer prefiere complejos hoteleros privados en playas de lujo a esquiar en los Alpes.

–En fin. –Dio una palmadita con las manos–. ¿Empezamos con todo el rollo del lingote de oro?

La inexactitud más irritante había sido quizás que no se trataba de un auténtico lingote de oro, sino de tungsteno chapado. Richard estaba empeñado en aclarar ese punto; la imagen de sí mismo con tanto dinero en mano como para gastárselo de una forma tan espectacular lo horrorizaba. El lingote era decorativo: por eso no le había importado dejarlo en la granja. No era una sofisticada falsificación, ¡sino muy obvia! Un capricho hortera que, por alguna razón, se le había metido en la cabeza. Era culpable de muchas cosas, pero aquello solo probaba sus gustos ordinarios de nuevo rico, no una riqueza extrema. Los muebles de diseño, de esos que salían a menudo en *HQ*, de hecho, acostumbraban a ser más caros que ese «lingote».

«¿Te parece caro ese lingote de oro? La silla en la que estás sentado cuesta más», alardea el irredento Spencer.

–Aun así, sigue siendo muchísimo dinero... –dijo el periodista, con un tono que ahora recordaba menos a aquella voz simpática del teléfono y más al engreído esnobismo de los opinólogos–. ¿Cómo justificas tu nivel de riqueza en una época en la que tanta gente pasa estrecheces? ¿No dirías que es inmoral ser multimillonario?

¿Qué creía la gente que era un multimillonario? ¿Pensaban en

serio que Richard abría su nómina y veía «mil millones de libras esterlinas» escrito abajo? En conjunto, sus bienes valían unos cuantos millones, eso era cierto. Si la mayoría de las familias de clase media echasen una mirada atenta a todo lo que poseían –casas y pensiones incluidas–, se darían cuenta de que, sobre el papel, ellos también eran millonarios. Era el caso, sin duda, del periodista. ¿Por qué se había vuelto tan polémico señalarlo?

Spencer está tan fuera de órbita que cree sinceramente que casi todo el mundo es millonario... ¡y que ser millonario no es para tanto!

–Bueno, dejemos eso a un lado, entonces. ¿No te parece que tu forma específica de ganar dinero es poco ética? Como banquero no es que estés ayudando mucho a la sociedad, ¿no?

Richard no podía entender qué tenía él para suscitar tanto resentimiento entre la gente. ¿Acaso no había hecho lo que se suponía que tenía que hacer? Había pasado los exámenes de acceso a la secundaria, había conseguido entrar en un buen colegio y se había limitado a seguir ese camino vital hasta su inevitable fin. No le hacía daño a nadie, no explotaba a nadie. Había intentado por todos los medios trabajar mucho y bien. Tras la crisis, se pasó al sector del riesgo regulatorio..., trabajando para evitar que hubiera otra crisis. Y, como jefe de su departamento, se había asegurado de que hubiese mujeres en altos cargos, junto con un equipo de dirección de una amplia diversidad. De hecho, contaba con una red de compañeros que lo valoraban como amigo y mentor. Estaba orgulloso de ese legado. El suyo no era un monocultivo de socialismo mercantilizado, con su vaga promesa moralizante de acabar con la discriminación. Él estaba contribuyendo de verdad, contratando a candidatos cualificados y dándoles las mismas oportunidades de éxito que él había recibido. En opinión de Richard, lo único que hacían esos «escritores» era difundir cotilleos por trabajo y por placer, espoleando la irritación y el descontento sin arreglar nada en realidad.

Spencer suelta una lírica perorata sobre las virtudes de los bancos de inversión, y una cosa queda clara: está convencido de que «la codicia es buena». En algún momento, parece contenerse físicamente para no proclamarlo.

–Nosotros pagamos el rescate –replicó el plumífero, indignado–. ¡Beneficios privados, pérdidas públicas! ¿Cómo puedes defender tu papel en la crisis de crédito?

¿Qué sabía ese hombre de la crisis de crédito? Nada, no cabía duda de que había estado totalmente aislado del asunto. Richard la había vivido, había luchado para superarla y había sobrevivido. En aquel entonces no era más que un joven vicepresidente al mando de una pequeña mesa de operaciones financieras de la empresa, y tenía a su cargo a un chaval recién salido de la universidad y dos compañeros. Se los llevó, uno a uno, a una oficina vacía y se lo comunicó entre balbuceos. Les prometió que empaquetarían el contenido de sus escritorios y se lo mandarían a casa. ¿Era cierto? Richard no estaba seguro. La gente que empaquetaba escritorios en cajas de embalaje, los que organizaban el envío e imprimían etiquetas, y los que llevaban las cajas a la sala del correo y firmaban las hojas de recogida ¿seguían teniendo trabajo? Acompañó a cada uno de sus ahora antiguos empleados a la entrada del edificio; el nuevo ambiente militar se veía reforzado por unos guardias de seguridad extra. Les pidió sus tarjetas de acceso y los dejó allí de pie, desorientados a la brillante luz del día.

Tras el tercer viaje de descenso, se metió de nuevo solo en el ascensor y notó que se le hundía el estómago mientras iba subiendo pisos. Al salir, se acercó a las puertas acristaladas y accedió con la tarjeta. El repentino vacío azul grisáceo lo impactó; la planta parecía un océano drenado. Se fijó por primera vez en el pequeño estampado abstracto que se repetía a lo largo de la moqueta. Todas las televisiones retransmitían el mismo bucle de noticias nefastas. Había unas cuantas personas reunidas ante una de ellas, con el volumen bajo, mirándola con una calma desfallecida que no había visto desde los atentados en el metro. Intentó aferrarse a ese punto de vista, por mucho que fuese una comparación de mal gusto: nadie se estaba muriendo.

–¿Spence?

Arrastró los pies obedientemente hasta la oficina de su jefe, listo para bajar una última vez en el ascensor. Pero las noticias eran buenas, si es que algo podía considerarse bueno ese día. Iban a

mantenerlo en su puesto, al menos de momento, junto con unos cuantos empleados, para ir liquidando las posiciones de su mesa de operaciones y de algunas otras. Luego lo más probable es que lo colocasen en creación de mercados. No era el tipo de trabajo que se había imaginado haciendo en ese momento de su vida, pero estaba agradecido. Especialmente cuando, unas semanas después, hasta el avatar de su jefe apareció de color gris en el sistema.

Richard tenía que aguantar costase lo que costase. Hacerse indispensable. A pesar de que su hermano odiaba Londres, Nick se había plantado allí una noche para hablar con él. Mientras tomaban una cerveza, le contó a Richard lo mal que pintaban las cosas. La empresa de su padre estaba en un atolladero: aún tenía deudas con los distribuidores, pero los clientes ignoraban los recibos y se echaban atrás con respecto a los contratos. Hombres de clase media, como ese periodista, que decidían anular sus acondicionamientos de buhardillas y sus ampliaciones de plantas sin pararse a pensar quién pagaría los platos rotos. Su padre, ya debilitado por la muerte de su madre unos cuantos años atrás, se había quedado completamente paralizado. No conseguía salir adelante. Nick se puso a enredar con una servilleta húmeda, intentando evitar el contacto visual con Richard, mientras se disculpaba por pedir ayuda de esa forma. Su padre era un hombre honesto que había trabajado duro todos los días de su vida adulta, y hasta entonces ese método había resultado eficaz. Ahora, el negocio que esperaba dejarle a Nick estaba al borde de la insolvencia.

No cabía duda, por supuesto. Eran hermanos, familia. Por supuesto, por supuesto, repetía Richard como una plegaria. Al final de la noche se dieron un fuerte abrazo. Como si llevasen décadas sin saber el uno del otro. Y, de esa forma, Rich se volvió indispensable, asumiendo todas las tareas y quedándose todas las noches hasta tarde; siempre a mano para responder a cualquier cosa, arreglar cualquier cosa, hacer cualquier cosa para mantener a su familia a flote.

No era justo esperar que Claire lo entendiese; ¿cómo podía saber ella la presión que pesaba sobre Richard? Intentó ser comprensiva y

paciente, pero su marido, siempre cansado y ausente, la exasperaba cada vez más.

–Nunca estás en casa para cenar –dijo una noche, con un mohín de tristeza en los labios. Había puesto con mucha atención la mesa para la cena, en la que había dos platos de comida (cabía suponer) fría. Claire hizo un gesto abarcando la escena; a veces le salía una vena dramática e irritante, sobre todo cuando se enfadaba–. Y eso me ha convertido a mí en la típica esposa que se queja de que su marido no viene a casa a cenar.

¿Qué podía responder Richard? Se disculpó y prometió que se esforzaría más. Ambos sabían que no era cierto antes siquiera de que terminase de decirlo. No podía arriesgar su posición. Su familia, la familia en la que nació, dependía por completo de él.

–Es que no entiendo por qué no podemos pedírselo a papá y punto.

Antes le parecía graciosa y entrañable la forma en que Claire usaba el «papá» en esas ocasiones, pero ahora lo ponía de los nervios. A los padres de Claire les gustaba comprar gangas en Lidl y Aldi, pero que su hija estuviese pasando necesidades con el hijo de un albañil de Essex... era ir demasiado lejos. Pedirles dinero sería confirmar sus peores opiniones sobre él.

–No puedo pedirle a tu padre que ayude a mi padre –explicó Richard con un suspiro–. Ningún hombre quiere encontrarse en una situación así.

–Ya veo. –Claire lo observó mientras él se tomaba una cerveza Peroni directamente de la botella. La frialdad de su mirada le dijo que Claire lo veía tal como era y no se sentía demasiado impresionada–. Tus neuras machistas te impiden pedir ayuda. Supongo que es preferible que estemos mal a que tú subviertas el patriarcado.

–Eso no es... no es lo que yo quería decir. Es solo...

No había nada que decir. Claire nunca había entendido que, para sus padres, él era lo peor que le había podido pasar a su hija. Y que, para la familia de Richard, el «dinero» no era un suministro asegurado que fluyese como el agua del grifo. Esa carga la llevaba él solo en la relación.

–Claire, lo siento, pero llevo desde las cinco de la mañana trabajando. ¿Te parece que lo hablemos en otro momento, por favor?

Entonces Claire lloró. Y él se disculpó, la consoló, y hablaron, recordándose lo que les había gustado del otro en un principio. Cuando, a la mañana siguiente, Richard salió de la cama antes del amanecer, ella se despidió con besos sinceros y tiernos. Pero esos pequeños resentimientos no podían repararse del todo. Fue entonces, ahora Richard se daba cuenta, cuando se habían distanciado. Antes de la casa, de Rosie, de todo lo demás. Al final, los padres de Claire tenían razón.

Empezaba a hacer frío; llevaba casi una hora petrificado en el umbral. La idea de marcharse, de alejarse de nuevo de su familia, le procuraba una sensación de intranquilidad. No conseguía deshacerse del miedo destructivo y vago de que algo malo seguía acechando. Era el mismo miedo constante e inexplicable que lo había empujado a comprar la granja, junto con los lingotes pequeños. Antes de eso había comprado comida deshidratada, latas de conserva, velas, gasolina para mecheros, agua destilada, baterías solares, todo lo que pudiese necesitar su familia, y lo había almacenado en el sótano. Lenny era, quizás, la única que entendía ese miedo. Incluso le dijo que ella también lo sentía, aunque en su caso se materializaba de forma diferente: brotaba en una furia que arrasaba con todo y todos. Como eran los únicos dos residentes que quedaban en el edificio, se habían hecho amigos, por improbable que pareciese. Richard no había conocido nunca a nadie como Lenny; podía ser divertida, incluso dulce, y siempre era increíblemente aguda. No es que Richard se hubiese tomado muy en serio su retórica. Al menos no cuando la conoció. Se lo tomó más bien como una broma. La ironía le chispeaba en los ojos cuando decía o hacía extravagancias.

–Son los hombres blancos –le dijo Lenny, con ojos chispeantes–.

Quienes lo tienen más duro ahora mismo son los hombres blancos.

Lo dijo antes de metérsela en la boca y chupar con ganas. Richard suspiró. Estaba claro, había cosas que ya no se podían decir. Ni hacer. Levantó la vista al techo mientras agarraba distraído un mechón del pelo corto de Lenny. Había cosas relativamente inofensivas que podían meterte en un buen lío, eso era cierto. Pero él no se lo había montado mal. No había salido mal parado. Y, además, en los buenos tiempos se habían metido en cada una que... Bueno, se había salido todo un poco de madre, ¿no? Claramente, no querría que su hija se viese involucrada en nada parecido. Miró hacia abajo; las pestañas embadurnadas de rímel de Lenny ocultaban sus ojos. A lo largo de la raya, el pelo tenía un aspecto suave, tan fino que dejaba entrever el cuero cabelludo. Lo asaltó la vergüenza: ¿por qué había pensado en su hija? ¿Qué cojones le pasaba? Intentó conectar con la escena presente, anticipando, más que sintiendo, la humedad de la boca de Lenny, sus mejillas que se ahuecaban y luego se tensaban, la línea suave de los dientes, los movimientos de la lengua, todo ello embadurnado de pintalabios, arriba y abajo. Entrelazó los dedos en la base del cuello de Lenny, cerró los ojos y se dejó llevar por el ritmo, relajado.

Cuando terminó, ella sonrió y se dirigió, tras disculparse, al baño adjunto, para regresar con el rostro más fresco unos minutos más tarde. Incluso cuando se tumbó junto a él en las sábanas arrugadas, el cuerpo de Lenny estaba tenso, al parecer listo para el ataque. De forma que, cuando en lugar de lanzarse a una de sus diatribas le pidió un favor, Richard accedió de inmediato. Tal y como estaba el mundo, tan incierto y frágil, se sintió impelido a ayudarla. Entonces no sabía que Lenny era la madre de Jake. Ese contexto llegó mucho más tarde, junto con una sensación de culpa incipiente: ¿se había aprovechado él de ella, sin darse cuenta?

Después de todo, reformulada como la actuación de una madre preocupada, la agresividad sexual de Lenny tenía cierto sentido, por triste que fuese. La gente era complicada, sí, pero quizás a todos nos motivaban los mismos amores y miedos. Hasta que le aconteció ese extraño desastre, gran parte de su mundo habían sido pantallas de números. Las más ínfimas variaciones se sumaban e integraban,

proyectadas, explicadas; analizadas y después introducidas en diagramas y gráficos monocromáticos, metidas con calzador en presentaciones, y rumiadas, firmadas, entregadas. Y, por supuesto, bajo las capas de datos reunidos, de tramos establecidos y de reformulaciones, estaba el mundo. Las opciones individuales de cada uno: sueños y promesas. Juntas, en paquetes de fondos, equivalían a una esperanza literal y colectiva para el futuro.

–¿Rich?

Una luz cálida y dorada resplandeció tras él, en medio de la oscuridad. Claire, con una chaqueta fina y zapatillas de casa, apoyada contra la puerta, fruncía el ceño con una expresión de leve inquietud.

–Rich –pronunció su nombre como música, como magia–. ¿Qué haces aquí fuera?

Cartmel

La gente... Lo notarás si la miras de veras. Me refiero a mirarla en serio. A prestar atención a las personas que te rodean. A fijarte en lo que son; en lo que dicen, en lo que hacen. Por ejemplo, esa mujer que está ahí, a mi derecha, engullendo gachas a bocados. ¿Lo ves? Te diré lo que es: fealdad. La gente es fea. Y estúpida. Solo la motiva el miedo, o la envidia, o, no sé, pequeños odios ocasionales. Lo único que ha hecho internet es ofrecer un cauce para toda esa basura. Es la triste e inevitable consecuencia de semieducar a las masas. De darle a cualquier idiota el vertiginoso poder de un bote de spray y una pared. Si además eliminas el efecto moderador del cuerpo físico, de todos los defectos que potencian la humildad, o el del resto de personas, es decir, el riesgo de las consecuencias sociales..., *voilà*! Hace mucho que reparé en esta fealdad. Aprendo rápido, seguro que ya te has dado cuenta. Comprendí cómo funcionaba la cosa mucho antes que la mayoría de la gente. Vi hacia dónde nos dirigíamos. Aun así, en las últimas semanas, es una cosa que me pone de los nervios. A lo mejor es solo consecuencia de la exposición excesiva; de ver a tanta gente fea, con sus vidas insignificantes y absurdas. Anoche, sentada a la luz tenue de la habitación del hotel, me sorprendí planteándome de nuevo la pregunta de siempre: ¿para qué? Tantas palabras, toda mi energía al servicio de... ¿qué?

Al otro lado de la mesa, Rob asintió con entusiasmo. Tragó y dejó el tenedor sobre la mesa. Se limpió la boca con la punta de la servilleta.

–Sí, bueno, exacto –dijo–. Desde luego, es esa percepción lo que... Por eso eres una voz tan crucial en este momento, Lenny.

Tenía los cristales de las gafas pringosos, lo que le otorgaba una mirada nebulosa, lejana, pese a su sonrisita persistente. Podía decirle lo que se me ocurriese a aquel zopenco; nunca escuchaba. Una mancha rebelde de grasa amarilla refulgía en su mentón. Debajo, en el plato, junto a la tostada y la salchicha,

desparramándose en un charco espeso de judías, yacían los restos de su segundo huevo frito. Me sonrió, resplandeciente, y bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspiratorio.

–Aquí las habitaciones son bastante suntuosas, ¿no te parece? Siempre digo que merece la pena tirar la casa por la ventana por un hotel boutique.

Esa sí que era buena. Rob nunca tiraba la casa por la ventana por nada. Al menos, no por mí, hasta que el *Mail* compró los derechos de mi nuevo libro para publicarlo por entregas. Qué gracioso, ¿verdad? Cómo cambian las tornas. Cuando Rob leyó por primera vez el manuscrito, se había negado de plano a publicarlo.

–¿Por qué este cambio repentino? –se había lamentado, recostándose en su silla y clavándome una mirada pesarosa.

En la mesa, entre nosotros, yacía *Capitalismo woke: cómo traicionaron las empresas a la clase obrera*, que en aquel entonces era solo un tocho de folios de un blanco brillante. Estábamos sentados en una insulsa sala de reuniones; ni siquiera se había molestado en reservar un restaurante para la «charla editorial».

–Tenemos una fórmula ganadora con *No más woke* –prosiguió–. Queda mucho terreno por cubrir en la guerra del woke. Tus lectores dependen de que tú abraces la causa. Ahora, más que nunca, necesitamos tu escritura. Y te respaldamos. Todo el equipo de la editorial está en ascuas por ver la evolución del concepto. Pero esto no nos sirve –dijo, con una mano en el manuscrito condenado–. Volvamos al punto de partida, ¿vale? Deja de darte aires de Cohen con tanto rollo del «estado de la nación». Buscamos algo un poquito más accesible.

Rob se había mostrado satisfecho con los resultados de *No más woke*. Si bien era cierto que se habían vendido muy pocos ejemplares, las cifras se ajustaban a sus modestas expectativas. El verdadero propósito de ese tipo de libros no era vender. Lo mejor a lo que se podía aspirar era a un número que alcanzase los cinco dígitos. El éxito del libro se medía en los centímetros de las columnas. Su verdadero público eran los medios de comunicación. Tras publicar (en un único año) dos libros sobre «la emergencia climática» y otro que respondía a la (horrible) descripción de «unos

Monólogos de la vagina pasados por la pluma de Virginia Woolf», Rob necesitaba restablecer una apariencia de equilibrio en su catálogo. Había comprado mi libro con ese objetivo en mente. Publicar *No más woke* lo había devuelto sin duda a un «terreno neutral», a la postura moral de cualquier hijo de vecino. Él quería más de lo mismo, pero yo tenía otras aspiraciones.

–No, *tú* tienes una fórmula ganadora –repliqué apuntándole con un índice enfurecido–. Yo lo que tengo es un truco manido. No me cuentes rollos. Escribir *No más woke 2* no hace más que arrinconarme. Y lo sabes. Yo voy adonde haya futuro, adonde haya dinero. Este es el libro. Y lo vas a publicar.

La reunión fue tensa y no llegamos a ningún acuerdo. Pero el artículo acabó obligando a Rob. Se apresuró a publicar el libro con la esperanza de que la ola publicitaria alimentada por la mala prensa lo llevara hasta la lista de los más vendidos. Y funcionó: *Capitalismo woke* fue un bombazo. La polémica en torno al suceso del lingote de oro fue escalando hasta adquirir una cobertura mediática mayor que la que ningún dinero podría comprar. Así que, por supuesto, Rob invirtió en el asunto y empapeló con mi carita sonriente laterales de autobuses, andenes de tren y *feeds* de redes sociales. Estamparon en la sobrecubierta del libro «La Biblia secular» y lo repitieron hasta la saciedad en los medios de comunicación. Aparecí en la tele –en esos programas de entrevistas de estilo americano que hemos adoptado en el Reino Unido– y en la radio. Es para morirse de risa: me invitaron a *Woman's Hour*, de la BBC, y hasta a *Today*. La gente, en especial la que no estaba de acuerdo conmigo, quería oír lo que yo tenía que decir. Amplificaba mis palabras.

Y ahora que todo había salido a pedir de boca, Rob no tenía la menor intención de cuestionar la idea de que su agudeza y su perspicacia habían transformado mi carrera. Estaba más que dispuesto a olvidar la historia y adoptar mi versión ficticia. La verdad, con mucha frecuencia, se beneficiaba de las técnicas de la ficción. Eso lo sabía cualquier aficionado.

Le di un sorbo a mi café quemado y paseé la mirada por la habitación. El tintineo y el sonido rasposo de la clase media de mediana edad engullendo desayunos completos gratuitos. Su hedor

dulzón y aceitoso me asqueó. Observé cómo una mujer, al otro extremo de la sala, hacía aterrizar un tenedor lleno de croqueta de patata, salchicha y grasa en su boca abierta. Rob, impertérrito, hojeó el programa del festival.

–El que te entrevista hoy... Un tipo muy interesante. Al parecer, uno de los más brillantes de Inglaterra, uno de los mejores. Un verdadero literato. –Rob se recostó en la silla y me echó una mirada, antes de añadir–: Un poco como yo.

Como no contesté nada, frunció el ceño.

–Me estás ignorando.

–Déjame en paz, Rob. Estoy comiendo.

Respondió con un significativo gesto en dirección a mi plato vacío.

–No estás comiendo.

Cierto, llevo desde finales de 2005 sin tomar desayuno. Pero quería no desayunar en paz y en silencioso desdén hacia las masas que mascaban a mi alrededor.

–A ver, querida: a buen entendedor... –dijo entre susurros, saboreando la frase manida. Era un tic nervioso: estaba convencido de que un diálogo peliculero podría resguardarlo de la seriedad de lo que estuviese intentando decir–. Parece que el tío ese puede tener tela marinera. Se ha labrado su reputación sacrificando unas cuantas viejas vacas sagradas... No es que esté preocupado por ti. –Me dedicó una sonrisa de disculpa y por encima de las mejillas le aparecieron unas líneas pequeñas, como bigotes de gato–. Ya sé que puedes arreglártelas sola. Pero mejor que tengas cuidado con él. ¿Vale?

–¿Acabas de llamarme «vaca vieja»? Por lo que tengo entendido, en esta época eso puede considerarse acoso laboral.

–Ofendidita –replicó entre risas.

La verdad es que Rob tenía mucho de qué alegrarse. Estaba más contento que un niño con zapatos nuevos allí, con su camisa rosa palo abotonada casi hasta la garganta, dispensando consejos de tres estrellas en aquel hotel de cuatro. Tras él, en la silla, colgaba una estrafalaria chaqueta. Y me fijé en que su pelo ya no tenía aquellas vetas grises en las sienes. Era la viva encarnación de la caricatura

que yo había creado para él: el brillante niño prodigio de la incompetencia editorial.

De resultas de todo esto, era fácil pensar que yo era una especie de genio. Eso creía Rob. A veces lo pillaba clavándome una mirada de admiración rayana en la blasfemia. Pero yo era demasiado consciente de los peligros del endiosamiento excesivo, la maldición de las mujeres periodistas con agallas de los noventa. Salir de la nada, habiendo sido además el patito feo que pasaba totalmente inadvertida en el cole, hasta acabar cobrando literalmente dos, tres, cuatro pavos por palabra –o incluso cinco, joder–. O hasta que unos hombres que te doblaban la edad invertían en ti su dinero con la esperanza de un polvo, o unas cuantas palabras, o unos morritos. Eso te cambiaba por dentro, vaya que sí. El sistema social por entero acababa patas arriba cuando descubrías la valía, el valor mercantil, que poseían tus pensamientos cotidianos. Tu cuerpo joven y dispuesto. El ingenio y las ocurrencias que habías ido repartiendo gratis, sin que nadie los apreciase, en cualquier ciudad estúpida de la que hubieses salido. Por supuesto, acababas desarrollando una dosis saludable de confianza en ti misma. Lógico. Yo la desarrollé. Mis presuntas coetáneas también. Pero una confianza excesiva entrañaba peligros. Y más ahora, cuando ya no éramos el último grito. Yo, al menos, conocía mis limitaciones.

–¿Lenny? Perdona. Hola.

Una chica se acercó a nuestra mesa. Era alta y tenía un aspecto saludable, un aire danés: el pelo largo peinado hacia atrás y recogido en una cola de caballo brillante y saltarina, con una camisa pulcra y pantalón de sastre, arreglada pero sin pasarse, como la fotógrafa de un evento.

–Soy Amanda. He venido para acompañarte en las citas programadas en el recinto. Este es tu itinerario – comentó tendiéndome un folleto satinado lleno de papeles–. Ahí está absolutamente todo lo que necesitas saber sobre el festival. Y aquí están mis datos de contacto. –Se humedeció un dedo y pasó unas cuantas páginas–. Si necesitas cualquier cosa en tu estancia aquí, lo que sea, llámame. De día o de noche: estoy aquí para ayudarte.

Rob se levantó de la silla como un resorte para estrecharle la

mano.

–Sí, excelente. Perfecto. Lenny está lista.

–¿Para ir adónde? Si mi charla no es hasta las cinco, y apenas es mediodía.

Rob, cuya amplia sonrisa se iba convirtiendo en una mueca tensa, me recordó que al parecer tenía una reunión concertada con la directora del festival, Catherine Livesey.

–Y estuvimos encantados de recibir la invitación –añadió, supongo que en atención a Amanda.

Yo me levanté amablemente y me alisé las arrugas de los pantalones.

–De acuerdo entonces.

Tras rechazar la colorida «bolsa de tela del festival», embutí la carpeta en mi viejo bolso de siempre. También metí mi teléfono, ignorando la pila de mensajes sin leer. Podían esperar. Dejé allí a Rob y salí de aquel rancio comedor, detrás de la chica, por el pasillo enmoquetado y el zaguán; cruzamos la recepción y bajamos las escaleras de la puerta principal del hotel para adentrarnos en la humedad soleada del día.

–Leí en una entrevista que te gusta hacer ejercicio –comentó Amanda en el talud de la zona verde del hotel, junto al camino de gravilla–. Así que no he pedido taxi. He pensado que podíamos caminar. Solo tardaremos media hora. Es un paseo muy agradable, por el campo. Y se ven algunos de los monumentos de la ciudad. Pero, si lo prefieres, podemos ir en taxi.

Soltó las palabras en un acceso de profesionalidad algo nervioso. Es cierto que, al mirar el horizonte, las suaves colinas tenían un aspecto verde y agradable. Bonito, si te iba ese rollo. Comprendía qué llevaba a los poetas a exaltar todo aquello en sus versos. Y por qué nosotros, los plumíferos, producíamos textos en defensa de sus fronteras. Conque nos pusimos en marcha; el camino crujía bajo nuestros pies hasta que llegamos a una carretera rural serpenteante. No había acera, de modo que caminamos en fila india junto a los setos. Unas espesas matas de follaje y ramas sobresalían invadiendo nuestro camino y bloqueando la vista. Era desconcertante. En cualquier momento podía venir un coche a toda velocidad por la

curva y dejarnos en el sitio. A Amanda aquello parecía no importarle un pimiento, y doblaba el cuello con frecuencia para dirigirse a mí, perorando sobre varios asuntos de interés local que a mí me dejaban fría.

–Me alegré mucho... –El rumor del viento la interrumpía como si hiciese interferencias–. Quiero decir que me hizo mucha ilusión ser tu acompañante. –Amanda se volvió de nuevo hacia mí y su coleta le azotó la cara–. En realidad, soy una gran fan tuya. –Yo asentí, preocupada por la poca atención que prestaba a la carretera–. Tu historia es de lo más inspiradora y..., espero que no te importe que te lo diga, pero creo que en realidad nos parecemos bastante.

–Eso está bien. –Asentí en tono conciliador, y sonreí antes de hacerle un gesto en dirección a los coches que venían de frente.

Ella cambió de tema, señalando hacia lo que parecían unos establos de caballos de carreras, en algún punto de nuestra derecha. Me sentí aliviada cuando por fin giramos y salimos de la carretera. Cruzamos la pequeña verja de una granja y llegamos a un campo crecido.

–Es un atajo –dijo Amanda, tras echar el pasador de la verja. Seguimos por un camino trillado que atravesaba el césped de hierba alta y amarillenta–. Las tierras son propiedad privada, técnicamente, pero todo el mundo pasa por aquí. Al propietario no le importa. Es amigo del festival. Por cierto, es ahí arriba. –Señaló un borrón blanco a media distancia–. Las carpas son los recintos principales, y ¿ves ese pequeño edificio de piedra? Es Clifford House, donde... ¡Uy!

Amanda se llevó la mano a la boca, con los ojos como platos. Alguien me dio un insistente tirón del codo, arrastrándome hacia atrás y retorciéndome el hombro. Mi mente trató de buscar una explicación racional, aunque no sirvió de nada. Oí jadeos. Una respiración pesada y tormentosa se abrió paso entre mi confusión. Me estaban atacando. Cerré los puños. Trastabillando, pero sin miedo, me volví para enfrentarme a mi agresor: una masa de pelo enmarañado, ropa harapienta y una sempiterna irresponsabilidad.

Jake.

–Mamá. –Se abrió como un pozo sin fondo.

Yo me desasí.

–Aléjate de mí.

Mi voz era terminante, potente. Amanda, detrás de nosotros, volvió a tragar saliva. Distinguí prudencia en los ojos rápidos y huidizos de Jake. Miedo. Al menos todavía era capaz de esos sentimientos y no se había visto del todo reducido a la bestial temeridad que sugería su aspecto desaliñado. Hizo ademán de dar otro paso en dirección a mí, pero yo negué con la cabeza y moví los labios en silencio: No. Cerró los ojos con fuerza y se tiró de las mangas. Luego se tapó los oídos y esbozó una mueca. Completamente patético.

–Vete a la mierda –escupí.

Tras un par de segundos más de vacilación y sufrimiento, hizo lo que le había sugerido y se fue en efecto a la mierda, acometiendo una retirada renqueante a través de la hierba. De repente, sentí mi pulso latiendo en el pecho, el cuello y las sienes.

Jake llevaba semanas amenazando con algo por el estilo, mediante una escalada de mensajes cada vez más frecuentes y delirantes. En su mayoría, se trataba de lloriqueos semicoherentes en minúscula salpicados de emoticonos. Entre sus quejas de abandono y explotación, había pedido verme varias veces. Hablar conmigo. En algún momento, las peticiones se habían convertido en amenazas directas. Aunque no esperaba que las llevase a la práctica. Planear una emboscada, comprar un billete de tren... No lo creía capaz de tanto. Por otro lado, hasta los bebés se las apañan para dar sus primeros pasos sin ayuda. Y, en cualquier caso, todo quedó en nada, como solía ocurrir. Era demasiado miedoso como para pronunciar algo más que una única palabra infantil.

–¿No deberíamos ayudarlo? –preguntó Amanda, plantada a mi lado.

–Está perfectamente –repliqué yo.

Amanda, no muy segura de dónde acababa su responsabilidad, posó la vista en mí y a continuación en la figura de Jake, que se alejaba. Supongo que aquella situación particular no aparecía en el pack informativo.

–A lo mejor deberíamos alcanzarlo –propuso con voz queda y tensa–, comprobar que está bien...

Yo no respondí. Cuando, por fin, Jake llegó a la verja y la atravesó, me volví y seguí andando hacia el festival.

–Por favor –pidió Amanda–, ¿podemos solo...? Lenny, a mí me parece...

–Esta conversación ha terminado.

Por suerte, Amanda cerró el pico después de eso. Sin su charla incesante, solo el rumor de los crujidos bajo nuestros pies acompañó nuestra marcha. Agradecida por el relativo silencio, dejé escapar un profundo suspiro. Luego le mandaría dinero a Jake, por supuesto. Yo no era ningún monstruo. Pero no podía concederle tiempo. Y menos aún en ese momento, en ese lugar.

–¡Miriam!

Catherine Livesey, una mujer de cuarenta y tantos que aún intentaba dárselas de joven talento, se encontró con nosotras en las escaleras de Clifford House, con los brazos abiertos en un ridículo gesto de bienvenida. Tras escoltarnos por el amplio vestíbulo revestido de madera, nos hizo adentrarnos más en el edificio, subiendo a saltitos un tramo de amplias escaleras para llegar hasta el rellano, donde había un imponente par de puertas labradas. Allí despachó a Amanda con un brioso y enfático «Gracias». La luz de la tarde bañaba el interior de su despacho a través de dos enormes miradores acristalados. Había una bandeja de fruta y embutidos, junto con una esbelta jarra de vidrio llena de lo que parecía ser agua.

–No te preocupes. –Sacó una licorera de una vitrina y la sostuvo por el cuello. Era de las antiguas, de las de cristal. El tipo de trasto que le arrancaría una exclamación de admiración a tu abuela en un mercadillo de segunda mano–. Sé que te gusta lo bueno.

Mientras ella servía, miré la habitación. Tenía que admitir que era un bonito despacho. Un aparatoso escritorio de caoba, llamativamente vacío, dominaba el espacio; era revelador que no hubiera ningún ordenador a la vista. Nuestra bandeja del almuerzo

se hallaba más o menos a un metro de distancia, en una mesa auxiliar más pequeña, cubierta con un tieso mantel blanco. Las paredes estaban adornadas de baldas flotantes llenas de libros, como cuadros descomunales.

–¿Qué opinas tú sobre «la cuestión de la diversidad»? –preguntó Catherine, tendiéndome una copa.

Acepté la bebida sin responder. Me dedicó una sonrisa coqueta mientras me miraba por entre los mechones oscuros de su flequillo.

–Pensé que podría servir de tema para el festival de este año, aunque no sea de forma oficial. Una especie de grito de guerra. Es una de esas fórmulas que conectan con el cerebro humano, ¿no? La cuestión de tal y cual... –Se dejó caer en un sillón, invitándome a hacer lo mismo con un gesto–. Como el motivo del destino en Beethoven, o esas ranas ridículas. Es un meme. Y un buen resumen de..., bueno, de la cuestión que tenemos delante. De algo que es, me parece a mí, la cuestión más importante de nuestra época, en muchos sentidos... Pero sé franca, Miriam, por favor: ¿qué piensas tú de la idea?

Olfateé la bebida. Era jerez; por supuesto que era jerez. Sin embargo, cerré los ojos y posé los labios en el borde romo de la copa. Esos primeros sorbos, que siempre tomo con una extraordinaria lentitud, dieron paso a un rubor familiar. Abrí los ojos de nuevo, despacio. Recibí con agrado el cosquilleo que provocaba la dilatación de los capilares en mis mejillas y mis labios; sentí que el pulso se me aceleraba con el júbilo de la expectación. Miré la copa, y luego mecí con suavidad el espeso líquido. ¿Por qué me gustaba tanto beber? No soportaba estar borracha. Aunque podría decirse que la sobriedad total era peor. Lo que a mí me gustaba era el espacio intermedio. El lugar en que mis ideas eran sagaces, donde el mundo se veía un poco borroso y sus habitantes parecían un poco más lejanos, menos idiotas y grotescos...

Catherine me observó, incómoda por el silencio que había seguido a su pequeño discurso. No se lo esperaba. La gente como yo no era famosa, precisamente, por la contemplación silenciosa. Pero ¿qué decir? A lo mejor ella tenía algo de razón. El problema es que resultaba muy cansina. Aquellos tics de clase media tan llenos de

afectación eran en realidad el envoltorio de una necesidad desesperada. Porque, a ver, ¿quién tenía una licorera llena de jerez en su despacho? ¿En serio? Conteniendo un gesto de negación con la cabeza, di otro sorbo. Lo mejor era no limar ni la más mínima aspereza, pensé. Dar salida a las vocales aplastadas, enfatizar la pronunciación ruda, el lenguaje basto. Mostrar una irreverencia total frente a la buena educación de la vieja guardia.

–Mira, Miriam...

–Lenny.

–Sí, por supuesto. Lenny. Mira, seamos francas. Sé lo que estás pensando. Llevas mucho tiempo en danza y nunca te hemos invitado. Lo reconozco y me disculpo. Deberíamos haberte llamado con *No más woke*. Fue un descuido mío.

Removí de nuevo el contenido de la copa, sin inmutarme ante sus disculpas.

–La verdad es que entonces pensé que eras un poco, bueno, ruda para nuestro público. Pero fue un error. Los tiempos cambian, ya lo sabes. Creo que tú lo entiendes mejor que la mayoría. En esta época, desde luego, cuesta convencer a la gente para que pague entrada por el privilegio de sentarse en una carpa a ver cómo le sueltan el discursito unos parlamentarios del gallinero. Bueno, quizás eso sea demasiado frívolo. –Me dedicó una ensayada sonrisita culpable–. Yo sigo teniendo la firme convicción de que aquí, en Cartmel, ofrecemos una variedad cultural de vital importancia. Más todavía que en los buenos tiempos, diría yo. Pero es crucial reconocer lo que la gente está viviendo. Debemos dirigirnos a la clase media «exprimida». Y ¿quién mejor que tú, Lenny, para dirigirse a esa franja demográfica?

–Ah, ¿sí?

–Claro, ya lo sabes –respondió, resplandeciente, con la esperanza de que su cambio de táctica estuviese rompiendo el hielo por fin–. Lo admito, no sé exactamente cómo lo has logrado, pero has conseguido algo admirable. *Capitalismo woke* es una genialidad. Al leerte, la gente se siente reconocida, y sin embargo les permites permanecer a distancia de esa misma sensación. Coges todo ese resentimiento... –Hizo el gesto de frotar una sustancia entre los

pulgares y la yema de los dedos y luego soltarla en el aire como si fuese confeti–, y lo conviertes en algo legítimo. Tus lectores salen creyendo que están pagando los platos rotos de alguien. Lo repito: una genialidad. Algo poderoso. Quiero decir, no te puedes creer el jaleo que se formó en nuestras redes cuando anunciamos que venías como conferenciante. No queda ni un asiento libre.

Me permití una sonrisita ante aquello. Charlar estaba bien, pero el número de culos sentados era indiscutible. Catherine juntó las manos y me devolvió la sonrisa. Satisfecha de haberme ganado con aquel estallido de patente adulación. Por la ventana que había tras ella observé unas cuantas figuras borrosas que se movían por el césped como vacas pastando.

–Unos campos espectaculares, ¿no? Cuánta historia. –Catherine dejó escapar un suspiro nostálgico–. Somos el festival cultural más antiguo del Reino Unido. ¿Lo sabías? Sé que en Cheltenham les gusta pensar que son ellos, pero en realidad les llevamos tres años de antigüedad. Por eso la tradición, y la conservación, son tan importantes para nosotros. Y por eso es vital que no nos dobleguemos ante las modas. En esta época hay demasiada presión para modernizarse. Nos dicen todo el rato que invitemos a nuevas voces, que refresquemos la cosa, que busquemos públicos diversos... Al parecer, eso es lo que hay que hacer para sobrevivir ahora. Algunos de los demás festivales han cedido, seguro que ya te has dado cuenta. Pero, mira, a mí no me importa que me reste popularidad, no pienso hacerlo. –Golpeó el pequeño puño contra su palma abierta. El gesto resultó caprichoso en sus manos de pájaro–. Me niego, así de simple. Vamos a seguir como siempre hemos hecho: reuniendo aquí a la flor y la nata de los pensadores británicos. Y, por supuesto, Lenny, un encuentro así no estaría completo sin ti. En fin. Estoy encantada de que hayamos sacado un ratito para conocernos como es debido. Estoy segura de que este es el principio de una gran amistad.

Se puso en pie con una rigidez y una formalidad que señalaban el final de nuestro *tête-à-tête*. Ninguna de las dos había tocado la comida y me pregunté cuánto tiempo se quedaría allí. A lo mejor tenía planificadas idénticas reuniones a lo largo de toda la tarde, que

se desarrollarían junto a las mismas bandejas. ¿Cuántos dedos sin lavar habrían manoseado aquellas rodajas de carne? ¿O recolocado los trocitos de queso y fruta? Catherine siguió cotorreando acerca de la «amistad» con su sonrisa insistente e insípida. No éramos amigas. Dos años atrás no se habría dignado ni tocarme con un palo. Y si no fuese porque pensaba que conmigo podía colocar libros y entradas, no me haría ni caso. Catherine era pragmática, sin embargo, y yo era el menor de dos males. Seguí su ejemplo y me puse en pie. Me estrechó la mano libre entre las suyas.

–Por favor, quiero que consideres Cartmel como tu propia casa, ¡y, espero también, como una respuesta alta y clara a la cuestión de la diversidad!

«Carpa de conferenciantes.» ¿Podría haber dos palabras menos atractivas para describir un lugar? Prometían agredir de forma cansina e incansable los oídos y la mente: personas a las que se les pagaba por hablar, parloteando todas al mismo tiempo, en una desesperada puja por la relevancia. Decidí ahorrármelo, ignorando la afirmación de Amanda de que me recibirían en la llamada «zona VIP». En la práctica, eso suponía la entrada garantizada a una casa de fieras rebosantes de detestable vanidad. En lugar de eso, le pedí a Amanda que buscase un lugar donde pudiésemos tomar una copa. Naturalmente, la opción más cercana era un pretencioso gastropub. Los precios de las bebidas rondaban los londinenses. Pero daba gusto alejarse un rato de la camaradería artificial del festival. Los pubs eran más o menos iguales en todas partes, ¿no? Una barra, algunas mesas, una televisión y unos cuantos vejestorios en una esquina. El olor pegajoso y amargo del alcohol derramado.

–Entonces, ¿eres estudiante?

Teníamos un reservado para nosotras, hacia el fondo. Amanda dio un minúsculo trago a su media pinta antes de responder. Parecía incomodarla que nos hubiésemos desviado del programa del festival, pero en su defensa he de decir que no se quejó.

–De Ciencias Políticas.

–¿Y qué planes tienes para después?

–No estoy segura. Quizás periodismo.

Solté una amarga risotada. La idea de que una persona joven eligiese ese sector era absurda. ¿Acaso no se daba cuenta de que los buenos tiempos ya eran más o menos agua pasada? En nuestros días, a no ser que fueses la hija de un magnate, camuflada de clase obrera para que el público pudiese identificarse contigo, nuestro oficio no tenía mucho que ofrecer. ¿Le apetecía explotarse a sí misma a cambio de una tarifa de unos peniques por palabra, seguir generando mecánicamente más carne de cañón y echando leña al fuego de la batalla cultural sin ningún margen para la originalidad ni la individualidad? Y, encima, como freelance, ojo. Mano de obra barata, el trabajo como mercancía, y todo para servir de forma temporal al algoritmo que un día la sustituiría por completo.

Así estaban las cosas. Al principio todo había parecido de lo más inocuo. La red era solo una cosa con la que se entretenían los cerebritos. Niñatos que dirigían empresas con nombres ridículos. ¿Quién podía tener miedo de algo que se llamaba Yahoo, AltaVista..., Google? ¿Cómo imaginar que un colega llamado Craig y su puñetera lista pudieran acabar con un elemento principal de tu actividad económica? No tenía ni pies ni cabeza. El espacio publicitario principal de los periódicos había sido degradado al gueto de la publicidad en línea y el contenido patrocinado barato. Ya no había mercado para un par de centímetros de propaganda descolorida. Ahora, por menos de un penique, te llevabas un anuncio a todo color, destellando chillón en medios de gran alcance. Significase lo que significase «gran alcance» en la era de la distopía digital. Si yo fuese Amanda, con una licenciatura bajo el brazo y toda la vida por delante, me metería en tecnología.

–¿Estás de acuerdo con mis opiniones políticas?

–No del todo, no. Pero te admiro, de veras. Creo que tu evolución a lo largo de los años, hasta convertirte en la figura que eres hoy, ha sido increíble. Lo digo sinceramente –añadió, como protestando ante mi resoplido de escepticismo–. De hecho, estoy escribiendo sobre ti en mi tesis. En mi opinión, formas parte de un grupo de mujeres que

constituyen la punta de lanza de un nuevo estilo de discurso político. Tú, Jess Phillips, Angela Rayner, Penny Mordaunt... Incluso Liz Truss. Siento una enorme admiración por todas vosotras. De hecho... –Vaciló–. Quería preguntarte algo.

–Adelante.

–Vale. –Amanda infló las mejillas–. A ver, va. ¿Cómo lo sabías?

Hice una mueca.

–Quiero decir, ¿cómo sabías que las cosas saldrían así? Tu traslado de *The Telegraph* a *The Observer*, justo cuando el artículo para *Alazon* se volvía viral. Y luego el libro, y tu nuevo mensaje, que representa a gran parte del país. Todo eso. ¿Tenías...? No sé... –Su sonrisa era tímida, desarmante. El tipo de sonrisa que las mujeres listas aprenden de jóvenes–. ¿Una especie de plan maestro?

Buena pregunta, pero no era la correcta. La cosa no era *saber*. Era imposible saber si una cosa saldría de una forma u otra. Nuestro mundo era un caos. Ni siquiera los supuestos expertos ni sus superordenadores podían predecir la trayectoria de una bola de pinball al rebotar. Yo nunca he pretendido saber más que nadie. Por el contrario, a lo largo de los años he confiado en mi instinto. La investigación, la preparación y todo lo demás tenían su importancia. Pero, al final, tenías que confiar en que tus dedos apretasen el botón correcto en la máquina.

–No tenía ningún conocimiento particular. Simplemente vi la oportunidad. A eso se reduce todo. Cuando veas tu ocasión, lánzate sobre ella. Ábrete camino como sea. Mete caña, adula, pide los favores que te deben. Lo que haga falta.

–Pero ¿qué pasa si no puedes? ¿Qué pasa si nadie te debe favores ni...?

–Recuerda: siempre tendrás tus palabras. –La sinceridad de mi voz me sorprendió–. Aun cuando estés en desventaja, lo que dices y escribes puede transformar por completo las cosas. Tú misma lo has dicho. Un nuevo estilo de discurso, ¿no? La lengua es tu interfaz con este mundo, Amanda. Las palabras son tus armas, tus herramientas, tu moneda.

Me encogí de hombros y me froté el codo. Amanda no parecía convencida. Tampoco esperaba que lo entendiese. La mayoría de la

gente no podía. Solo que yo tenía una forma distinta de evaluar las situaciones. Cuando mi hijo, el eterno fracasado, volvió de esa granja lloriqueando acerca de un asesinato, reconocí el potencial. Su catástrofe tenía las hechuras de una historia; era perfecta para activar la máquina de contenido digital. El momento no podía haber sido más oportuno. Necesitaba una leve transformación antes de cambiar de periódico. Era la ocasión de retomar algunas de mis antiguas polémicas, y al mismo tiempo de reunir suficiente drama fresco como para garantizar que la nueva columna llamase la atención. Con un poco de suerte, el interés renovado traería incluso de vuelta a Rob. Conque allá que fui. Le quité el polvo al teclado y me puse manos a la obra; lancé una bola nueva en la máquina de pinball.

–¿De verdad me estás diciendo que es solo suerte y... oportunismo? –Amanda fruncía el ceño en una frente por lo demás lisa.

–¿Te parece decepcionante?

–No, no es eso –respondió descartando la hipótesis con un gesto de la mano–. Es solo que es mucha información. Necesito pensarlo.

Ninguna de las dos habló durante un rato. Por el vaso de Amanda corrían gotitas de condensación que humedecían la servilleta. A mano derecha, mi teléfono parpadeó con un flujo de nuevos mensajes. Jake. Otra vez. La irritación me inundó los senos nasales y me golpeó detrás de los ojos. Sus payasadas eran lo último que necesitaba yo en ese momento. Pero estaba claro que una o dos horas de paz era pedir demasiado. Era incapaz de ocuparse de sí mismo más de cinco putos minutos.

Me apreté las sienes con los dedos, cerré los ojos y resoplé.

Era justo decir que había gente que se merecía estar aquí más que otra. Dejando de lado a los sensiblones que «no están de acuerdo con las fronteras», todos lo reconocíamos de forma implícita. Ese era el sentido de tener un país. Así que no servía de nada jugar al escondite con la verdadera pregunta: ¿quién se merecía de veras estar aquí? ¿Quién se merecía Inglaterra?

Dicho así, sonaba mal. Nada que ver con la formulación cursi de Catherine. Pero, en cualquier caso, era un clásico en mi oficio. Salía

a la luz disfrazado de una u otra cosa con el fin de alimentar la indignación, el patriotismo o incluso la lástima. La mayor parte de mis compañeros eran demasiado cobardes para afrontar todas las implicaciones de la pregunta. Demasiado escrupulosos para aventurarse más allá de los ejemplos fáciles y definidos. Pero yo no. El autoengaño era una comodidad que te atontaba: yo prefería enfrentarme a la verdad. Mi hijo no se merecía su lugar. Reconocerlo me dejó hecha polvo. Iba contra todos mis impulsos evolutivos y culturales. Y sembró en mí dudas sobre mi vocación: ¿acaso no estábamos todos luchando por mantener el país para nuestros hijos? Semana tras semana, en versión impresa y digital, perorando con la vista puesta en su futuro. En realidad, Jake no se merecía dichos esfuerzos. Pensándolo fríamente, esa era la verdad. ¿Por qué tenía que juzgarlo con menos severidad que a un joven inmigrante que llegaba aferrado a una patera? Mi hijo era un fracaso, un lastre para nuestra sociedad.

El teléfono seguía parpadeando con insistencia cuando volví a abrir los ojos. Esta vez era una llamada. Al levantar la vista, me encontré con la expresión preocupada de Amanda.

–¿Crees que debería contestar?

–No –respondió de inmediato. Al ver que enarcaba una ceja, se apresuró a darme explicaciones–. Es solo que tienes que subir al escenario dentro de veinte minutos. Y a lo mejor necesita un poco más de tiempo. ¿Por qué no vamos a buscarlo más tarde y...?

–¿Me estás diciendo que pase de él?

–Durante un par de horas, por favor. –Juntó las manos, como fingiendo una súplica. Tras una pausa prudente, prosiguió–. Lenny... –Su voz era firme, decidida–. ¿No habíamos terminado con esta conversación?

Me reí, genuinamente sorprendida ante el arrebato de audacia de Amanda. Era refrescante encontrar por fin a una persona con un poco de iniciativa, con un poco de resiliencia. Con verdadero sentido del humor, joder. Por supuesto, solo estaba intentando hacer su trabajo, apelando a mi ego con el fin de ceñirse al horario. Pero eso, en sí, ya era un signo de vida inteligente. Sabía cuándo hacer la pelota y, algo aún más crucial, cuándo resistirse. Un poco más

animada, apagué el teléfono y me bebí de un trago el resto del whisky.

–Pues venga, termínate la cerveza –dije, tamborileando con los dedos en la mesa–. El espectáculo está a punto de empezar.

El espectáculo

Los bastidores son exiguos, someros. Suelo y paredes pintadas de negro. Las mesas y las sillas son de las que podrían verse en un colegio. Un pasillo con cortinas lleva al escenario. A pesar de sonar levemente amortiguado, lo que más se oye es el discurso de presentación de Catherine, que da la impresión de rebotar contra las paredes. El personal, vestido de negro con auriculares y portapapeles, ocupa su sitio en la sala y de vez en cuando intercambia susurros. A mi llegada, un técnico se pone en marcha y me endereza los hombros con inesperada ternura al tiempo que me planta unos auriculares en las orejas. Ajusta una bola color carne de Barbie en su tembloroso alambre hasta que queda a unos centímetros de mis labios. Me levanto la camiseta por un lado para que pueda maniobrar en la cinturilla de mis pantalones, donde engancha la unidad de alimentación. A continuación, levanta el pulgar en mi dirección.

–Tres minutos.

Mi joven entrevistador se muestra sorprendentemente tímido cuando llega su turno. Sus brazos cuelgan indefensos mientras le colocan unos auriculares idénticos en las orejas. Decide guardarse la unidad de alimentación en el bolsillo del pantalón en lugar de someterse a más atenciones por parte del técnico. Entonces es cuando me fijo en lo extraño de su atuendo: un jersey de punto grueso por encima de una camisa azul arrugada, con los faldones asomando, y (niego con la cabeza, presa de una horrorizada incredulidad) ¿zapatillas de deporte? Acto seguido reúne un tocho de papeles desordenados: hojas impresas, revistas y cosas por el estilo. Se lo mete todo debajo del brazo y me dedica una sonrisa de disculpa. El efecto de conjunto es de un asombroso parecido con Rodge. Nos dirigen a la entrada del escenario, donde quedamos uno junto a otro, mientras Catherine, feliz de hacer de maestra de ceremonias, comienza a presentarnos llena de efusividad y entusiasmo.

–... encantada de presentaros nuestro primer acto del festival. Estoy segura de que será una conversación profunda y fascinante entre dos pensadores británicos destacados, acerca de lo que espero que sea una amplia gama de temas relacionados con el futuro de nuestro gran país. Primero, Martin Bass. Martin es posiblemente el hombre más importante de las letras británicas. Crítico en la revista *Perspective*!, sus textos, frescos y perspicaces, han aparecido en absolutamente todas partes, incluidas la *London Review of Books*, *The New Yorker* y *HQ*, por nombrar solo unos cuantos medios. Hoy Martin conversará con Lenny Leonard sobre su nuevo libro, *Capitalismo woke*: *cómo traicionaron las empresas a la clase obrera*, que ha marcado un hito. Bien, se trata de un libro de lo más particular. No lo digo a la ligera. Entró directamente en la lista de los más vendidos del *Sunday Times*, quedó finalista del Premio Orwell y muchos lo consideran «la Biblia secular». Estoy segura de que, si pasáis un rato con Lenny, os daréis cuenta de a qué viene tanto revuelo. Estamos hablando de una de las intelectuales más adelantadas de nuestro tiempo, una verdadera paladina de la clase obrera británica y, me complace decir, una querida amiga. ¡En fin, sin más preámbulos, es un honor recibir a Lenny y a Martin en Cartmel!

Y así salimos del negativo para sumergirnos en las luces brillantes, en el cálido estanque de los aplausos de bienvenida, y nos dirigimos a nuestros respectivos puestos. Tomo asiento en un sillón de orejas, mientras que Martin se instala en un sofá tipo Chesterfield de aspecto rígido. Hay una alfombra extendida, plantas y una lámpara, todo colocado con mucho estilo. Entre nosotros, sobre una mesita, hay dos vasos vacíos y una jarra de agua con hielo. El efecto del pequeño «escenario» es impresionante, y pone de manifiesto el artificio de toda la instalación. Hay cables por el borde de la tarima, donde una pequeña pantalla marca la hora en unos ominosos dígitos rojos. Por encima de nuestras cabezas, una enorme televisión proyecta una grabación en directo de la escena. Veo en pantalla que Martin cruza la pierna derecha sobre la izquierda, como un cuatro ejecutado de un solo trazo. Luego me enfoca a mí en primer plano,

mirándome a mí misma. Sonriente y convencida, levanto el pulgar en mi dirección. Un carcajeo eclipsa el final del aplauso.

–Ejem. Hola –dice Martin.

La oscuridad lechosa del público responde de forma ambigua. En uno de esos gestos teatrales que me caracterizan, extraigo una petaquita metálica, la destapo y vierto su contenido en mi vaso. El público, ese organismo escurridizo y colosal, parece tragar saliva y soltar unas risitas. Se ha vulnerado una norma, y eso establece un aire de impredecibilidad. Con un gesto de la cabeza y una amplia sonrisa, hago un brindis efectista en dirección al público y tomo un trago. Un único grito jubiloso se alza desde la parte trasera de la sala.

–Bien –comienza de nuevo el joven entrevistador–. Bueno, menuda forma de empezar. A lo mejor yo necesito uno igual al final. Ja, ja, ja. En fin, bueno, Lenny. Qué alegría estar aquí contigo. Gracias a Cathy, te conocemos un poco mejor. Pero tal vez estaría bien que nos presentaras tu obra con tus propias palabras. Algo que caracteriza a tu nuevo libro es que resulta difícil de clasificar. Es cuasievangélico, y todo lo contrario a lo que uno podría esperar de un libro «periodístico». ¿Para quién es *Capitalismo woke*?

Se retrepa en el asiento y extiende las piernas, reclinándose literalmente mientras yo respondo a su pregunta de mierda. Es obvio que no está escuchando. No me molesto en mirarlo y, en lugar de ello, dirijo mis comentarios a la oscuridad. Te sientes muy aislado en un escenario; sobre todo en uno tan ancho y temporal como este. Hay una tensión extraña entre el peso físico de la estructura (que no deja de ser una carpa grande de cojones enchufada a una toma especial de la red eléctrica) y su falta de permanencia. Dentro de un par de semanas desmantelarán todo este espacio, lo empaquetarán y lo subirán a unos camiones que se lo llevarán de aquí. Pero, mientras está, es mágico, ¿no? ¿De qué otra forma puedes unir a quinientas personas en una única fuerza invisible?

Mi entrevistador sigue asintiendo un buen rato después de que yo haya dejado de hablar.

–¿Dirías entonces que este libro comparte algo de su ADN con un jugoso libro de memorias? –Me dedica una sonrisa evasiva–.

Después de todo, solo empezaste a anotar tus impresiones acerca del capitalismo tras tener una, bueno, digamos, aventura con el vecino.

Supongo que cree que me incomodará con eso. Que me avergüenzo con facilidad. Qué va. En *Perspective*! saben alguna que otra cosa sobre lo de hacerles pajas a los banqueros en nombre del periodismo. Cuesta encontrar alguna crítica contra los patrocinadores de sus dueños en las páginas de la revista.

–Es cierto, me follé a un banquero. –Mis palabras son lentas y carentes de emoción–. Y me enteré de un par de cosas sobre lo que ocurre en este país.

–¿Como por ejemplo?

–Como cuento en el libro –digo, señalándolo con un nudillo–, se está dando un enorme cambio demográfico en las oficinas de muchos bancos, empresas tecnológicas, ingenierías y sitios así. La mayoría de nosotros no tenemos ni idea de lo que ocurre en esas empresas y, mientras mirábamos hacia otro lado, han repartido de forma muy injusta los puestos de trabajo. Y son buenos trabajos, por cierto. Hablamos de salarios de seis cifras, beneficios fáciles y muchos incentivos. ¿De veras queremos que esos trabajos se distribuyan siguiendo la política woke? Si no hubiese oído hablar del asunto de primera mano, nunca me habría imaginado hasta qué punto llega esto. Y creo que tenía la responsabilidad de informar de lo que había averiguado.

–¿En plan..., durmiendo con el enemigo?

–Pensaba que estabas por encima de puerilidades y mojigaterías de ese tipo. Esto es serio. Tú mismo has escrito sobre la desaparición de la clase media, Martin. –Enarca las cejas, algo sorprendido. No se esperaba que yo llegase con los deberes hechos–. La causa es ese giro demográfico. Cuando la gente joven de clase obrera y clase media queda excluida de algunas de las mejores oportunidades laborales que se ofrecen, por supuesto que no pueden construirse una vida. Y no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a que los bancos y las empresas tecnológicas hagan lo correcto y solucionen el problema. Porque no lo van a hacer. Necesitamos regularlo y controlarlo. Necesitamos exigir que

esta nueva fuerza de trabajo refleje la demografía del Reino Unido al completo. No solo del Londres «multicultural».

Se recuesta de nuevo en su silla y deja que mi breve pausa se convierta en silencio.

–Deberíamos –prosigo– manifestar curiosidad acerca de la gente que detenta el poder sobre nuestras vidas. Y deberíamos poder saber quién es esa gente y a qué se dedica. Esto no se limita a un sector en particular. En cuanto una institución te otorga poder, da igual que sea una institución tecnológica, financiera o de investigación médica, es posible acceder al poder en casi cualquier otro terreno. Y, ojo, que esto no es pura teoría. De hecho, ahora mismo tenemos un primer ministro banquero. Un primer ministro que ilustra a la perfección lo que quiero decir sobre la distribución de estos trabajos y cuáles son las consecuencias de ello.

–¿Tienes algún problema con nuestro primer ministro?

–No he dicho eso. Lo que estoy señalando es que el liderazgo de nuestro país se halla en una situación única. Única en Europa, al menos. Si miras a los líderes de nuestro país, a quién ostenta los cargos importantes y los gabinetes, verás un fenómeno completamente distinto al de cualquier otro país europeo. En ese sentido, estamos mucho más cerca de Estados Unidos, y por supuesto...

–Me temo que esto se está poniendo un poco teórico –me interrumpe sin rodeos–. A lo mejor podrías entrar en detalles. ¿Qué es, ejem, lo que distingue tanto a los líderes políticos británicos y estadounidenses en comparación con los de Europa?

–La demografía. Se ve al primer vistazo.

–Ya veo. ¿Te refieres a la raza?

–En parte, sí.

–Pero, y perdóname si soy... –Mueve el aire con las manos. Por lo menos ha acabado sentándose como es debido–. En fin, a lo mejor soy un poco lento. Pero ¿qué tiene que ver esto con los bancos?

Por lo general, se leen al menos la introducción del libro. En fin, se lo daré masticado si es lo que necesita.

–Los sectores de nuestra economía que crecen más rápido están contratando y ascendiendo de forma desproporcionada a

trabajadores procedentes de minorías. Llevan años haciéndolo, pero ahora nos hallamos ante las consecuencias. Estamos viendo el principio de un nuevo sector demográfico y social en el Reino Unido, con un poder adquisitivo considerable. Las empresas se han dado cuenta y buscan agradar a esos nuevos clientes potenciales. A eso me refiero con «capitalismo woke». Y, por supuesto, esas nuevas minorías adineradas están haciendo también incursiones políticas. Hasta hace poco, se veía sobre todo en los cargos más bajos del Gobierno. Pero ¿ahora? Bueno, solo hay que echar un vistazo a los cargos más importantes de la política del Reino Unido. Diría que aquí se da de forma más extrema aún que en Estados Unidos.

–Ya veo. ¿Y tú crees que Europa no está experimentando este fenómeno?

–No.

–¿Por qué no?

El público ha estado muy callado durante este diálogo. Esta parte le cuesta. A la gente le encanta el libro, le encanta *Lenny*: la arrogancia de hablar sin pelos en la lengua. Pero, cuando llegamos a la sustancia, a mi verdadero mensaje, ves los ojos vidriosos y los bostezos contenidos. Quieren que vuelva a los grandes éxitos; que si woke por aquí, que si cancelación por allá. Qué extraño resulta alcanzar el éxito y la adoración, pero sin que te comprendan de veras. Soy como la pobre Casandra.

–No nos dimos cuenta de que el «mito» de la meritocracia se estaba convirtiendo en una maldición. Lo que quiero decir es que la retórica que hemos usado en este país a lo largo de las últimas décadas ha tenido consecuencias inesperadas. Le dijimos a la gente que se buscase la vida, que trabajase duro, que se ganara su lugar en este país. Y así lo hizo, de una manera extraña, solapada. Lo hizo... con la ayuda de las cuotas y de la discriminación positiva. La mayoría de los países europeos tenían un mensaje algo distinto para sus minorías; me parece que el término técnico para su estrategia era «volveos a vuestro puto país». –Este aparte arranca la hilaridad de la multitud–. Y en realidad esa estrategia parece haber funcionado mejor. Puede que esos países tengan que enfrentarse al problema del resentimiento de una clase minoritaria y desposeída,

pero no corren el peligro de que sus esferas empresariales y políticas acaben siendo woke. Sus gabinetes tienen la misma pinta que los nuestros en los ochenta.

»De hecho –añado con una sonrisita impertinente al público–, yo recomendé que la campaña contra el Brexit usase justamente esa misma estrategia. "Limitaos a imprimir fotos de nuestro Parlamento y de los suyos", dije. "Preguntadle a la gente quién quiere que la gobierne, con quién quiere alinearse." –Una carcajada compungida acoge dicha imagen, como siempre–. Como sabes –le explico con voz suave a Martin–, yo albergaba el ferviente deseo de permanecer en la Unión Europea. ¡Creo que con mi estrategia lo habrían logrado!

»Pero, en fin, ya hemos hablado bastante de política de momento. Pasemos a otra cosa. Porque a mí lo que me interesa de veras es lo personal. Me interesa el impacto que esto está teniendo en las familias británicas. Tenemos que dejar de jugar a la política y centrarnos en lo personal. Es...

–Y ¿cuál es exactamente la diferencia entre lo personal y lo político? –pregunta, ladeando hacia mí un pie enfundado en una zapatilla deportiva–. ¿Dónde se traza la línea?

Bueno, eso es obvio. Niego suavemente con la cabeza. Lo personal es cualquier cosa que me afecte a mí. Lo demás es político. Y la política identitaria es lo que te afecta a ti, pero no a mí. Es una heurística que no me ha fallado nunca. Por supuesto, no lo digo así. En lugar de eso, frunzo el ceño para exhibir una expresión preocupada y hablar con el corazón.

–Es una pena que tengas que preguntar eso, ¿sabes, Martin? Es una pena que nuestra sociedad haya acabado tan confusa ante esa diferencia. Tu generación no puede dejar la política a un lado, nunca, y tu pregunta explica a la perfección el porqué. Sois completamente incapaces de separar la vida real de la política.

Aparto el rostro del joven entrevistador, y dirijo unos ojos entrecerrados al vacío oscuro del público.

–Pero nosotros sabemos cuál es la diferencia, ¿verdad? Sabemos cómo mostrarnos compasivos unos con otros, cómo respetar nuestro tejido social. Familias obreras, pequeñas comunidades, manufacturas y empleos tradicionales de Gran Bretaña. Antes valorábamos esas

cosas. –Sigo subiendo la apuesta retórica, soltando los grandes éxitos mientras suena un crescendo de palmaditas difusas que acaban en aplauso–. La influencia corrupta de Londres, todas esas empresas woke y esos chalados liberales mantienen su trinchera de desinformación, mentiras y confusión...

Me encojo de hombros con una sonrisa, esperando el apoyo entusiasta del público.

–Nosotros sabemos cuál es la diferencia –añado una vez que se hace de nuevo el silencio.

Estoy segura de que las grandes pantallas están mostrando un primer plano de mi cara. Esos labios rojos que son la marca de la casa, con su innegable y genuina calidez, mientras vuelvo la vista hacia el joven entrevistador.

–Suena convincente, pero ¿no es un simple refrito de populismo barato?

Ese es su primer golpe de verdad.

–Aquí hay mucha «tela que cortar». –Risita predecible ante mi gesto de entrecomillar–. Pero tengo la impresión de que lo que estás diciendo es que cualquier cosa respaldada por la mayoría es, por definición, barriobajera o «populista». Y a mí me parece que eso es una gilipollez... Un rollo típico del esnobismo de la élite. ¿Acaso supone un problema poner las cosas... –me detengo y dirijo una sonrisa sarcástica a la sala– ... negro sobre blanco? ¿Que ese mensaje le gusta a mucha gente? Pues mejor para ellos.

–Bueno, a esto me refiero. Este comentario sobre negros y blancos, por ejemplo... ¿No son ganas de escandalizar?

–¿Quién se escandaliza?

–Bueno, es una forma de provocar.

–Por ahí no paso. Mira, dejemos ya la autocensura. Estamos tan ocupados disculpándonos por cosas anticuadas y ofensas imaginarias que estamos perdiendo nuestra ventaja económica. Te puedo garantizar que en China les traen sin cuidado los blancos y los negros.

Sonríe y menea la cabeza, como reconociendo que ahí tengo razón.

–De acuerdo, Lenny. –Da una palmada con las manos y una hoja

de papel cae de su regazo al suelo sin que nadie le haga caso–. Vayamos a lo personal. Para empezar, tu marido...

–No estoy casada.

–Perdona, tu compañero, Rodger Walters. Es un famoso pero polémico profesor de... Historia Europea, ¿no es así?

Asiento levemente.

–Ya de partida, ese es un término con muchas connotaciones, ¿no? Bueno, vuestra tumultuosa relación ha salido a la luz después de que ese explosivo artículo del año pasado te catapultase a un nuevo nivel de..., en fin, renombre. –Me lanza una mirada furtiva antes de proseguir–. Se ha criticado tu comportamiento hacia Walters; hay quien ha dicho incluso (y cito al *New Statesman*) que «ensalza el maltrato y la misandria empoderada». ¿Qué les dirías tú a quienes critican tu conducta?

Asiento despacio y suelto mi respuesta de relaciones públicas con aire solemne y severo. No me molesta para nada esta pregunta; es más, me gusta. Una leve reputación de misándrica me viene como anillo al dedo. Me han acusado de misoginia con la misma frecuencia, además de casi cualquiera de los ismos que circulan hoy en día. Pero yo, si acaso, soy misántropa. Mi odio es paritario. Aun así, me leen mujeres que se han pasado la mayor parte de la vida arrinconadas y que se ven obligadas a trabajar dentro y fuera de casa. Que se han pasado años limpiando detrás de los ingratos de sus maridos y los inútiles de sus hijos al principio y al final de todos sus días laborables. Muchas de ellas, incluso, han sufrido maltrato, sobre todo cuando se conocía simplemente como «matrimonio». Y, de repente, en su propia cara, han pasado de ser mulas de carga silenciosas a abominables señoronas blancas que tienen la culpa de todos los males del mundo... Incluida, de alguna forma, la crisis de mediana edad de sus maridos. Aunque no les guste admitirlo, la mayoría de ellas siente una satisfacción secreta e indirecta ante mi forma de tratar a Rodge. Leen entre las líneas de mis «sinceras y sentidas disculpas» por mi «comportamiento absolutamente inaceptable». Y les parece bien.

Además, al propio Rodge tampoco le importa. Sabe lo que soy y sabe que merezco la pena. Yo digo las cosas que a él le aterra decir.

Lucho las batallas que él evita. Sus opiniones son más radicales, si acaso, que las mías. Algunas de sus teorías resultan un tanto extremas incluso para mí. Pero sus escasas incursiones en la «libertad de expresión» con sus estudiantes universitarios salieron lo bastante mal como para dejarlo amedrantado. Resentido. Para un hombre temeroso de expresar sus propias convicciones, la sensación de que por fin alguien le presta atención bien vale una trifulca ocasional, por explosiva que sea.

–Y ahora dirige una institución benéfica para enfermos mentales varones, según tengo entendido, ¿no?

–Sí, y están haciendo un trabajo magnífico. Estoy encantada de que tanta negatividad se haya transformado en algo positivo.

Sigue un aplauso de cortesía que Martin secunda con suavidad.

–Oyéndote esta noche, Lenny, no queda muy..., esto..., claro, dónde hay que colocarte dentro del espectro político. ¿Sí a Europa, no al multiculturalismo? ¿Quizás sí al feminismo? Prorregulación, anti discriminación positiva, a favor de reducir la desigualdad... Queda todo un poco..., bueno, algo confuso. Aunque estoy seguro de que detrás del aparente batiburrillo hay una explicación lógica. En otras palabras, tu acercamiento a los medios de comunicación izquierdistas británicos resultó más bien inesperado. ¿Podrías contarnos lo que estabas pensando?

¡Qué anticuado está el imaginario mediático de este país! La izquierda y la derecha son conceptos obsoletos. Son etiquetas distintas pegadas en un producto de marca blanca. Todos buscamos clics, lo único que ocurre es que seguimos estrategias distintas para conseguirlos, para conseguir atención. Nuestra motivación es maximizar nuestros propios beneficios, nuestra influencia y nuestra longevidad.

Cuando yo empecé, los periódicos atraían con baratijas a los compradores en potencia: cedés gratis, paquetes de semillas, fotos satinadas de Lady Di, etcétera. Una época más sencilla. Hoy en día, cuando hablamos de fuentes de ingresos estratégicos, el panorama se complica. Suscriptores en línea. Los conseguimos diciéndoles lo que quieren oír. Sí, podemos provocar, e incluso ofender, pero solo hasta donde desean que los ofendan y los provoquen. Porque a

todos nos gusta que nos ofendan un poco, ¿a que sí? Nos gusta la emoción de la caída desde la seguridad relativa del carrito de la montaña rusa. A primera vista, no parece demasiado distinto del «regalo gratis» de los noventa. Endulzar un poco la cosa para asegurar la venta. Sin embargo, es mucho más que eso. El giro de servir a los anunciantes a satisfacer a los suscriptores lo cambia todo. Ahora nos pagas porque te gusta oír lo que decimos y creer que es verdad. Sí, así es. Porque las noticias las puedes conseguir en línea donde quieras, gratis. Pero nosotros somos diferentes. Te decimos lo que quieres oír, y te convencemos de que es la verdad, contada de la forma más objetiva posible.

–En realidad, no lo considero un periódico de izquierdas...

–Venga, pero si escribes para *The Observer*. Si seguro que hasta compartís impresora con *The Guardian*. ¿Cómo llamas a eso?

–Bueno, si me dejas terminar...

Se oye un leve murmullo de desaprobación. Es maleducado y brusco. Se le ha olvidado que no está bien interrumpir a una señora mayor y agradable. No soy una joven activista a quien pueda meterle caña.

–A ver: de lunes a sábado, tienes razón. El diario es una fábrica de contenido progresista que busca producir indignación. Pero lee los comentarios y te darás cuenta de quiénes son realmente los lectores. De lo hartos que están. De que se han cansado de que los critiquen por «privilegios» que no existen. Cuando llega el domingo, ya están como locos. Listos para ir a misa. Y ahí es donde entro yo, y mis compañeros. Le damos sentido a la locura semanal con nuestra versión, ponderada y realista. En realidad, solo soy partidaria del sentido común. –Me río junto con la aprobación superficial que suscita la afirmación–. Sí, del sentido común. Algo que últimamente ha brillado por su ausencia en nuestros medios de comunicación.

Es un truco ingenioso: cubrir ambos lados del debate político de forma que tus lectores se sientan enfurecidos y aliviados por turnos. Siempre puedes recurrir a la negación plausible si lo necesitas, en caso de que te desvíes demasiado hacia un extremo o hacia el otro. Dicha estrategia parece captar más suscriptores que la de adherirse

demasiado a un bando sin más. Nuestro periódico se lee en el tercer mundo, en teléfonos baratos Android con programas de ahorro de datos; se lee en iPads y MacBooks en las salas de estudiantes. Lo leen los líderes políticos. Lo leen los activistas. Lo lee, de una u otra forma, la gente que no lee noticias. Tiene un alcance masivo. Las diversas cuentas de redes sociales en línea del periódico están siempre «publicando», azuzando el odio y los debates con sus titulares provocativos, lo cual deriva en más circulación para nuestros anunciantes. Y ojo, que todo esto cuenta con el respaldo de un fondo de mil millones de libras. Ajá. Mientras nosotros sacamos la hucha de pedir, la empresa de responsabilidad limitada y con ánimo de lucro propietaria de esos medios tiene entre las manos un capital de mil millones de libras. Con el mandato explícito de «asegurar su propia continuidad renovando su junta y enfrentándose a todo lo que amenace su existencia».[1] Sí, creo que he elegido al equipo ganador.

–Esto... Desde luego, tu punto de vista parece haber recibido una cálida bienvenida. *Capitalismo woke* ha causado sensación en los medios, sin exagerar. Y supongo que ha elevado tu estatus de forma colosal. De hecho, hace poco hicieron un reportaje sobre ti en el *New Yorker*.

Saca un ejemplar de la revista de la pila revuelta y la enarbola de forma absurda ante el público.

–El titular: «La irrazonable voz de la razón británica».

–Exacto –contesto, escuchando mientras lee las primeras frases.

–Bien, ¿qué opinas de la reacción de los medios hacia ti?

–Mira, yo llevo mucho tiempo fuera de ese mundillo. Seguramente desde antes de que tú nacieses. –Risita suave y predecible–. Y creo que pasar tanto tiempo fuera de la burbuja periodística de Fleet Street me ha permitido permanecer fiel a mis raíces. Ya ves cómo hablo. Como una persona normal. Porque lo soy. No soy una pija, no voy por ahí dándome aires. Lo único que hago, en realidad, es decir lo que todos pensamos. Ya está. Pero, para los medios, resulta refrescante. Creo que por eso ha habido tanto interés.

Nunca hablo de mis orígenes. Porque en realidad no importa, ¿no?

La especificidad y la «experiencia vivida» son para los demás. Para los que no tienen sitio aquí. La identificación, la universalidad, no requieren de detalles. Hago un gesto vago hacia lugares y épocas imprecisas, cuando las cosas eran de alguna forma mejores. Lo que importa es que ese momento no es ahora, no es en Londres.

–Eso es lo que cuenta, Martin. La honestidad. Digo lo que pienso y la gente sabe a qué atenerse. Es una cualidad rara en esta época.

–Hablando de honestidad..., ya que hemos sido tan francos esta tarde. –Se reacomoda en la silla, sin inmutarse ante los quejidos del mueble–. Hay un..., esto, un tema en concreto sobre el que has mantenido un asombroso silencio... –dice mirando de nuevo las hojas; supongo que se trata de un nerviosismo fingido, con el fin de desarmarme–. Pero, bueno, dada tu reciente... importancia, llamémosla así, en el debate público, estoy seguro de que a todos nos encantaría que nos iluminases un poco sobre tu particular... postura.

Sigue con ese preámbulo doloroso y rebuscado, con su forma absurda de carraspear y balbucir antes de ir, por fin, al grano. No repetiré su pregunta. Se trata del típico tema que siembra la división sin motivo, uno de esos temas básicamente radioactivos en el discurso moderno. Ansioso por oír mi respuesta, adelanta el mentón con aire desafiante. El viejo truco, trilladísimo. Pero funciona. Responda lo que responda, mañana habrá una cita jugosa, y la consiguiente polémica en los periódicos e internet empañará mi nombre al tiempo que mejorará su perfil. La cosa es que esos «debates» vacuos y llenos de ira no llevan a nada. A nada constructivo, por lo menos. Ni destructivo siquiera. No son más que calorías vacías. El perro de los índices de audiencia moviendo la cola, satisfecho. Me paso la lengua por los dientes de arriba y luego dejo el vaso de nuevo sobre la mesa. A continuación, giro por completo el torso hasta quedar frente a Martin.

Pues hoy va a ser que no, soplapollas.

–A un hombre no le preguntarías eso. No, no –exclamo, levantando la palma de la mano con firmeza para rechazar de plano cualquier interrupción–. No lo harías. No soy de las que pone el grito en el cielo al mínimo sexismo, pero la verdad es que esto es una

encerrona. Mira, eres joven, estás lleno de energía. Lo entiendo. Quieres una exclusiva jugosa para publicarla en tu revista. Pues yo esta noche te voy a dejar sin ella. ¿De acuerdo? Vale, bien. No me pongas mala cara. –Tras recostarme en la silla, efusiva, dirijo mi atención hacia el público enmudecido–. Los recibos de la luz llevan meses siendo prohibitivos. Las familias obreras, la gente a la que nosotros, los periodistas, nos debemos, no consiguen llegar a fin de mes. A lo mejor no lo parece desde la estupenda oficina londinense de *Perspective*!, con tu máquina de café expreso y el agua de coco y demás, pero esa es la verdad. Así que, en lugar de debates recalentados de internet, hablemos. Mantengamos una verdadera conversación sobre las cosas que les importan de veras a los británicos de a pie. Problemas de verdad, soluciones de verdad.

En una maniobra de este tipo, la edad ayuda. El tono empleado lo es todo. Con la decepción exasperada de una profesora, me las he apañado para librarme por completo de su presión y eludir la pregunta. Él vuelve a hurgar en su pila de papeles, con menos soltura esta vez. Más pánico. Ahora tiene las rodillas apretadas, está casi doblado sobre sí mismo, ya no está despatarrado sobre el escenario.

–Así que finjamos que no has soltado esa cagada, Marty. Borrón y cuenta nueva. Tenemos... unos cinco minutos o así –añado, mirando el reloj–. ¿Qué te gustaría preguntarme?

Le dedico una tibia sonrisa de ánimo. Empieza a oírse un murmullo procedente del público mientras esperamos a ver qué dice él.

–Esto, yo... Ejem. –Parpadea y mira en derredor. Aturdido. Le he dado tal repaso que se ha quedado sin aliento. Sin duda esperaba una victoria fácil sobre mí–. Esto... Yo, eh...

Unas cuantas hojas caen de su regazo. Él observa su rumoroso descenso. De repente me invade un aburrimiento maligno. Sin darme cuenta siquiera, sin ser consciente, me sorprendo inclinándome hacia él, mofándome.

–Esto, esto... Ejem, ejem... –Mi voz suena aguda y gutural, una cruel imitación de su tartamudeo. Vuelvo a adoptar mi tono ronco y

replico, sin muchas contemplaciones–: ¡Venga, escupe! ¡Que no tenemos..., esto, ejem..., toda la noche!

Mi joven entrevistador me clava una mirada dolorida y ultrajada. Me he pasado de la raya. La sala guarda un silencio absoluto. He sucumbido a un impulso que, por lo general, domino, que solo dejo salir a través del filtro seguro que suponen el teclado y el procesador de textos. Pone cara de póquer. Me pregunto, y no puedo negar que el pensamiento me divierte, si se echará a llorar. ¿Este es el tío del que me advirtieron? ¿Este idiota? Dejo escapar una sonora risotada, y entonces ocurre. No lo escondo, no puedo. Echo la cabeza hacia atrás y prorrumpo en carcajadas.

¿Qué otra cosa podría hacer el pobre capullo este? Intenta secundar mi risa en un alarde de valentía. Se encoge de hombros con aire de disculpa en dirección al nervioso público. En lugar de intentar continuar, se inclina hacia delante, por encima de su regazo lleno de papeles, para buscar agua. La jarra, helada por la condensación, le resbala peligrosamente de los dedos. Pero consigue sujetarla y servirse sin incidentes. Yo le doy otro sorbo al whisky, más tranquila, y lo miro tragar agua.

–Ahora... mejor –dice, tras posar de nuevo el vaso vacío en la mesa. Se lleva el puño a la boca y tose ruidosamente.

–El tiempo pasa... –Lo hostigo–. ¿Quieres hacerme una última pregunta?

–Vale, esto, sí –responde él; a continuación, junta las manos e inspira hondo. Veo las perlas de sudor en su frente enrojecida y en sus mejillas–. Eres una mujer que impone, Lenny. Algunos incluso dirían que andas buscando gresca. –Hace una pausa, como esperando reprobación o una risa, pero no llega nada, y prosigue–. Pero me interesa lo que oculta ese exterior de acero. ¿Podrías contarnos qué es lo que te motiva, Lenny? ¿Cómo ve Lenny el futuro? ¿Por qué, esto, luchas tú?

Hace tiempo podría haber respondido a eso.

A veces me siento muy vieja. Muy cansada. Pero la sensación ni me amedrenta ni me decepciona. Es un alivio, de hecho. He dejado tras de mí la mayor parte de mi vida. ¡Adiós, muy buenas! No quiero ver cómo termina todo esto. He acabado asqueada del mundo, de

los idiotas que lo habitan y de la fealdad de lo que dicen y hacen, de la estrechez de sus mentes, sus vidas y sus pensamientos. Su comportamiento apenas es consciente, no hacen más que buscar recompensas de la forma más predecible. Más sugestionable. En conjunto, esa infinita pequeñez acaba siendo una fuerza tan grande, tan abrumadora, que no consigo ver más allá. Lo único que puedo hacer es no convertirme en parte de ella. No dejarme embobar yo también. ¿Qué motivos hay para la esperanza, para luchar?

Levanto el vaso, y luego esbozo una dulce sonrisa hacia arriba, a la oscuridad. A las supuestas quinientas caras que me miran buscando respuestas, o entretenimiento, o sentido. Desde donde estoy sentada, en el centro del escenario iluminado, no distingo ninguna forma humana. A lo mejor es que no la hay. A lo mejor soy la única persona real del mundo.

Inclino el vaso hacia delante, como el Gatsby de DiCaprio.

–Muy sencillo –le digo a mi público.

Y lo digo de veras. Esa es la clave de todo: cada vez que resulta necesario, lo digo muy de veras.

–Lucho por vosotros.

AGRADECIMIENTOS

Un fragmento de «No es oro todo lo que reluce» se publicó por primera vez en la revista *Granta* en la primavera de 2023.

Mi agradecimiento al Centre for New Writing de la Universidad de Mánchester y a la beca de 2022 Burgess Fellowship de la International Anthony Burgess Foundation.

A mi agente, Emma Paterson, y a mis editores, Alex Bowler, Martha Kanya-Forstner y Andy Ward, gracias por creer en este libro y hacer una edición tan bonita. Me ha encantado trabajar con todos vosotros.

Gracias también a Monica MacSwan, Azraf Khan, Emily Fish, Aisling Brennan, Josh Smith, Katie Hall, Silvia Crompton, Rachael Williamson, Carrie Neill, Peter Dyer, Windy Dorresteyn, Michael Hoak, Alison Rich, Lisa Baker, Anna Hall, Laura Otal y Jean Garnett. Ha sido un privilegio contar con vuestra experiencia y vuestro entusiasmo.

A los editores de mis traducciones, Simon Lörsch, Joachim Schnerf, Silvia Sesé, Dagfinn Møller, Sofie Voller y Jacoba Casier, ha sido un placer trabajar de nuevo con todos vosotros.

A Harald Carlens, Jackee Brown, Elise Brown, Amina Begum, Maja Waite y Jess Johnson, sois los primeros lectores más brillantes que se pueden tener. Gracias por todo.

Y a quienes leyeron *Reunión*: muchas gracias. Espero que os hayáis divertido con *Los universalistas*.

[←1]

John Berendt, citado por Daniel Wattenberg en el *Washington Examiner* el 30 de diciembre de 1996. Todas las citas aparecen en versión de la traductora de este volumen.

[←1]
Pollo asado con orégano y tomates a la mantequilla, receta de Alison Roman.

[←1]
Nota de prensa del Guardian Media Group, 17 de enero de 2008.

Título de la edición original:
Universality

Ilustración: © Eva Mutter

Edición en formato digital: octubre de 2025

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2025
© Natasha Brown, 2025

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A. U., 2025
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 9788433948564

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es